



Escuela Interdisciplinaria
de Altos Estudios Sociales
IDAES_UNSAM

La hegemonía tecnocapitalista

**Una lectura de lo viviente humano desde la ciencia ficción argentina en
la transición del siglo XX al siglo XXI**

Tesis de maestría

Maestría en Sociología de la Cultura y el Análisis Cultural

Universidad Nacional de San Martín

Tesista: Mercedes Merino Fontal

Directora: Flavia Costa

Co-director: Juan José Mendoza

Correo electrónico: merinofont@yahoo.com.ar

marzo 2024

A Felipe

Agradecimientos

El desarrollo de la presente investigación así como su escritura fueron posibles gracias al encuentro de distintas experiencias compartidas con otras personas que motivaron, discutieron, sugirieron, acompañaron y permitieron dar forma a la materialización de una inquietud que continúa abriéndose.

En primer lugar, quiero agradecer a mi directora Flavia Costa por acompañarme todos estos años y despertar, desde la materia “Análisis de la cultura I”, cursada en el Instituto de Altos Estudios Sociales (IDAES) de la Universidad de San Martín, una pasión por el tema que investigo. Gracias a su experta mirada, pude orientar y circunscribir el problema que desarrollé.

Luego, agradezco enormemente a mi codirector Juan José Mendoza, quien muy generosamente se unió a una investigación ya avanzada para hacer aportes incalculables desde su enfoque literario y la historia cultural. Juan me ha ayudado mucho en su acompañamiento tan cercano de la etapa final para terminar de dar forma a este arduo proceso.

En tercer lugar, quiero agradecer a las profesoras Evangelina Caravaca y Ana Clara Fabaron, quienes cada una, desde los talleres de tesis, me alentaron e hicieron devoluciones claves para puntos conflictivos.

Asimismo, no puedo dejar de mencionar a quienes acompañaron este trayecto con valiosas sugerencias, motivaciones y, en algún caso, lecturas: Martín Sozzi, Francisco Vanni, Libertad Fructuoso, Gabriel Dvoskin, Eduardo Wolovelsky, Josefina Heine y al grupo Martes.

Por último, agradezco a mi compañero, mi madre, mi padre, mi hermana y mi hermano por su amor, su compañía y aliento en todos los vaivenes que involucró la investigación.

Resumen de la tesis (aproximadamente de 200 palabras) y las palabras claves del tema desarrollado. este resumen deberá incluir objetivo, fuentes, métodos

Resumen

La presente tesis indaga cómo se desvanece la concepción de lo humano y se transforma el entendimiento de lo “vivo” y lo “viviente” a partir de un cambio de paradigma que impone la cibernética. En relación con esta problemática, se propone un recorrido por distintos textos narrativos de ciencia ficción argentina producidos entre 1998 y 2012.

Para ello, la tesis definió objetivos en dos líneas. Por un lado, dar a conocer cómo la noción de “información” prevalece en distintos campos de saber y transforma, en diferentes áreas, fundamentos centrales en el modo de entender lo que existe y la existencia. Por otro, examinar cómo esos temas atraviesan la ficción científica argentina del periodo. Y, desprendido de esta última línea, ver los aportes que la narrativa propone a la sociedad de su tiempo.

Para cumplir con estos objetivos, se seleccionaron diversas fuentes que pueden separarse en dos grupos. Por una parte, se constituyó un corpus literario conformado por nueve producciones narrativas: una es una colección de relatos (*Los acuáticos*, de Marcelo Cohen) y las restantes ocho son novelas (“Variedades” y “Un hombre amable” de Marcelo Cohen, *El juego de los mundos* de César Aira, *Borneo* de Oliverio Coelho, *Radiana* de Esther Cross, *El corazón de Doli* de Gustavo Nielsen, *Los electrocutados* de J.P. Zooey y *Los cuerpos del verano* de Martín Felipe Castagnet). Por otra, fuentes filosóficas (textos de Michel Foucault, Gilles Deleuze, Jean-François Lyotard, Peter Sloterdijk, Norbert Wiener, Gilbert Simondon y Éric Sadin), de carácter socio-cultural (textos de Paula Sibilia, Flavia Costa y Christian Ferrer) y teórico-cultural (textos de Claudia Kozak, Pablo Rodríguez, Suely Rolnik y Félix Guattari).

En tanto la tesis es un trabajo interdisciplinario que usará material bibliográfico de diversos campos, se inscribirá, metodológicamente, en dos líneas teóricas: los estudios culturales y el análisis de la cultura.

PALABRAS CLAVE: ciencia ficción – literatura argentina – cibernética – viviente humano – subjetividad

¿Cómo puede una cultura enfrentar sus propias creaciones tecnológicas si la línea que separa al “benefactor” del “villano” es tan tenue que no se percibe? ¿Puede acaso la reflexión, la pregunta y la duda ser formas de acción frente a logros tecnológicos que parecen tener vida propia, que simulan estar marcados por un fatal hado?

Eduardo Wolovelsky, “El demiurgo de la razón”, 2020

Índice

0. Introducción.....	7
Fundamentación.....	7
Objetivos de la tesis.....	17
Hipótesis.....	17
Metodología.....	18
Organización de la tesis.....	19
1. Capítulo 1. Sobre el género de ciencia ficción.....	21
1.1. Preliminares.....	21
1.2. Concepto de género discursivo.....	22
1.3. Propiedades estructurales del género de ciencia ficción.....	22
1.4. Propiedades estilísticas del género de ciencia ficción.....	26
1.5. Los temas de la ciencia ficción.....	30
1.6. La tradición local del género de ciencia ficción.....	33
2. Capítulo 2. Sobre una nueva condición de época.....	37
2.1. Una época ya no moderna.....	37
2.2. Apertura de los límites: una lectura de <i>Los electrocutados</i> de J. P. Zooey.....	44
Colofón.....	50
3. Capítulo 3. Sobre un nuevo paradigma científico.....	51
3.1. La cibernética como el proyecto racional de la dispersión.....	51
3.2. Las células como bancos de información.....	55
3.3. El humano como conjunto de datos almacenados: una lectura de <i>Los cuerpos del verano</i> de Martín Felipe Castagnet.....	58
3.4. El código digital: los puentes controlados y los indigentes entrópicos, una lectura de “Un hombre amable” de Marcelo Cohen.....	60
Colofón.....	63
4. Capítulo 4. Sobre un paradigma científico ampliado.....	65
4.1. La potencia de la expansión: la lectura cibernética simondoniana.....	65
4.2. El devenir es una vida.....	70
4.3. Incompatibilidad interna rica en potenciales: una lectura de dos personajes de Marcelo Cohen.....	73
Colofón.....	75
5. Capítulo 5. Sobre la politización de la vida.....	76
5.1. Tecnología del gobierno de la vida.....	76
5.2. Tecnologías sociales para potenciar la población: una lectura de “Neutralidad” de Marcelo Cohen.....	81
5.3. Tecnologías gubernamentales de seguridad poblacional: una lectura de <i>Borneo</i> de Oliverio Coelho.....	85
Colofón.....	90
6. Capítulo 6. Sobre la tecnificación de lo humano.....	92
6.1. Intervenciones para expandir los límites.....	92

6.2. Los fármacos y su aparición en “El fin de la palabristica” y “Neutralidad” de Marcelo Cohen.....	93
6.3. La manipulación genética y el caso de <i>El corazón de Doli</i> de Gustavo Nielsen...94	
6.4. Las cirugías estéticas y su representación en “Variedades” de Marcelo Cohen y <i>El corazón de Doli</i> de Gustavo Nielsen.....	97
6.5. Las prótesis y el caso de <i>Radiana</i> de Esther Cross.....	101
Colofón.....	104
7. Capítulo 7. Sobre la dimensión algorítmica.....	106
7.1. La materialidad del dato.....	106
7.2. La información como absoluto: una lectura de <i>El juego de los mundos</i> de César Aira.....	110
7.3. Los datos que (in)forman: una lectura de “Variedades” de Marcelo Cohen.....	113
Colofón.....	118
8. Capítulo 8. Sobre la reagrupación del lenguaje.....	120
8.1. El lenguaje del afuera de la literatura.....	120
8.2. La poética aireana en los albores del siglo XXI.....	123
8.3. La poética coheniana: un excursio literario.....	128
Colofón.....	134
9. Conclusiones.....	136
10. Bibliografía.....	142
Corpus textual.....	142
Bibliografía general.....	142

Introducción

La literatura, aun con toda la eficacia que ha perdido en la batalla con los medios masivos, es una poderosa máquina que procesa percepciones o fabrica perceptos, un perceptrón que permitiría analizar el modo en que una sociedad, en un momento determinado, se imagina a sí misma.

Daniel Link, *Cómo se lee*, 2003

Fundamentación

Ya desde mediados de la década del '90 del siglo XX se evidenció que la incidencia de la tecnología sobre la vida suponía cambios insoslayables para el ser humano tanto en su condición biológica como cultural. En este sentido, un imaginario diferente de la época precedente empezó a instalarse en la cultura y a hacerse manifiesto. A partir de ello, la presente tesis se propone indagar esta experiencia tecnológica finisecular y del comienzo del siglo XXI en la literatura argentina de ciencia ficción para observar las figuraciones del cuerpo, de la subjetividad y de lo vivo mediado por la tecnología. Dicho eje de análisis requiere dilucidar el porqué de la periodicidad, del tópico tecnológico, de la determinación genérica y, finalmente, de la delimitación espacial.

En primer lugar, el comienzo de esta circunscripción temporal remite a cuestiones puntuales que modificaron los modos de pensarnos y de habitar el mundo. Tomemos tres casos. En 1990 se inició oficialmente el Proyecto Genoma Humano, con una duración calculada de quince años para completarlo. Su propósito era determinar las secuencias que componían el ADN, lo cual permitía conocer las determinaciones del desarrollo y el funcionamiento de los organismos vivos, pero también, eventualmente, podría cambiarse la secuencia para “corregirse” en el caso de que se considerara la existencia de una falla. Otro caso aconteció en 1991, cuando empezó a funcionar World Wide Web, un sistema de información que permitía enlazar los contenidos entre sí y organizarlos de manera de hacerlos accesibles para usarlos y compartirlos. En poco tiempo, World Wide Web se extendió: no solo por ser libre o brindar páginas y servidores, sino también por hacer, en abril de 1993, de dominio público las especificaciones de su sitio. Un tercer hecho ocurrió el 5 de julio de 1996 con el nacimiento, en el Instituto Roslin de Edimburgo, Escocia, de una oveja clonada a partir de una célula de la glándula mamaria de otro ovino muerto

hacía tiempo. De este modo, se demostró que a partir del ADN de células maduras era posible crear un mamífero grande. Tres hitos científico-tecnológicos de esa década de 1990 que son, por un lado, un punto de llegada después de años de investigación y experimentación; por otro, un punto de partida en una dirección que sigue siendo explorada. Esta última década del siglo XX termina entonces con una expansión tecnológica de la que el arte, en tanto fenómeno cultural, pero también en tanto régimen de experimentación, no puede sino ser parte. En efecto, en 1998, el artista Eduardo Kac, brasileño radicado en los Estados Unidos, escribe un artículo-manifiesto que se inicia reconociendo que “[l]as nuevas tecnologías alteran culturalmente nuestra percepción del cuerpo humano que pasa de ser un sistema auto-regulado naturalmente a un objeto controlado artificialmente y transformado electrónicamente” (Kac, 1998: s/n). Kac se pronuncia en favor de un arte que indague en la tecnología desarrollada, pues, según él, “el arte tiene que despertar nuestra consciencia sobre aquello que está firmemente fuera de nuestro alcance visual pero que, sin embargo, nos afecta directamente” (Kac, 1998: s/n). Lo propuesto por Kac es una “tecnopoética” o “arte tecnológico” o “poética tecnológica”, en términos de Claudia Kozak y el colectivo de investigación Ludión, y una tecnopoética es, siguiendo este grupo de investigación, no solo un fenómeno artístico sino también político, ya que reflexiona sobre alguna manifestación técnico-tecnológica, tiene una teoría de su hacer (es una poética) y asume el contexto tecnosocial contemporáneo. En este sentido, hay un posicionamiento y por ello es una tecnopolítica (Kozak, 2015: 197). En esta línea, planteamos leer una serie de narraciones que proponen un imaginario para indagar los desarrollos tecnológicos propios de su contexto. Ahora bien, estas narraciones no son producciones digitales ni podrían ser pensadas como artes mediales; sin embargo, como comentaremos más adelante, constituyen una zona del arte que se arroja el entorno técnico-tecnológico del que son parte para construir una sensibilidad, una imaginación y una reflexión sobre el contexto tecnosocial contemporáneo.

Si bien planteamos un análisis sobre obras producidas a partir de la última década del siglo XX, entendemos que esta se enmarca en un periodo más amplio, que puede fecharse, aproximadamente, desde mediados del siglo XX y que algunos autores denominan la “era de la información” (Castells, 1999; Rodríguez, 2012)¹. Este periodo se

¹ Erik Davis no considera que la era de la información comienza ahí, pero sí reconoce esa fecha como un desarrollo más acabado: “Pues si la era de la información nació en el eléctrico siglo XIX y fue criada en las primeras décadas del XX, con su fiebre por la radio, la Segunda Guerra Mundial marcó su gloriosa llegada a la mayoría de edad” (Davis, 20 [2015]: 141).

caracteriza no solo porque la información empieza a ocupar un lugar relevante, llegando a ser, incluso, objeto de disputa geopolítica, sino también porque surge una dispersión epistémica de la noción de información que implica un uso de ella para fenómenos muy distintos entre sí (Costa, 2021: 36-37)²: para la biología, cuando “se vuelve molecular”, la unidad fundamental no es la célula sino el gen como una unidad de información responsable de la transmisión de la herencia (Rodríguez, 2019: 118-123); para las ciencias sociales, la transmisión de información supone hablar, en varios casos, de una “sociedad de la información” a partir del desarrollo de nuevas industrias de la información (como ser, el despliegue en los satélites artificiales o la industria de la medición de audiencia), que empiezan a producir –a partir de un cambio interpretativo– conocimiento para una nación, lo cual resulta significativo no solo en términos simbólicos o culturales sino también económicos (Rodríguez, 2019: 145-148) y, para la matemática, y en particular la Teoría matemática de la información, la medición de la información supone conocer la probabilidad de aparición de caracteres lingüísticos y no lingüísticos a partir de cualquier señal emitida por una fuente, de modo que “son los aspectos estadísticos de la fuente los que marcan cuánta información hay en un conjunto de mensajes” (y no el mensaje) (Rodríguez, 2019: 74-75). A partir de esta diseminación epistémica, se advierte que todo aquello que existe propone ser comprendido en términos de un código, de un procesamiento de datos: una imagen, un sonido, el ser humano. Así, se inician distintas indagaciones acerca del estatuto ontológico de la información que evidencian un anhelo que parece concretarse para esa última década del siglo XX: la digitalización del mundo. Con ello, se van dejando atrás varias dicotomías que habían organizado, en Occidente, la auto-comprensión del viviente humano durante la modernidad: materia-espíritu, cuerpo-alma, naturaleza-artificio. Precisamente por esto, la época en la que nos vamos a situar es referida por varias teorías como “pos” (posindustrial, posmoderna y poshumana), debido a que la comprensión del mundo se modificó en relación a la época industrial, moderna y humanista (Lyotard, 1991; Deleuze, 2005; Sloterdijk, 1999). Ya no son la máquina, la conciencia ni el hombre las piezas claves de este momento de la historia sino, desde varias y variadas perspectivas, la información, organizada en conjuntos de datos; por ello, en

² Desde otra perspectiva, a fines de los años 90, también Erik Davis, en *TecGnosis: mito, magia y misticismos en la era de la información*, menciona la ambigüedad del término “información” usado para nombrar no solo aquello que pueda considerarse desde una medida cuantitativa, sino también para recuperar “viejas intuiciones” místicas y disfrazarlas de secularidad. (Véase Davis 2023).

esa transición del siglo XX al XXI aparecen preguntas que apuntan a desentrañar su materialidad y a definir su estatuto de realidad.

Esta nueva concepción acompaña el desarrollo de un orden de mundo tecnocapitalista, global y posindustrial, en el que, tendencialmente, el capital industrial y los estados nación empiezan a ceder su lugar de preeminencia al capital financiero y los grupos económicos transnacionales. De esta forma, impera la abstracción y la virtualización de los valores económicos, así como también del ámbito político. Es lo que Gilles Deleuze llama “sociedad de control”, vinculando este último término más a teorías cibernéticas que a hipótesis sociológicas de control social; es decir, a sistemas con dispositivos normativos de autorregulación. El postulado de este filósofo extiende el análisis de Michel Foucault sobre la biopolítica; tesis que, si bien intuye rasgos fundamentales del poder tecnocapitalista de fines del siglo XX, no llega a advertir lo individual (Deleuze, 2005) como hecho significativo que nos interesa pensar.

Entonces, y en segundo lugar, la tecnología adquiere, en este escenario, un papel fundamental, fijando los lineamientos hacia un orden informático y digital cuyo alcance afecta y pone en cuestión diversos aspectos de la experiencia: por un lado, a través de los cada vez más sutiles y eficaces dispositivos de comunicación y control ideados por la ciencia, que permiten trascender tanto barreras geográficas como biológicas y afectan el cuerpo, su entorno y la identidad; por otro lado, a través del confort y la satisfacción sensorial propiciada por la tecnología para brindar bienestar material, compensar deterioros corporales y limitaciones humanas, como describe Christian Ferrer (2011). Entre el control y el ansia de placer, la asimilación al tecnocosmos digital deviene en un nuevo imperativo que permite alcanzar –aparentemente– una plenitud subjetiva y social compatible con tal sistema tecnocapitalista.

En este contexto no es menor el hecho de que el cuerpo deja de considerarse una entidad sagrada o valorado por su desarrollo biológico o simplemente aceptado. Por el contrario, es un elemento mercantil que se puede fragmentar, de modo que se puede tasar como cualquier otro bien (ejemplo de ello son los seguros de partes del cuerpo) e, incluso, intervenir técnicamente sin aparentes restricciones, excepto por las mismas limitaciones de las ciencias que actúan sobre él. El ansia de intervención estético-tecnológica habilita así –supuestamente– como refiere Paula Sibilía (2006), cualquier modificación, constatándose el traspaso de límites de diverso carácter: biológicos, temporales, subjetivos. Estos deslizamientos resultan de interés para la presente tesis no ya en el tema estrictamente de la técnica sino, fundamentalmente, en asuntos éticos y políticos que

problematiza la misma Sibilía como también Héctor Schmucler (2001) o Peter Sloterdijk (2001) a partir de cuestiones relativas a la condición humana y su contingencia, así como a la eugenesia, en tanto se discute si dichas intervenciones tecnológicas tienen por objetivo el perfeccionamiento de la especie.

La imaginación del cuerpo, en ese pasaje de siglos, se transforma tanto que conviven en ella la paradoja de una presencia total del cuerpo biológico así como su desvanecimiento. El cuerpo y el organismo resultan nuevos bienes de mercado que pueden alterarse tecnológicamente para modificar físicamente la presencia del cuerpo (cirugías estéticas) o para variar químicamente la constitución psíquica (las drogas psicotrópicas). Incluso se percibe cierto deseo de alteración, aunque no sea aún posible, con la promesa de una biotecnología que modifique el código genético para transformar cierta constitución biológica, tal vez para siempre. Pero también y más allá de esto, como menciona Sibilía (2009), existe y se constituye –por los avances en la informática– una nueva presentación y construcción del yo, que resulta mucho más visible y espectacular –en el sentido en el que aparece el concepto en *La sociedad del espectáculo* de Guy Debord (2000)– de manera de exhibir una imagen de la identidad que se compone desde la perspectiva de los otros y para los otros como una mercancía. Este hecho supone una transformación con respecto a la forma en que se constituía la subjetividad en la modernidad, no solo porque esta guardaba rasgos más intimistas, sino también porque, incluso moldeada a partir de condicionamientos exteriores, mantenía vínculos más locales (de clase, de género, idiosincráticos). Por el contrario, desde el periodo estudiado, se observa una exterioridad descentrada, más azarosa, con rasgos menos circunscriptos a condicionantes previsibles, al menos en una escala humana.

Entonces, a partir de la ingeniería genética, la farmacopea, las cirugías estéticas, la espectacularización del yo, el confort cotidiano, la creación de identidades dentro del ciberespacio, se generan nuevos interrogantes en diversos órdenes sociales, culturales, éticos y políticos, así como también nuevos paisajes. Algunos comienzan, entre finales de siglo XX y principios del XXI, a hablar de un horizonte en el que los cuerpos acaban moldeados según fines específicos. Esta imaginación surge en el contexto de la clonación y el nacimiento de la oveja Dolly, con la posibilidad de “fabricar animales, y eventualmente individuos de la especie humana” (Schmucler, 2001: 17) que no son copias sin más, sino mutaciones de un núcleo de una célula “que tienden a producir modificaciones permanentes” (Schmucler, 2001: 19). Esta idea de fabricación, en ese periodo entre siglos, teme por una nueva condición humana, que incluso cree que ya no

puede ser llamada así, porque “la humanidad misma se desvanece cuando se postula la posibilidad de predeterminar el comportamiento de los hombres” (Schmucler, 2001: 10). Otros, en cambio, comprendiendo que la vida hacia fines del siglo XX no se entiende igual que en la modernidad, plantean un panorama en el que el control no es tanto físico o biológico sino fundamentalmente sobre otra dimensión de lo vivo: lo cognitivo y atencional. Es decir, reconocen que las tecnologías propias de las sociedades de control (especialmente la *net*) son dispositivos de “acción a distancia” que afectan la memoria y la atención. Esta última definida como “un esfuerzo” y este es, en su aspecto psicológico, a fin de cuentas, “un deseo” o, incluso, un motor vivo que funciona “con energía a-orgánica” (Lazzarato, 2006: 98-99). Así, se advierte sobre una regulación que se ejerce mediante las nuevas tecnologías de “acción a distancia” que se agencian con la memoria y la atención interfiriendo su funcionamiento, sus deseos y creencias. Y este control es, desde esta línea teórica, sobre la creación, el devenir, lo vivo³. No obstante, es en este último caso en el que se reconoce la posibilidad de otros modos vitales de ser, de actuar y, finalmente, de resistir. Un tercer grupo plantea –por el contrario a los otros dos– una continuación histórica del desenvolvimiento del ser humano: “si ‘hay’ hombre es porque una tecnología lo ha hecho evolucionar a partir de lo pre-humano. Ella es la verdadera productora de seres humanos, o el plano sobre el cual puede haberlos. De modo que los seres humanos no se encuentran con nada nuevo cuando se exponen a sí mismos a la subsiguiente creación y manipulación, y no hacen nada perverso si se cambian a sí mismos autotecnológicamente”, señala Peter Sloterdijk (2001: 25).

En tercer lugar, el marco del género discursivo responde a que la narrativa de ciencia ficción ha sido un vehículo predilecto para internarse en el paisaje tecnológico y, por ello, un medio ostensible para pensar la tecnología en coexistencia con el ser humano. De hecho, dos rasgos fundamentales del género son el tópico tecnológico y la remisión al campo simbólico de la vida (Link, 1994 y 2003). Es decir, por un lado, la presencia de una tecnología que recorre el relato sin existir fuera de la ficción; por otro, la indagación del género respecto de la vida y sus posibilidades (“¿[e]n qué formas y bajo qué

³ “Hay que distinguir entonces la vida –en tanto que memoria– de la vida en tanto que características biológicas de la especie humana (muerte, nacimiento, enfermedad, etcétera), es decir, distinguir el *bio* contenido en la categoría de biopoder del *bio* contenido en la memoria. Para no denominar cosas tan diferentes con la misma palabra, se podría definir, a falta de algo mejor, a las nuevas relaciones de poder que toman como objeto la memoria y su *conatus* (la atención) como noo-política. La noo-política (el conjunto de las técnicas de control) se ejerce sobre el cerebro, implicando en principio la atención, para controlar la memoria y su potencia virtual. La modulación de la memoria sería entonces la función más importante de la noo-política” (Lazzarato, 2006: 100).

regímenes, con qué organización y con cuáles diferencias, en relación con qué historias y con cuáles sueños es posible la vida?”, Link, 1994: 11). Dicha convivencia ha presentado, asimismo, un significativo cruce entre ciencia y política. Entonces, por su misma condición, la ciencia ficción examina en perspectiva la existencia y la tecnología, el modo en que se habita a partir de los diversos desarrollos, los conocimientos y valores que tales avances despiertan y, a partir de ello, instala preguntas. Reconocemos así una indagación que el imaginario de la literatura de ficción científica formula respecto del fin de siglo para fantasear efectos sobre la centuria por venir. En definitiva, así como se percibió que después de algunos desarrollos (desde las transfusiones de sangre hasta la bomba atómica, pasando por la genética y los viajes al espacio) la humanidad se transformaría, con las biotecnologías y las tecnologías digitales se potenció la extrañeza del ensamblaje entre el cuerpo humano y el paisaje tecnológico que autores como James D. Ballard venían desarrollando desde la década de 1960 (véase Kozak y Ferrer, 2001). Sin embargo, lo novedoso es que, ya a fines del siglo XX, en ese vínculo no hay una escala humana que involucre una psiquis interior, porque, con la preeminencia de la información y la digitalización, el viviente humano o su vida ya no está en el centro de la discusión. Es el dato y la presencia de algoritmos más sofisticados aquello que aparece en primer plano atravesando la tecnología, la ciencia, lo humano y la política. Es un contexto que, como decíamos con la tesis deleuzeana de la sociedad de control, involucra un nuevo orden dado por la aplicación digital de la cibernética, que incluye las nuevas tecnologías de la información y la comunicación, así como los desarrollos de la biología molecular. El orden cibernético digital se propone, entonces, como una política que concibe “los comportamientos biológicos, físicos y sociales como integralmente programados y re-programables” (Tiqqun, 2013: 4). Es en esta línea en la que se advierte la presencia de sistemas normativos de autorregulación, tanto físicos como sociales, para eliminar las incertidumbres propias de lo vivo. Entonces, aquello que reconocemos como interpelación de la ciencia ficción de fines de siglo XX y principios del XXI se vincula con este desplazamiento que indaga una regulación sistémica que lucha “contra la entropía general que amenaza a los seres vivientes, a las máquinas, a las sociedades, es decir, en crear las condiciones experimentales de una revitalización permanente, en restaurar continuamente la integridad de la totalidad. ‘Lo importante no es que el hombre esté presente, sino que exista en cuanto soporte viviente de la idea técnica’” (Tiqqun, 2013: 10).

Tomaremos aquí una literatura que se encuadra, aunque no exclusivamente, dentro de la ciencia ficción. Y, en particular, nos limitamos a una producción literaria que se extiende desde 1998 hasta 2012, un período de 14 años que intenta ser un mapa de las principales y más frecuentes preguntas por el sentido que se presentan en esos años frente a una tecnología que no solo se muestra ante y junto al humano, sino que lo atraviesa y, a su vez, trata de definirlo. Ante este escenario, la literatura experimenta, ensaya preguntas frente a un presente extraordinario y un futuro incierto para proponer modos de mirar y de hacer legible la experiencia que se vive.

Finalmente, desde el punto de vista espacial, circunscribimos el análisis a la literatura escrita en esos años en la Argentina, fundamentalmente, por una decisión metodológica: poder limitar el corpus; a su vez, porque la Argentina tiene una tradición literaria propia, con respecto a la cual es posible trazar un recorte. Asimismo, porque es un contexto en el que el modelo neoliberal de la globalización ya tiene aproximadamente una década de existencia y pueden observarse los efectos de dicha política que determinan el imaginario tecnocapitalista que queremos analizar. Un modelo en el que conviven ostentosos proyectos urbanísticos (el reciclaje de Puerto Madero, el Tren de la Costa, la aeroisla), los shoppings, las “supertorres de viviendas”, los barrios cerrados con una mayor fractura social por un aumento de la pobreza y una creciente “brecha de ingresos entre las clases altas, las medias y las bajas” (Reati, 2006: 89). Un modelo que supuso, para las naciones periféricas como la Argentina, una reducción del aparato estatal y la privatización de distintos bienes públicos en favor de ciertas corporaciones para regularlos en términos de eficiencia económica como primer valor. De este modo, se acrecentaron las desigualdades sociales, se favoreció la concentración de capital a grupos más reducidos y se benefició un orden en el que se disuelven ciertas diferencias para imponer cada vez más una estandarización de los consumos, de las necesidades, incluso de las agendas políticas.

En 1999, el escritor Marcelo Cohen afirma, en un artículo publicado en *Punto de vista* y titulado “La ciencia ficción y las ruinas del porvenir”, que “el futuro es el Tercer Mundo, porque el Tercer Mundo es lo que realmente se hizo del futuro concebido por el siglo XX” (Cohen, 2003: 170). Pero esta mirada finisecular y de principio de siglo XXI no es absolutamente derrotista, como se presenta en cierta línea literaria de anticipación argentina de fines de los años '80 y de la mayor parte de los '90⁴. Hay también, en esos

⁴ Véase Reati 2006.

últimos años del siglo XX y comienzos del XXI, un reconocimiento de un cambio de paradigma que pide leerse de otro modo: ni nostálgico ni derrotado, pero tampoco ingenuo. Ya advertida la sinrazón, el principio del caos y de la incertidumbre, también se reconoce allí, por esas mismas razones, la posibilidad de gestionar potencias y generar lo vivo. Por ello, Cohen, en ese mismo artículo, también declara: “El futuro empieza ahora, de nuevo, y es infinito” (Cohen, 2003: 171).

Hay, entonces, tomando las palabras de Cohen en ese último año del siglo XX, un imaginario de ciencia ficción que supone un punto de llegada (“el Tercer Mundo es lo que realmente se hizo del futuro concebido por el siglo XX”), pero además un reconocimiento de la obligación de “reemplazar el horizonte” prospectivo propio del género porque este enuncia “la textura de nuestras expectativas” (Cohen, 2003: 162). Y esas expectativas, si bien no todas alentadoras en esa Argentina de fines del siglo XX, guardan también, en ese contexto tecnocapitalista, posibilidades y por eso: “El futuro empieza ahora, de nuevo”. Ese nuevo paisaje, que viene estableciéndose con determinación desde mediados del siglo XX, y que en ese período entre siglos es –repetimos– insoslayable, tiene como motor determinante la información, organizada como datos.

Es un orden de mundo diferente que se enmarca en una concepción cibernética (Deleuze, 2005; Tiquun, 2013; Rodríguez, 2019), lo cual supone entender el funcionamiento de distintos fenómenos (sean organismos vivos sean objetos técnicos) como sistemas con dispositivos normativos de autorregulación. Fundamentalmente, porque la vida, desde la teoría cibernética, no es sino solo una petición de principio (de organización) (Wiener, 1988: 31). Entonces, cuanta más organización se conserve, más información hay. Principio que puede trasladarse a distintos niveles (biológicos, físicos, sociales) mediante el polivalente concepto de información que puede involucrar –como decíamos– la herencia genética, las señales de una fuente o el conocimiento que produce una sociedad. En definitiva, la vida, desde el orden cibernético-capitalista, es una cuestión de datos. Y este principio de organización a través de los datos no supone establecer necesariamente un fin sino, por el contrario, la recombinación permanente: la cibernética como el proyecto de una re-creación del mundo ilimitado gracias a la información, la transmisión y la comunicación (Tiquun, 2013: 8). El humano viviente, en este horizonte, reconoce su condición finita en sus posibilidades de ser y conocer, pero también advierte que hay un exceso en él que lo atraviesa, lo traspasa y no controla (distinto a la modernidad tardía, desde la segunda mitad del siglo XIX, cuando el hombre es el sujeto

y objeto de conocimiento –Rodríguez, 2019: 29–). Ese exceso le permite al viviente humano pensarse conectado con fuerzas finito-ilimitadas; entre ellas, una fuerza de la vida que se organiza en el código genético, una fuerza productiva-económica que se agrupa en las “máquinas de tercera generación” (como las informáticas) y una fuerza del lenguaje que se agrupa en la literatura (por oposición a la organización filológica) (Deleuze, 2014: 271-272). Es decir, el paradigma que habilita la cibernética abre un conocimiento que puede trascender al viviente humano, no porque niegue su finitud, sino porque va a conseguir que este se vincule con fuerzas que trascienden su carácter individuado, lo cual supone, en definitiva, una forma distinta de habitar y comprender tanto el mundo como sus fenómenos; hecho que se genera debido a una nueva episteme vinculada a la información⁵. Y esto se empezó a percibir como imaginario en la Argentina en esa última década del siglo XX: “El futuro empieza ahora, de nuevo, y es infinito”.

A partir de ello, la propuesta de la tesis es trazar un recorrido por la literatura de ciencia ficción argentina publicada entre 1998 y 2012 para constituir una serie literaria, analizarla en su coyuntura, leer qué nos dice y aporta para ese contexto. Hasta la fecha existen escasos estudios académicos sobre la literatura de ciencia ficción argentina del periodo considerado. Si bien podemos encontrar ciertos análisis críticos de alguna de las obras incorporadas en nuestro corpus, no están puestas en una serie de producción cultural.

El corpus seleccionado, por orden cronológico, es el siguiente: *Hombres amables* de Marcelo Cohen publicado en 1998; *El juego de los mundos* de César Aira, en el 2000; *Los acuáticos*, de Marcelo Cohen, publicado en 2001 y reeditado en sus *Relatos reunidos* (2014), en la sección de “Cuentos del Delta Panorámico”, edición con la que nos manejaremos; *Borneo*, de Oliverio Coelho, en 2004, segundo libro de la trilogía conformada por *Los invertebrables* (2003) y *Promesas naturales* (2006); *Radiana*, de

⁵ Pablo Rodríguez cita a Norbert Wiener, quien puede considerarse como fundador de la cibernética, y a Ludwig Von Bertalanffy, principal defensor de la Teoría de los Sistemas, en una elocuente coincidencia respecto a un modo de entender la organización que instituye la información: objeto de estudio que no implica necesariamente un fin último al que se apunta para que se constituya, pues la organización no es solo el resultado sino también el proceso. A su vez, una coincidencia respecto a una concepción en la que la organización no se acaba en las materialidades que la sostienen. Al respecto, se cita la siguiente frase de Wiener: “No somos una materia que permanece, sino organizaciones que se perpetúan.” Y esta de Von Bertalanffy: “Todo organismo viviente es ante todo un sistema abierto. Se mantiene en continua incorporación y eliminación de materia, constituyendo y demoliendo componentes, sin alcanzar, mientras la vida dure, un estado de equilibrio químico y termodinámico, sino manteniéndose en un estado llamado uniforme (*steady*) que difiere de aquel” (Rodríguez, 2019: 100). Esta coincidencia implica, como se lee, que hay una condición de existencia (o de organización) que se caracteriza por la carencia de fines conclusivos, incluso de límites precisos, lo cual habilita esa combinación permanente para perdurar.

Esther Cross, en 2007; *El corazón de Doli*, de Gustavo Nielsen, publicado en 2010; *Los electrocutados*, de J.P. Zooey, en 2011 y, finalmente, de Martín Felipe Castagnet, *Los cuerpos del verano*, en 2012.

Objetivos de la tesis

La presente investigación se plantea los siguientes objetivos generales. En primer lugar, contribuir al conocimiento respecto al modo en que, hacia el final del siglo XX y principios del XXI, la información está en el centro de una concepción de la existencia. En segundo lugar, aunque vinculado con lo anterior, rastrear cómo esa preeminencia de la información habilita, en el periodo seleccionado, nuevas formas de pensar la vida y lo viviente humano que involucran tanto características biológicas de los organismos vivos como otros modos afectivos y relacionales que permiten su devenir. Por último, analizar expresiones de esos temas en la literatura de ciencia ficción argentina del periodo.

En cuanto a los objetivos específicos, la tesis se propone lo siguiente: (a) identificar y analizar, dentro del corpus seleccionado de obras literarias de ciencia ficción argentina publicadas entre 1998 y 2012, el imaginario que relaciona al ser humano con la técnica; (b) describir, en estas obras, las representaciones sobre los procedimientos propios de las racionalidades y las tecnologías que hacen de la vida un asunto del poder político y (c) explicar los aportes que esas obras pueden hacer en dos aspectos. Por un lado, para contribuir a la comprensión de ese pasaje entre siglos que no supuso solo un cambio temporal sino principalmente la experiencia concreta en los propios cuerpos y subjetividades de un nuevo orden de mundo. Por otro, en tanto fenómeno social, un aporte mediado para no someter todo el existir a una única perspectiva técnico-tecnológica, sino que, por el contrario, contribuyen a poner la técnica en otro lugar.

Hipótesis

La hipótesis principal de la presente investigación postula que, desde fines de la década de 1990, en la Argentina, se percibe el inicio de un proceso de modificación radical en la concepción de lo humano, de su subjetividad y de lo que se entiende como “vivo” y “viviente” a partir de un nuevo orden de mundo que pone en primer plano a la información y la organización en detrimento de lo que, en otro momento histórico, era el eje ordenador: el hombre. Este cambio puede verse en la literatura no como mera representación, sino como una búsqueda de sentido que la narrativa ficcional traza sobre

los acontecimientos que transita para crear y constituir modos de legibilidad. En este sentido, la literatura no solo propone interpretaciones, sino que produce relaciones que amplían el campo de la percepción y expresión que tienen efectos sobre nuestra existencia. Por esto último, la tesis pretende mostrar cómo en los textos de ciencia ficción argentina del periodo analizado se puede observar una poética que interpela y asume el contexto tecnosocial que le es contemporáneo para pensarlo, cuestionarlo, resignificarlo, desnaturalizarlo y, de este modo, constituir una sensibilidad, una imaginación y un pensamiento sobre el fenómeno técnico-tecnológico.

Metodología

La presente tesis es un trabajo interdisciplinario que utilizará material bibliográfico diverso proveniente, principalmente, del campo literario, filosófico y sociológico. A partir de ello, se inscribirá, metodológicamente, en dos líneas. Por un lado, en la tradición de los estudios culturales (fundamentalmente, Raymond Williams). De este enfoque nos interesa su principio crítico y cuestionador de las estructuras de poder, así como de las representaciones culturales dominantes. Pero, especialmente, nos inspira su atención en los fenómenos culturales por considerarlos clave para entender la construcción y transmisión de significados en la sociedad. En este sentido, se analizarán expresiones de la cultura que afectan y son afectadas por fenómenos de otro orden (políticos, económicos, técnicos).

Por otro lado, y relacionado con lo anterior, aunque más específico, nos inscribiremos en la tradición del análisis cultural. Este enfoque lo orientaremos en el análisis de la literatura como fenómeno cultural. Para ello, recurriremos a un análisis textual en su línea francesa con la concepción de género discursivo tomada de Mijaíl Bajtín. Desde ese enfoque, usaremos, por una parte, la crítica literaria para hacer análisis específicos de los textos, así como aspectos más estructurales referidos a la trama, los personajes, el estilo y los temas (entre ellos, Angenot, 1979; Ballard, 1996; Capanna, 1966 y 2007; Castagnet, 2015; Cohen, 2003 y 2018; Gandolfo, 2017; García, 1999; Link, 1994; Novell Monroy, 2008; Quereilhac, 2016, Reati, 2006; Suvin, 1984). Por otra, recurriremos a la teoría literaria con sus herramientas analíticas más heterogéneas pero enfocadas en una corriente posestructuralista (Link, 2001, 2003 y 2015; Foucault, 1984; Deleuze, 1986).

Entonces, con las diversas fuentes de naturaleza literaria, filosófica, socio-cultural y teórico cultural, adecuadas al objeto de estudio, la temática y los objetivos propuestos, haremos una investigación de carácter explicativo.

Organización de la tesis

Las páginas que siguen se organizan temáticamente para describir los imaginarios activos en la ciencia ficción argentina en el pasaje del siglo XX al XXI, en su afán por entender el tiempo que transita y por vislumbrar lo que dicho tránsito puede estar produciendo. En esa provisión de imágenes del presente y futuro tecnológico no hay un contacto simplificado con el relato utópico (en tanto no hay una mirada hacia un mundo como una vida llena de esperanzas) ni tampoco completamente distópico que caracterizó a cierta literatura argentina de anticipación y de ciencia ficción de finales de la década de 1980 y la primera mitad de la del '90 con una reflexión apocalíptica sobre esos primeros pasos del neoliberalismo y la globalización⁶. Por el contrario, en esta ciencia ficción que cruza de una centuria a otra nos encontramos con relatos más abiertos, más llenos de posibles que proponen –en el nivel de la forma, en el del contenido o en ambos a la vez– leer ese contexto novedoso que augura múltiples potencias, sin saber si estas resultan deseables.

El desarrollo de la tesis está organizado en ocho capítulos y una conclusión. El primer capítulo ofrece un estado del arte y circunscribe lo que comprendemos dentro del género ciencia ficción. En el segundo, se presenta la época en la que nos situamos: la posmodernidad. En el tercero, se muestra el paradigma científico que se impone como dominante para distintos ámbitos de la experiencia humana: la cibernética. El cuarto exhibe una crítica a esa cibernética que reduce todo a un único modo de pensar lo que es. En el quinto se introduce cómo la vida biológica se politiza. En el sexto se presentan cuatro casos de manipulación de lo viviente humano desde un plano biológico y bioquímico con el paradigma cibernético reducido. El séptimo muestra la habilitación de los sistemas informáticos en detrimento del humano. En el octavo hay una propuesta estrictamente literaria de cómo presentar un sentido que no reduzca todo lo que es a la información cuantitativa. Por último, en las conclusiones presentaremos una breve recapitulación del recorrido de la tesis para contestar las preguntas que motivaron la

⁶ Por ejemplo, *Las repúblicas* de Angélica Gorodischer (1991) o *Cruz diablo* de Eduardo Blaustein (1997).

investigación, es decir, si la concepción de la vida, el cuerpo humano y su subjetividad se han transformado en el pasaje del siglo XX al XXI con los diversos avances tecnocientíficos y cómo la ciencia ficción observa esa coyuntura.

Capítulo 1

Sobre el género de ciencia ficción⁷

La complicidad entre género, texto y cultura, pues, garantiza la legibilidad de la vida. Cada género vendría a explicar una parcela de la vida, a garantizar una lectura de esa parcela, a organizar la experiencia (de las muchedumbres) en relación con un tópico o aspecto de la vida.

Daniel Link, *Cómo se lee*, 2003

1.1. Preliminares

La ciencia ficción en tanto género delimitable presenta diversas controversias y discusiones. Para nosotros, como esperamos mostrar a continuación, es un género que, aunque cada vez más expande sus límites hasta hacerlos difusos, especialmente en la época en la que lo analizamos, nos interesa circunscribir porque, desde su origen, interroga directamente a la ciencia y la tecnología, lo cual supone reflexionar no solo sobre invenciones y avances científicos, sino sobre tecnologías sociales en un sentido amplio, esto es, “mecanismos institucionales que delimitan modalidades regulares, sistemáticas y previsibles de vínculos e interacciones orientados por objetivos prácticos” (Kozak, 2015: 229). A partir de ello, decidimos hacer un recorte por esta categoría e indagar en la producción literaria y, en particular, la narrativa de ciencia ficción argentina desde 1998 hasta 2012. Esta última decisión remite a dos cuestiones. Por un lado, observar expresiones resultantes de ciertas transformaciones que implican un cambio de paradigma respecto a la época precedente. Por otro, indagar en esas miradas lo particular en el contexto de la Argentina de fin del siglo XX y principio del XXI. En definitiva, porque la ciencia ficción mayormente tiende a dos cuestiones: “o fuerza leves corrimientos en la representación presente” para observar su contemporaneidad sin naturalizarla o “extrapola una tendencia del presente al futuro” para pensar los efectos de ciertos desarrollos (Cohen, 2003: 168). De este modo, el género favorece una mirada menos

⁷ Este capítulo funciona como un estado del arte que se propone mostrar, primero, la tradición genérica en la que se circunscribe la tesis y, luego, señalar que no hay un análisis académico que reflexione sobre el imaginario que aparece en la literatura de ciencia ficción argentina de fines del siglo XX y la primera década del XXI en relación al problema del viviente humano, su cuerpo y su subjetividad.

obsecuente sobre lo que se experimenta, lo cual, en una coyuntura particular de cambios tan notables en distintos aspectos de la experiencia generados por la tecnología, puede resultar una forma iluminadora en el imaginario de una sociedad.

1.2. Concepto de género discursivo

Siguiendo a Mijaíl Bajtín, todo enunciado, sin importar su extensión, se inscribe en un género discursivo. Esto acontece porque el uso de la lengua se enmarca dentro de una praxis humana particular y, como tal, refleja condiciones específicas que demuestran una relativa estabilidad en el modo en el que el discurso se produce. Dichas condiciones específicas permiten no solo distinguir las prácticas discursivas entre sí sino también relacionar los discursos, incluyéndolos o no dentro de un género según las determinaciones de la tradición histórica. Esa tradición en la que se afirma una regularidad se constata en tres ejes fundamentales: el contenido temático (tema), la composición (estructura) y el estilo verbal (recursos léxicos, fraseológicos, gramaticales de la lengua). Entonces, más allá de la existencia de variaciones a causa de las transformaciones históricas, es posible rastrear tales ejes porque las tres variables se hacen presentes “indisolublemente en la totalidad del enunciado y se determinan, de un modo semejante, por la especificidad de una esfera dada de comunicación” (Bajtín, 1999: 248).

Asimismo, dentro de los géneros discursivos, es posible reconocer los géneros literarios, cuya particularidad reside –no obstante– en ser de los enunciados más susceptibles de un estilo individual, pues es una finalidad misma del tipo de discurso. Sin embargo, se puede, incluso dentro de esa expresividad singular del lenguaje y de varios aspectos de la individualidad autoral, encontrar aquella regularidad de estilo, estructura y tema que permite identificar el género de producción. Partimos, entonces, de estas ideas señaladas por Bajtín para mostrar una serie de características que se reiteran en lo que se conoce como ciencia ficción. De manera que aceptamos que la ficción científica constituye un género dentro de la narración literaria en el que podemos identificar ciertas regularidades que intentaremos mostrar a continuación.

1.3. Propiedades estructurales del género de ciencia ficción

Un principio estructural fundamental es que la ciencia ficción es un género narrativo dentro de la ficción, aunque pueda haber un diálogo más o menos directo con

algún acontecimiento histórico. Si bien la ciencia ficción se sustenta, en muchos casos, en desarrollos científicos (comúnmente de las ciencias exactas, pero también, aunque en menor medida, de las sociales), sin embargo, tal vínculo no sacrifica elucubraciones lúdicas e imaginarias que, en definitiva, llevan a presentar consecuencias de dicha condición científica en un punto absurdo, disparatado, ficticio en comparación con lo que ocurre en el mundo que es contemporáneo a la obra. En todas las narraciones que trabajaremos observamos este hecho: ninguna se compromete, dentro del mundo del relato, con la veracidad de lo narrado fuera de él, ya sea porque acontece en lugares inexistentes fuera de la ficción, por ejemplo, el Delta Panorámico de Marcelo Cohen; ya sea porque se trata de personajes ficticios creados en ese mundo ficcional, como Dizze Mucho en *Los electrocutados* de J. P. Zooey; ya sea por la presencia de especies imaginarias en el mundo extra literario, por ejemplo, los gatos alados de *Borneo* de Oliverio Coelho.

Otro rasgo estructural dentro del género es la inclusión de al menos un modo o un motivo científico dentro de la narración; es decir, en la obra existe un elemento o un objeto o una idea o un supuesto procedimiento del orden de lo científico que recorre la historia y juega un papel importante en el curso de los acontecimientos o en su trama. Es lo que Daniel Link llama la “garantía científica”, la cual debe ser coincidente de algún modo con la ciencia del momento, pero quimérico aún –por la primera característica que mencionamos– fuera de la ficción analizada. En palabras de Link:

Si hemos de conservar la *garantía científica* para delimitar la ciencia ficción (y parece pertinente hacerlo) deberíamos decir que la ciencia ficción construye un universo más o menos compatible con la lógica de la ciencia, pero cuyos desarrollos científicos y tecnológicos son *necesariamente* imposibles fuera del universo literario (Link, 1994: 10).

Esta característica es planteada, de cierto modo, algunos años antes por Darko Suvin en su libro emblemático sobre el género. Allí, el teórico croata propone que en la ciencia ficción se presenta la convivencia de, por un lado, un grado de extrañamiento y, por otro, uno de cognición científica; todo esto dentro de un marco imaginativo diferente al mundo del escritor. En esa convivencia existe un “novum” que va a funcionar como categoría mediadora entre el mundo imaginario de la obra y el del autor, ya que dicho “novum” es un elemento o un evento extraño al mundo extraliterario pero que resulta cognoscible porque se establece un método de validación supuestamente científico que resultaría posible en el mundo del autor (Suvin, 1984: 30 y 31). De ese modo, un “novum” instituye el universo de la ciencia ficción, generando un espacio no sobrenatural –aunque no

coincida con la realidad empírica–, porque está dispuesto según las leyes científicas del mundo del autor. En esta combinación se superponen elementos que son extraños al mundo extraliterario con formas reconocibles en él, para finalmente generar un texto que, si bien dialoga con la ciencia de su tiempo, plantea una situación de algún modo extrema que hace irreal el hecho narrado –al menos en la contemporaneidad de la escritura–. Así, la literatura de ciencia ficción marca una diferencia importante tanto con la literatura realista como con la fantástica –con la cual muchas veces se la confunde–.

Respecto al realismo y en relación a lo inmediatamente planteado, cabe señalar que la ciencia ficción no busca presentar un mundo literario idéntico al universo extraliterario contemporáneo a la obra; en otras palabras, genera un tipo de verosimilitud dada por las condiciones científicas aunque ese “novum” introducido no exista más allá de la ficción. En diálogo con esta posición de Suvin, Noemí Novell Monroy escribe lo siguiente:

Los lugares, los objetos y en general los mundos de la CF [ciencia ficción] no son entonces verificables por su empirismo, sino por la ilusión de realismo –otorgada por la ilusión de verificabilidad y plausibilidad– que crean. El extrañamiento de Suvin, pues, está afinado en la paradoja de que el mundo de la CF será cognoscible –comprensible– a pesar de estar alejado de la realidad justamente por estar organizado a partir de la creación de una ilusión de verificabilidad (Novell Monroy, 2008: 198-99).

En cuanto a la distinción frente al género fantástico, y vinculado a la cuestión del científicismo, es necesario reconocer que, en la ciencia ficción, ni un personaje ni el lector se plantean la duda de si es posible o existe eso narrado más allá del universo literario: el personaje no se lo cuestiona y el lector sabe que esa condición científica, así como se narra, no existe –al menos todavía–, pero se acepta por cierta lógica que repone la obra (por ejemplo, hallarse en un futuro en el que se ha alcanzado cierto nivel de desarrollo, ubicarse en otro espacio físico –como ser un planeta– donde ese desarrollo científico es aceptable, colocarse en una dimensión temporal paralela en la que una tecnología determinada es posible). Es decir, la ciencia ficción no presenta elementos o situaciones como sobrenaturales porque, aunque no coincida con la realidad empírica, aquellos siguen especulaciones científicas. Así, el género no compromete el mundo extraliterario sino que lo expande para plantear posibilidades mediante desarrollos tecnológicos. En esta línea se expresa Pablo Capanna cuando plantea que “lo que caracteriza la s-f [*science fiction*] es cierta actitud metódica y cierta lógica consecuente, de corte científico, para tratar aun las hipótesis más descabelladas o agotar las posibilidades implícitas en una situación dada” (Capanna, 1966: 7). En definitiva, el motivo científico incluido se enmarca en una coherencia –gracias a una forma de lógica científica– que instituye el

mundo del relato. De esta manera, no hay vacilación sobre si es posible o no dicho suceso, elemento o condición; se acepta como verosímil según la científicidad presentada en la ficción. Por ejemplo, en *Los cuerpos del verano* de Martín Felipe Castagnet existe la posibilidad, al morir, de sobrevivir de distintas maneras: en otro cuerpo que se compra, preservarse en internet sin tomar un cuerpo físico o sobrevivir en el cuerpo original en el que se nació. Tales modos de supervivencia son posibles gracias al desarrollo científico de esa sociedad en la que se sitúa la historia y el lector imagina esa posibilidad sin cuestionar su verosimilitud.

Un tercer rasgo se relaciona con los personajes prototípicos de la ciencia ficción. En este punto recogemos también lo expuesto por Daniel Link, quien plantea que este género narrativo presenta engendros que pertenecen al “campo simbólico alrededor de la vida” (Link, 2003: 121). En otras palabras, la ciencia ficción indaga –mediante sus personajes, pero no solo a través de ellos– cuestiones que tematizan la vida y la existencia, por ello, entre sus “monstruos” ejemplares están los robots, los androides, los ciborgs, los extraterrestres o los mutantes. En cambio, otros géneros que incluyan seres extraños, como el fantástico o el gótico, presentan criaturas vinculadas al campo simbólico de la muerte; por ejemplo, zombis, demonios, almas en pena (Link, 1994: 10-11). Tampoco los seres de la ciencia ficción se confunden con los del género maravilloso (ogros, duendes, brujas, hadas, animales con características humanas), porque los de la ciencia ficción tienen alguna conexión con avances científicos, sea porque esos seres son anómalos debido a la ciencia, sea porque se llega a ellos o se los conoce mediante desarrollos científicos. En definitiva, el planteo que propone la ciencia ficción, entonces, es indagar la vida, sus posibilidades, sus condiciones generadas a partir de un avance tecnológico.

En el relato “Variedades”, de Marcelo Cohen, el protagonista se transforma mediante cirugías estéticas y, debido a esto, va teniendo otras experiencias vitales (como hombre del espectáculo o como portero). A su vez, en las diversas islas que componen el “Delta Panorámico” de la obra *Los acuáticos* de Marcelo Cohen, existen, por ejemplo, “robotinas”, que realizan el trabajo fabril en vez de los humanos que están destinados a otras tareas. A su vez, dentro de esa antología, el relato “Neutralidad” tiene, entre los personajes principales, un infante que es descrito como un ciborg:

Al infante es al que más le cuesta asimilar la quietud, por cierto orgullo que tiene, dentro de la poca carne que las operaciones quirúrgicas le han dejado. Bajo el uniforme verde, dice el folleto de una interface que integra visión, comunicación y capacidad de fuego. No nos costó barato este hombre, y ni siquiera es seguro que sea imprescindible, pero tiene su función formal en el proyecto (Cohen, 2014: 396).

Vinculado a la cuestión de los personajes, vale la pena recuperar una idea de Pablo Capanna, según la cual los personajes de la ciencia ficción no importan en su individualidad sino en el vínculo con la especie. Por ello, no hay un desarrollo profundo de sus personalidades ni se perpetúan más allá de la obra (Capanna, 2007: 215). Dicho de otro modo, están más cerca de los estereotipos que de caracteres individuales ya que, en definitiva, es solo un “hilo conductor” de la trama y no una individualidad⁸. En este sentido, se observa que si bien en casi todas las obras seleccionadas hay un personaje principal cuya sensibilidad y reflexiones el lector puede seguir (“un hombre sin nombre” en “Variedades”, Dainez en “Un hombre amable”, el escritor César Aira de *El juego de los mundos*, Ornello Ballestro de *Borneo*, Víctor de *El corazón de Doli*, Dizze Mucho de *Los electrocutados* o Rama de *Los cuerpos del verano*), tales reflexiones y sensibilidades están puestas al servicio de ese desarrollo tecnológico que se está pensando (las cirugías estéticas, la matematización de la vida, el mundo de la realidad total, la gubernamentalidad sanitaria, la clonación humana, internet, la vida más allá de la muerte, respectivamente). En efecto, las preguntas que plantea cada obra no responden a cuestiones autorreferenciales de un personaje, sino que indagan en lo humano, en su condición de especie y en la fascinación tecnológica del mundo extraliterario.

1.4. Propiedades estilísticas del género de ciencia ficción

Un siguiente rasgo del género, en particular del orden del estilo, mencionado por Theodor Adorno analizando *Un mundo feliz* de Aldous Huxley, y retomado por Daniel Link, es el de “hablar del futuro como si fuera pasado” (Link, 1994: 128). En este punto se intenta señalar una diferencia sustancial frente a los relatos utópicos o los discursos proféticos. Y aunque no todas las historias de ciencia ficción refieren al futuro (“Star Wars”, por ejemplo, acontece en un pretérito no preciso), en este tipo de ficción científica el pasado sigue reenviando al futuro, “un futuro (del pasado) alternativo” (Link, 2003: 116). Entonces, la ficción científica presenta un mundo con desarrollos de avanzada para la contemporaneidad de su escritura, pero, al momento de contarlos, los presenta como algo

⁸ Otros autores también señalan este rasgo. Por ejemplo, Daniel Link refiere al “antipsicologismo” de los personajes de ciencia ficción: “la ciencia ficción postula un tipo de personaje que debe ser leído como una pura superficie y que tiene una relación de absoluta subordinación respecto de la lógica narrativa del género” (Link, 2003: 118). O Elvio Gandolfo, retomando la definición de James Gunn, escribe que “la ciencia ficción se caracteriza por centrarse más en la raza humana, su trayectoria y posible destino, que en individuos protagónicos: aunque el relato se concentre en un personaje determinado, este es antes un representante de la especie que una individualidad psicológica” (Gandolfo, 2017: 35).

ya acontecido; a saber, es un futuro escrito en pasado y no un futuro expresado en futuro. En otras palabras, la hipótesis que pueda plantear la ciencia ficción es hecha desde un mundo dado (postulado en pretérito). Adorno justifica esa característica señalando que ese relato en pasado “da al contenido una repugnante claridad de acuerdo” (Link, 1994: 128). De este modo, todo lo aún imposible científicamente es consentido por el lector mediante este truco de tiempos verbales.

Mayormente, esta es la situación de las narraciones que analizaremos: “Variedades” y “Un hombre amable” de Cohen, *Borneo* de Coelho, *El corazón de Doli* de Nielsen, *Los electrocutados* de Zooey, *Radiana* de Esther Cross y varios de los relatos incluidos en *Los acuáticos*, también de Cohen. Sin embargo, se advierte, a su vez, cierto uso del presente discursivo. Esto lo vemos especialmente en “Neutralidad” de Cohen y *Los cuerpos del verano* de Castagnet. Pero, en ambos, el punto de vista narrativo sigue correspondiendo al modelo de la ciencia ficción y no al de la utopía, porque la presunta objetivación está presentada en su actualización y no en un posible virtual. De modo que el lector concibe y acuerda en el planteo exhibido y el mecanismo narrativo que separa el futuro del pasado se mantiene. En particular, *El juego de los mundos* de Aira se detiene en este detalle de los tiempos verbales para cuestionarlo, indagarlo, contradecirlo. Veamos tres ejemplos:

En una época del futuro se había puesto de moda el juego de los mundos (Aira, 2000: 7, las cursivas son nuestras).

Ayer, entonces... Por supuesto, en aquella época del futuro, un día como ayer no era solamente un día relativo a otros días, sino el conjunto coherente de consecuencias de todo lo que he venido diciendo. Sale entero de la lógica de la realidad que lo ha engendrado, sin restos ni confusión. En ese sentido, es inútil decir ‘ayer’, porque siempre es ayer, o mejor dicho, hoy (Aira, 2000: 33-34).

Esta vez no se trataba simplemente de lamentar otro rasgo deplorable de ese futuro que me había tocado vivir. Se precipitaba sobre mí un presente casi angustioso, que dependía de mí, de mí solo. Era como si de eficacia de mi acción inmediata dependiera que yo pudiera seguir siendo yo. Todo se había vuelto presente (Aira, 2000: 43).

El narrador en esta novela de ciencia ficción, como se aclara especialmente en el subtítulo entre paréntesis, no hace sino confirmar esta característica del género. Sin embargo, Aira no lo usa sin más, con el fin de generar esa verosimilitud, sino que, en efecto, establece perspectivas que chocan y problematizan dicha verosimilitud: esa perspectiva de pasado –“en una época (...) se había puesto de moda”– dada por la frase y el tiempo pretérito se contradice con otra perspectiva de futuro explícitamente expresada (que es, al menos, la perspectiva del lector y de Aira personaje, aunque parezca contradictorio). Entonces,

confirmando la existencia de ese rasgo, el autor dialoga con esa herramienta propia del género para, en todo caso, descalabrarla en su narrativa, pues su interés, veremos más adelante, es desarmar el lenguaje y volver a armarlo.

Asimismo, es posible encontrar otros rasgos de estilo que distinguen a la ciencia ficción. Marc Angenot, desde un enfoque semiótico, señala una característica presente en las obras del género que intentamos singularizar que da cuenta de una operación cognitiva del lector. Tal propiedad se logra, según el autor mencionado, por el uso de palabras ficticias. Podemos agregar que la utilización de dichos vocablos no es una condición *sine qua non* para lograr lo postulado por Angenot; sin embargo, el uso de palabras insólitas en las obras del género que analizamos no es en absoluto menor y el proceso cognitivo descrito permite entender una de las operaciones para dar una verosimilitud a la ficción científica. Las palabras ficticias son, siguiendo al teórico, términos anómalos que aparecen intercalados en las obras del género. Dichos vocablos (sin considerar antropónimos) carecen de un referente en el mundo del lector; es decir, el signo no remite a una realidad extralingüística concretamente identificada. Son, en sus palabras, términos sin paradigma. Para la semiología, el código lingüístico se constituye a partir de una relación contrastiva entre signos. Tal relación acontece en un nivel tanto sintagmático como paradigmático; ambos, implicados entre sí. Ahora bien, en una obra de ciencia ficción es posible encontrar, dentro de un sintagma, palabras ficticias sin referentes en el mundo del lector, pero que este logra significar gracias a los elementos circundantes que posibilitan dar significado. Y no solo logra significar aquello que no conoce, sino que incluso –y esta es la hipótesis fundamental de Angenot respecto al género– “syntagmatic consistency leads to a belief in the pre-existence of paradigmatic structure” (Angenot, 1979: s/n). Así, el término inventado no es un mero juego de palabras o para suscitar el *non sense*, sino que esas palabras inventadas buscan generar una consistencia de manera de crear un paradigma lingüístico dentro de ese mundo imaginado. Pero esos términos que logran significarse en el nivel del sintagma y de un paradigma lingüístico en realidad están siempre dentro de la conjetura del lector. Angenot incluso afirma que “[t]he reader is transported to an illusive ‘elsewhere’ of a semiotic nature, to the paradigms both suggested in and yet absent from the textual message” (Angenot, 1979: s/n). De este modo, esa constitución de un paradigma ausente tiene, como Angenot trata de demostrar, una función fundamental: la de crear una retórica de la credibilidad para pensar algo, no tanto lo literal (aunque no está negado), sino lo que se intenta presuponer. Y ello que se busca suponer no es tal o cual personaje, o evento del mundo planteado, sino algo más

general o prototípico planteado por ese personaje, ese mundo o esa situación. Así, pone al lector en un tipo particular de creencia. No es el pacto de lectura que puede tener un lector del género maravilloso en el que se acepta lo planteado sin más, sabiendo que ese mundo empieza y termina en la obra. Tampoco es la credibilidad propia del realismo; los términos carecen de referente, no lo olvidemos. Es una veracidad propia de un paradigma científico: plantea una abstracción, observa allí lo acontecido y piensa la aplicabilidad de lo planteado.

En diálogo con esto, volvemos a citar las palabras de Capanna cuando destaca que lo particular de la ciencia ficción es usar una “cierta actitud metódica y cierta lógica consecuente, de corte científico, para tratar aun las hipótesis más descabelladas” (Capanna, 1966: 7). En otras palabras, para Capanna, la ciencia ficción toma de la ciencia un método que no solo debe explicar o describir algún fenómeno sino también predecir algo a partir de una teoría. En este sentido, si bien Angenot y Capanna no analizan las obras del género desde un mismo enfoque, se puede establecer un acuerdo en el hecho de que ambos reconocen que una particularidad de la ciencia ficción refiere a la *conjetura* que habilita en el lector. En el caso de Angenot, leemos el postulado de un procedimiento literario para generar, en la materialidad del signo lingüístico, la suposición. Dicho proceder refiere a las palabras ficticias, las cuales logran constituir un paradigma ausente. Es decir, es un juego de ficción, conformado por palabras anómalas referidas a cuestiones técnicas que permiten instituir un esquema formal en el que esos términos insólitos parecen relacionarse contrastivamente de manera de armar un sistema lógico que, en realidad, no existe.

En relación con estos términos ficticios, cabe mencionar que el género, a lo largo de su historia, fue instituyendo un lenguaje propio que, en muchas ocasiones, se compartió entre escritores e incluso llegó a pasar al lenguaje corriente. En este último caso, la palabra ficticia pasó a ser un neologismo hasta naturalizarse; por ejemplo, “astronáutica” fue un término creado por J. H. Rosny; “robot” es de Čapek; “ciberspacio”, de Gibson (Capanna, 2007: 202). De hecho, Capanna llega a afirmar que “la mayor influencia que el género ha ejercido sobre la cultura del siglo XX no proviene de sus propuestas técnicas, sino de su capacidad para crear palabras y símbolos, ocupando el espacio mítico social” (Capanna, 2007: 202). Más allá de esta última posibilidad, el postulado de Angenot no queda desbaratado sino incluso confirmado, ya que los términos ficticios de la ciencia ficción plantean la fundación de un paradigma consistente, no con la finalidad de trascender la ficción, pero podríamos decir que, en algunos casos, alcanzan

una consistencia que supera su función literaria. No obstante, aunque el término anómalo quede en el plano de la ficción –y es esto lo que analiza el teórico–, esa verosimilitud constituida por un lenguaje fundador de un paradigma es una característica estilística propia del género. En este sentido, el planteo del paradigma no tiene un mero uso lingüístico sino una configuración semiótica más amplia para generar la suposición de un universo científico-cultural para el lector y que este pueda conformar una situación prototípica con la tecnología presentada en la ficción. En relación a este recurso, Marcelo Cohen, de los autores trabajados, es quien más lo utiliza. Algunos ejemplos que leemos en los cuentos de *Los acuáticos* son los siguientes: tecnoatrorantes, boat people, Panconciencia, pancorreo, flaybuses, flaymotos, pantallátor, robotinas, porcelanosis, musicaja, alfabeteam, cocomint. Pero, también, esto aparece en otras narraciones como puede ser en *El corazón de Doli*. En esta novela, un recurso muy usado supone deformar levemente una palabra (“pollen” para referirse a los pollos manipulados que comercia Mc Pollen Fritten: animales sin huesos, solo cartílagos, sin plumas, ni patas, ni picos, ni ojos) o generar adjetivos o sustantivos aún inexistentes de sustantivos que sí existen (“dismélico”, “reprogenetista”). También en *El juego de los mundos* se manifiesta este recurso al describir a Dios, que es representado como un “exoedro”. En todos estos casos, las palabras ficticias son términos sin paradigma previo pero que el lector, pese a ello, logra significar en un paradigma conjetural que crea la ficción.

1.5. Los temas de la ciencia ficción

En relación con la cuestión temática, se reconoce la presencia de temas recurrentes que se podrían organizar, fundamentalmente, siguiendo a Annette Kuhn, en “el conflicto entre ciencia y tecnología por un lado y la naturaleza humana por otro y temas de desplazamiento espacial y temporal” (Link, 1994: 33). Sea uno u otro caso, hay una situación ineludible referida, como ya dijimos, por una parte, a la relación directa con un desarrollo científico; por otra, a pensar la vida y sus posibilidades, ya sea la “vida natural” (en otro tiempo, en otro mundo, con otros seres, con otras condiciones) ya sea la “vida artificial” (en el empalme de lo biológico con las máquinas o solo las máquinas como nuevas formas de existencia)⁹. En este sentido, la ciencia ficción indaga la imaginación de su tiempo en sus posibilidades tecnológicas y vitales; por ello, más allá de situarse en

⁹ Véase Link, 2003: 122-123.

otro tiempo, guarda un estrecho vínculo con el presente de su producción. Y es esto lo que genera que la ciencia ficción “se venza”, según Cohen, o “envejezca”, según Link. En definitiva, es un horizonte de expectativas de un tiempo determinado.

A partir de ello, a lo largo de la historia del género, podemos reconocer temáticas propias de una época de acuerdo a la imaginaria según los contextos político-sociales y su diálogo con los desarrollos científicos. Así ocurrió, por ejemplo, con *La guerra de los mundos* de Herbert George Wells, novela en la que se describe una invasión alienígena a la Tierra. A partir de este libro, se crea, en la literatura, la cultura extraterrestre y si bien el texto era fantasía, dialogaba con un contexto muy específico y propio de la época: la colonización. En inglés, el concepto de “alien” no remite exclusivamente a los extraterrestres, sino también a los extranjeros. De modo que el libro presentaba tanto una ficción especulativa como una crítica social a los imperios europeos invasores de otras culturas, en particular, la potencia victoriana. Otro ejemplo es *1984* de George Orwell, libro que presenta una crítica a los regímenes totalitarios y toda su armamentística (no solo militar, sino también simbólica). *1984* fue publicado luego de la Segunda guerra mundial con una reconocible crítica a la figura del dictador, ese Gran hermano, aludiendo tanto a Stalin como a Hitler. Como ya manifestamos, la literatura de ciencia ficción puede, por establecer una correspondencia con las tecnologías de su tiempo y asumir su práctica poética como reflexiva, ser –expandiendo el término de Kozak y el colectivo Ludión– una tecnopoética (Kozak, 2015: 197), en tanto los desarrollos tecnológicos presentados son indagados en sus implicancias político-sociales, así que sus temas (como viajes interestelares o control estatal o identidades no humanas) son motivos enlazados a una situación histórica.

James Ballard, hacia fines de la década del sesenta, va a provocar un giro temático en el género. Digamos que, según nuestra propuesta, lo circunscribe al primer eje de clasificación (el conflicto entre tecnociencia y naturaleza humana): el énfasis ya no es indagar cuestiones del afuera del humano en tiempo o espacio sino que, por el contrario, va a proponer hablar del “espacio interior” (“un nuevo territorio”, “ese dominio psicológico (...) donde el mundo exterior de la realidad y el mundo interior de la mente se encuentran y se funden” –Ballard, 1996: 10–) y va a constituir, en sus palabras, “metáforas” sobre el mundo contemporáneo que habita (“el futuro está dejando de existir, devorado por un presente insaciable. Hemos anexado el mañana al hoy” –Ballard, 1996: 11–). Dos cambios bien significativos respecto a la tradición de la ciencia ficción que se hacía y que, desde Ballard y en adelante, se fue potenciando. Lo extraño, según Ballard,

está frente a nuestros ojos y no por encuentros con seres insólitos o visitas a otros mundos sino por la relación que el humano estableció con la tecnología a lo largo del siglo XX. Es decir, si bien la tradición de la ficción científica podía criticar cuestiones tecnológicas de la época, dichas técnicas eran puestas, mayormente, a la distancia del humano (en tiempo y/o lugar, en deseos y/o proyecciones). En cambio, Ballard va a mirar al humano como el alienígena, fascinado con la técnica, incluso hasta su propia destrucción. En este sentido, el mejor género para reflexionar sobre esta situación es, según él, la ciencia ficción porque ella es “la principal tradición de una respuesta de la imaginación frente a la ciencia y la tecnología” (Ballard, 1996: 8). “Ninguna otra forma narrativa dispone de un repertorio de imágenes e ideas adecuadas para tratar el presente, y mucho menos el porvenir” (Ballard, 1996: 8). Entonces, admitido desde Ballard ese ambiente tecnológico y el modo en que la psiquis humana se ve afectada por la técnica que la rodea, la ciencia ficción no ha dejado de examinar no tanto los desarrollos técnicos en sí, sino ese acople entre el humano y su atmósfera tecnológica.

Ahora bien, ese ensamble a fines del siglo XX no es igual al pensado por el escritor inglés, porque fundamentalmente esa articulación no es a la medida humana. No es exactamente el individuo enfrentado a su inconsciente, a sus deseos desatados; es un empalme determinado por un paradigma que no tiene como centro al sujeto, sino operaciones cuantitativas que posibilitan sobrepasar muchas determinaciones y que conllevan un vínculo de lo humano con la técnica que corre del centro la humanidad para ponerla, en todo caso, como un elemento más de experimentación. Es una conexión tecnológica que puede trabajar con los modos y afectos de lo humano para generar efectos que trascienden su corporalidad (con cirugías como en “Variedades” o el uso de la reprogramación genética en *El corazón de Doli*), su organicidad (con modos de vida más allá de la existencia orgánica en *Los cuerpos del verano*) y su cognición (con conexiones informáticas que son impulsadas por lo humano para trascenderlo en sus posibilidades de entendimiento en *Los electrocutados* o en *El juego de los mundos*).

En síntesis, los temas de la ciencia ficción son variados y están en interdependencia con el contexto histórico-político en el que se producen. Pero, en particular, en la coyuntura en la que nos situamos, cuando la digitalización potencia la cibernética al darle herramientas y técnicas más sofisticadas para procesar mayor cantidad de información en sistemas cada vez más amplios y complejos, veremos que su temática tiende a ciertas características peculiares: ya no se sitúa distante en tiempo ni espacio, ni piensa en desarrollos que solo *acompañan* lo humano, sino que plantea una tecnología

que se conecta con él o, mejor dicho, con partes/modos/afectos de él para pensarlo en una apertura que trasciende sus límites inmediatamente identificados y en el que ya no importa ni como sujeto ni como individuo. De esta forma, se esboza una necesidad de redefinir la humanidad o al menos advertir que, tal como la veníamos delimitando, no permite entendernos en la centuria que habitamos. Y, al mismo tiempo, preguntarse cómo será el futuro para lo humano, en qué lugar quedará parado. Por ello, podríamos decir que, dentro de esa gran categoría que reúne conflictivamente tecnología y humanidad, se encuentran subtemas que refieren, en la transición del siglo XX al XXI, a las consecuencias biológicas, sociológicas, ambientales, éticas y epistemológicas del tecnocapitalismo cuando el humano viviente no está en el centro de la reflexión.

1.6. La tradición local del género de ciencia ficción

Antes de cerrar el capítulo, también es relevante señalar que existe una tradición argentina del género, más allá de las provocativas aseveraciones de Elvio Gandolfo de que "la ciencia ficción argentina no existe" (en 1978) o que "ha pasado de la casi inexistencia a la casi desaparición" (en 2003). Es cierto que no hay una cultura editorial masiva o de escritores dedicados exclusivamente al género o agremiaciones específicas como existen en otros países (Castagnet, 2015). Sin embargo, se reconoce una producción del género y una tradición crítica que lo estudia.

Un libro que recupera específicamente la etapa fundacional es *Cuando la ciencia despertaba fantasías. Prensa, literatura y ocultismo en la Argentina de entresiglos* de Soledad Quereilhac, quien se ocupa de investigar, tanto desde la crítica literaria como de la historia cultural, en la Argentina de fines del siglo XIX y principios del XX, una protociencia ficción argentina en la que se menciona a Eduardo L. Holmberg, Leopoldo Lugones, Atilio Chiappori y Horacio Quiroga. Una etapa posterior, la de las décadas de 1920 y 1930, es trabajada por Beatriz Sarlo en *La imaginación técnica. Sueños modernos de la cultura argentina*. Desde una perspectiva del análisis cultural, Sarlo explora el "ensueño moderno de la técnica" en la literatura argentina y, en particular, en Horacio Quiroga y Roberto Arlt. Si bien el análisis no se circunscribe estrictamente a lo que llamamos ciencia ficción, identifica que en algunas de las narraciones de esos autores hay una ficción científica indudable que recoge el impacto que tuvo la técnica como instrumento de modernización económica y social en las urbes. Entonces, si bien la "implantación" consciente del género en la Argentina, en términos de cómo se venía

desarrollando en la cuna del país que lo nombró, ocurre en los años '50 (Capanna, 2007; Pestarini, 2012), no pueden ignorarse las producciones anteriores de los autores mencionados, ni las de autores tan importantes para el canon nacional como Jorge Luis Borges o Adolfo Bioy Casares. En particular, *La invención de Morel*, publicada en 1940 y con el prólogo de Borges, que reconoce explícitamente el vínculo de esa novela con la ciencia ficción, es un hito del género en nuestro país que trasciende las fronteras nacionales. Pero es cierto que, previo a esa época, no hay una producción específica que se identifica con el género ni es leída por el tipo de lector que caracteriza esa producción¹⁰.

Esta periodización, esquemáticamente fechada desde 1875 hasta 1920 (Quereilhac) y de 1920 hasta 1950 (Sarlo), no coincide exactamente en toda la bibliografía. Por ejemplo, Guillermo García, en el tomo de la *Historia crítica de la literatura argentina* (colección dirigida por Noé Jitrik) dedicado a la crítica, prefiere recortar esos dos periodos con fechas diversas: 1875 a 1898 para la primera etapa y 1898 a 1950 para la segunda (García, 1999: 317-320). Escapa a los fines de nuestro trabajo hacer una crítica a estas periodizaciones, pero de cualquier forma sirven como referencia porque se observan dos coincidencias significativas. Por un lado, el hecho de poner *Viaje maravilloso del señor Nic-Nac*, de Eduardo Holmberg, como producción inaugural. Por otro, en señalar que a partir de los años '50 empieza un nuevo periodo del que la crítica especializada señala como determinante.

Efectivamente hacia 1950 comienza a establecerse conscientemente una formación de autores y lectores en el género. Elvio Gandolfo, en “La ciencia ficción argentina” (2017); Pablo Capanna, en *Ciencia ficción, utopía y mercado* (2007) y en “Argentina: la ciencia y la ficción” (2018); así como Luis Pestarini, en “El boom de la ciencia-ficción argentina en la década del ochenta” (2012), dan a conocer las publicaciones, los autores y la difusión que se desarrolló en la segunda mitad del siglo XX en torno al género. Esta gestación deliberada, en tanto se trató de educar y formar, se debe, fundamentalmente, a publicaciones periódicas de revistas y a editoriales abocadas al género fantástico y de ciencia ficción, no solo a través de la traducción de obras foráneas sino también mediante la difusión de la producción local¹¹.

¹⁰ A partir del modelo estadounidense, distinto al modelo europeo, se reconoce que el público del género tiene sus rasgos (Capanna, 2007). Pestarini explicita la particularidad que tienen la comunidad lectora de la ciencia ficción: “tienden a ser gregarios, a reunirse, organizar actividades, grupos de lecturas y producir sus propias publicaciones denominadas fanzines” (Pestarini, 2012). También Gandolfo y Castagnet señala que los lectores se identifican como un gueto (Gandolfo, 2017 y Castagnet, 2015).

¹¹ A partir de lo escrito por Gandolfo (2017), Capanna (2007 y 2018) y Pestarini (2012), mencionamos una serie de publicaciones: en los '50, se encuentran *Más allá* (entre 1953 y 1957) y la editorial Minotauro

En particular, como etapa previa a nuestra investigación, encontramos el trabajo de Fernando Reati que indaga sobre el género de anticipación en las variantes de ciencia ficción, sátira política, antiutopía y distopía en la literatura argentina entre 1985 y 1999 (Reati, 2006). Pero este enfoque está pensando las figuraciones de ese periodo en relación al ingreso de la Argentina en el neoliberalismo y la globalización. De modo que su interés está en observar el imaginario de esa Argentina finisecular en la que el Estado se contrae y pasa a manos privadas diversos bienes públicos para priorizar la competitividad mercantil sin atender la responsabilidad social. Es decir, el foco está puesto en la disolución social en distintos niveles a partir de la retracción del Estado y no la experiencia de los cuerpos, de las subjetividades y de la vida a partir de una relación con la tecnología¹².

En cambio, hay una aproximación mayor en cuanto a nuestro problema en Daniel Link, ya sea en algunos capítulos de *Cómo se lee* (2003) ya sea en *Suturas* (2015). Link publica a mediados de los '90 reflexiones sobre el género que nos ocupa y pone un sello que no aparece antes, al menos enunciado de este modo: el hecho de que la ciencia ficción indaga el “campo simbólico de la vida”. Años más tarde, en el 2000, el crítico y escritor argentino encuentra otras formas de pensar lo vivo sin limitarse al género de ficción científica, sino que recurre a otras áreas del arte para indagar dicho problema que encontró tan claramente tematizado en la ciencia ficción. En estos trabajos de Link, posteriores al 2000, la vida es entendida en el sentido deleuzeano, que es el enfoque en el que también nos encuadramos. Ahora bien, como decíamos, Link no se ciñe a la narrativa de ciencia ficción, de manera que, aunque sus preguntas y propuestas nos interesen, no las aplicamos necesariamente del mismo modo porque los objetos que trabajamos no coinciden.

De manera particular, abordamos los cuestionamientos que la narrativa de ciencia ficción propone en el imaginario del fin de siglo XX y principios del XXI porque, históricamente, el género se ha hecho cargo de diversos interrogantes frente a las invenciones de su tiempo. Pero también, y fundamentalmente, porque inquirir las

(fundada en 1955 por Francisco Porrúa); en los '60, sale la revista *Minotauro* (entre 1964 y 1968, luego retomada en abril de 1983); en la década de 1970, aparecen, entre otras, *La revista de ciencia-ficción y fantasía*, *Entropía*, *Suplemento de Humor y Ciencia Ficción* y *El Péndulo*; en los '80, emerge, entre las publicaciones con mayor tirada, el *Boletín* del Círculo Argentino de Ciencia-Ficción y Fantasía (que seguirá vigente hasta fines de los '90), *Sinergia*, *Nuevomundo*, *Cuásar*, *Parsec*, *Gurbo*, *Potencial*, *Vórtice*, *Axxón: ciencia-ficción en bits* (aún hoy vigente), *Unicornio azul* (luego *El unicornio*), *Supernova*; por último, en los '90, se reconoce un repliegue, asociado a la crisis económica y a la hiperinflación, de las publicaciones dedicadas al género, pero no desaparece y se suman autores relevantes, como Marcelo Cohen.

¹² Incluso, años más tarde, Reati (2012) analiza la trilogía de Oliverio Coelho que nosotros abordamos, pero la lee en clave de terrorismo de Estado o de la crisis estatal argentina.

transformaciones tecnológicas que esa última década del siglo XX pone a disposición tan cercana del viviente humano resulta necesario. Al respecto, no es solo, ni exactamente, el empalme entre el cuerpo humano y el paisaje tecnológico que J. D. Ballard presentaba años antes a nuestro corte temporal (véase Kozak y Ferrer, 2001), aunque ya en la producción ballardiana estamos en una etapa cibernética particularmente densa¹³, sino que hay una diferencia de escala habilitado por la digitalización. En efecto, el viviente humano ya no es una totalidad concebida en un cuerpo y con una psiquis. Es una organización contenedora de información que puede medirse en distintos niveles y controlarse cada vez más¹⁴. En este sentido, el viviente humano, desde ciertas perspectivas, interesa menos en su individualidad, para privilegiar, por el contrario, su infra y supra corporalidad. Es el dato identificado y medido aquello que resulta realmente significativo y que se concibe atravesando la tecnología, la ciencia, lo humano y la política. Es un contexto que involucra el cruce productivo (desde cierta perspectiva) entre la digitalización y la cibernética que permite un procesamiento más complejo y perfeccionado de la información y que demanda otra forma de entendimiento, de imaginación y de representación que la literatura de ese periodo indaga. Y en esa indagación propone modos expresivos y de experimentación que apuntan a poder rezumar, en ese nuevo mundo, no moderno, modos de legibilidad, de representación y de imaginación propios de la época que se transita y que, en tanto novedosa y en construcción, no se perciben ni se entienden de manera acabada.

Entonces, con este breve estado del arte, se espera, primero, haber mostrado la tradición genérica (internacional y local) en la que se circunscribe la tesis y, luego, señalar que no hay un análisis académico que reflexione sobre el imaginario que aparece en la literatura de ciencia ficción argentina de fines del siglo XX y la primera década del XXI en relación al problema del viviente humano, su cuerpo y su subjetividad.

¹³ La década de 1970, que atraviesa la producción de J. D. Ballard, es un momento de aceleración de tendencias tecnológicas previas que inaugura la cibernética. Al respecto, véase Costa: 2021, pp. 11-14.

¹⁴ La década de 1990 es una siguiente etapa de aceleración con hitos significativos como los planteados en la introducción. Particularmente, tomamos el análisis a partir de esas consecuencias por la transformación tecnosocial y política local, así como tan cercana al ciudadano corriente.

Capítulo 2

Sobre una nueva condición de época¹⁵

En todo caso, una cosa es cierta: que el hombre no es el problema más antiguo ni el más constante que se haya planteado el saber humano.

Michel Foucault, *Las palabras y las cosas*, 1984

2.1. Una época ya no moderna

La etapa en que situamos el análisis, fines del siglo XX y la primera década del XXI, ya no posee los principios determinantes de la modernidad ni su fundamento humanista. En efecto, son varios los autores que mencionan cambios determinantes en los modos de pensar, conocer, representar y experimentar no solo el mundo que nos rodea sino también a nosotros mismos. Sin embargo, esta transformación no se inicia en la última década del siglo XX, sino que, en todo caso, llega en ese tiempo a un grado de consumación que resulta ineludible. Michel Foucault, hacia 1966, escribe sobre el fin de la era del hombre, retomando el postulado nietzscheano y explicitando que ya no es el hombre el fundamento epistemológico que delimita el pensamiento, el conocimiento ni la imaginación (Foucault, 1984).

El humano, “el hombre” leemos en Gilles Deleuze y en Michel Foucault, se piensa, piensa la vida y se organiza condicionado por su época. Tal perogrullada no resulta una simpleza o necedad cuando se significa con contenidos históricos concretos. Como punto de partida señalamos que cuando estos dos autores hablan filosóficamente del hombre no se refieren al hombre existente ni al concepto. El problema del hombre, cuando lo recupera Deleuze de Foucault, quien a su vez lo toma de Nietzsche, en el anuncio de su muerte, refiere a una *forma*, no al individuo de carne y hueso ni a un concepto filosófico. La forma es, desde estas líneas teóricas, “un compuesto de relaciones de fuerza” (Deleuze, 2015: 159). En otras palabras, un conjunto de determinaciones y potencias que, en cada época, constituye una relación que genera un modo de

¹⁵ En este capítulo situamos temporalmente el análisis, pues se explica que la época en la que nos ubicamos ya no responde al paradigma de la modernidad en tanto se presenta otro fundamento epistemológico que no es ni antropocéntrico ni humanista. De manera correlativa, se propone una lectura en esa clave de época de *Los electrocutados* de J. P. Zooney.

pensamiento, de imaginación y de organización. En este sentido, toda época tiene su modo de formar ideas respecto del humano y la vida. Por ejemplo, en lo que Foucault llama época clásica¹⁶ y que Deleuze retoma, esto es, siglos XVII y parte del XVIII, las fuerzas que componen en el hombre no se fundamentan en él sino que lo trascienden y habilitan modos de conocer, pensar e imaginar que no se agotan en su experiencia. Por ello, Deleuze la llama “fuerza de elevación al infinito” (Deleuze, 2014: 223-224). Ese poder percibido como infinito que determina al hombre depende de una concepción que supone un ser también infinito. Así, las relaciones de fuerza que delimitan al hombre en esa época clásica son fuerzas de elevación al infinito que se identifican con Dios, la “forma-Dios”, escribe Deleuze. Por ello, en esta época clásica, “la forma bajo la cual se piensa el hombre no es el hombre, es Dios” (Deleuze, 2014: 227). Eso no significa, siguiendo al filósofo, que el hombre existente no tenga su lugar en la comunidad, sino que el modo en que el humano experimenta su existencia y conoce no tiene su origen ni acaba en él. En efecto, todo en el hombre y su mundo tiene un origen que trasciende a ambos. Lo finito deriva de lo infinito y, a su vez, lo infinito es lo indefinido, entendiendo este último término como lo que posibilita el devenir, el cambio. Un caso que podría ejemplificar estas fuerzas de elevación al infinito es el hecho de que, en esa época clásica, el hombre constituye distintos modos de organización sabiéndose limitado y, por ello, confía en cuestiones que escapan a su secularidad y a su entendimiento para devenir en el mundo; hay Alguien (Dios) que sabe hacia dónde se está yendo, más allá del entendimiento mortal. Es la analítica del Dogmatismo (Foucault, 1984: 331-332).

A esta época le continúa otra, un nuevo momento histórico que, focalizados en esta reflexión de las fuerzas componentes en el hombre, resultará significativamente diferente, debido a que el modo en que el hombre se piensa y organiza será muy distinto. Es la época romántica o humanista. Kant es el filósofo que marca, según Deleuze, la etapa. Con “Kant la finitud deviene constituyente, es decir fundadora” (Deleuze, 2014: 229). A partir de ello, lo indefinido ya no pertenecerá a los órdenes de lo infinito, sino que será propio de lo finito. Es el momento en el “que el ‘yo pienso’ kantiano adquirirá valor de fundamento” (Deleuze, 2014: 229). Y ese “yo pienso” kantiano no es el cartesiano, argumenta Deleuze, porque el primero remite a la forma tiempo y, de esa manera, se sitúa en un yo finito, mientras que, para Descartes, lo infinito es anterior al pensamiento y lo que habilita el pensar humano. Entonces, con Kant, el entendimiento

¹⁶ Cabe aclarar que el recorte que Deleuze toma de Foucault está muy situado espacial (Europa occidental) y temporalmente (desde la Edad Media hasta fines del siglo XX).

finito ya no proviene del infinito sino al revés: “el entendimiento infinito es una diferencial del entendimiento finito, es *una* derivada del entendimiento finito” (Deleuze, 2014: 230). Así, las fuerzas componentes en el hombre entran en relación con fuerzas del afuera pero que son, en definitiva, fuerzas de finitud. Hay en esta explicación deleuzeana dos momentos: uno, el hombre se apropia de esas fuerzas de finitud y, dos, las descubre como su propia finitud. Estas fuerzas son –en particular– vida, trabajo y lenguaje. “No es el hombre la raíz de la finitud, sino las fuerzas que afronta y que encuentra: fuerzas de la vida, fuerzas del lenguaje, fuerzas del trabajo” (Deleuze, 2014: 233). Esas fuerzas son las que producen al hombre; este se representa a través de ellas. Concretamente, Deleuze menciona cómo la disciplina de la Biología reemplaza a la Historia natural, lo que determina que la serie infinita de seres vivientes es reemplazada por planos de organización con límites más precisos, a saber, los artrópodos y los vertebrados. Lo mismo ocurre en el caso del lenguaje: la Filología se impone como doctrina que explica el lenguaje, sustituyendo la Gramática general y estructurando las lenguas por las flexiones. A su vez, el trabajo es fundado como concepto por la economía política y, mediante este término, se suplanta el análisis de las riquezas. “[E]ntonces, y solo entonces, el conjunto de las fuerzas compone la forma-Hombre (y ya no la forma-Dios)” (Deleuze, 2015: 163).

Finalmente, habrá un tercer momento, diferenciado de los anteriores y que nos interesa especialmente. Es el momento de la crítica a la analítica antropológica. En principio podemos referir que las tres fuerzas que producían al hombre en la época humanista ya no siguen vigentes, al menos no del mismo modo. Por ejemplo, las fuerzas de la vida en este tercer período no se agrupan como en la época precedente, lo cual implica que la vida no puede ser entendida tal como la pensaba la biología de la era humanista; esto es, una fuerza que se organiza en planos vitales de ramificación. En esta tercera etapa es, en todo caso, el código genético el que prima y la biología molecular aquello que permite pensar y entender la vida. En este sentido, no hay una atención en un organismo. La vida, para la biología molecular, es “un ser bruto de la vida, que está hecho de cadenas de códigos” (Deleuze, 2014: 337). Y esas cadenas “son verdaderamente un afuera de la vida. Es la vida que descubre su afuera” (Deleuze, 2014: 337). La vida, entonces, ya no se define por un límite. Esto mismo ocurre con las otras fuerzas: el trabajo ya no acontece en los mismos términos porque no son las mismas máquinas las que determinan la producción. Deleuze menciona el pasaje del carbono al silicio; aparecen, entonces, las máquinas de tercera generación (cibernéticas e informáticas) que sustituyen

a las máquinas energéticas (las de vapor, por ejemplo) y sus modos de producción. Las primeras son las que hacen que el trabajo no se encuentre con un límite preciso sino todo lo contrario, que se confronte con un afuera que impida determinar su finitud. A su vez, el lenguaje tampoco se sigue pensando desde las familias de lenguas, sino desde la literatura. El lenguaje se agrupa en la posibilidad dada por la literatura y ya no en las flexiones de una palabra. Por todo ello, Deleuze sostiene que, en esta tercera etapa, lo que compone en el hombre ya no son fuerzas infinitas (fuerzas de acumulación, de poner en serie) ni finitas (fuerzas de diferenciación: “diferenciación de las ramificaciones de la vida, de las familias de lengua, de los modos de producción”), sino un finito ilimitado (Deleuze, 2014: 240). En otros términos, el modo en que el hombre conoce, se organiza e imagina ya no es ni infinito ni finito sino un finito sin límite; es el modelo del código genético: “un número finito de componentes puede dar a luz un número prácticamente ilimitado de compuestos” (Deleuze, 2014: 272), lo cual implica que los componentes nunca son del mismo nivel ni naturaleza que lo compuesto. La forma para esta época es, en sus términos, el superhombre.

Esta tercera etapa es anunciada por Nietzsche, quien “encontró de nuevo el punto en el que Dios y el hombre se pertenecen uno a otro, en el que la muerte del segundo es sinónimo de la desaparición del primero y en el que la promesa del superhombre significa primero y antes que nada la inminencia de la muerte del hombre” (Foucault, 1984: 332). Este hecho es, a los ojos de los filósofos que estamos trabajando, un despliegue, es una apertura anunciada primero por Nietzsche, retomada por Foucault y ampliada por Deleuze, ya que Foucault solo propone esa idea de despliegue para el lenguaje y no para las otras fuerzas (trabajo y vida). Sin embargo, Deleuze no solo ve, hacia fines del siglo XX, un nuevo ser del lenguaje, sino también un nuevo ser del trabajo y de la vida (Deleuze, 2014: 319). No obstante esta percepción, trabajo, lenguaje y vida no son necesariamente los factores a analizar siempre; ellos son las tres fuerzas de una formación histórica determinada: la época humanista, la de la forma-hombre. Entonces, hacia fin del primer milenio son otras fuerzas, distintas de la modernidad, las que van a componer la forma en que el humano piensa y se piensa.

Este recorrido nos permite comprender dos cuestiones. Por un lado, la transformación de lo humano que se empieza a percibir en la segunda mitad del siglo XX. Por otro, que, en el periodo analizado, lo humano como fundamento ordenador de una episteme ha sido desplazado. Esto no significa –insistamos– que el humano desaparezca o que él (en su singularidad) no se vea afectado por las fuerzas que lo acometen; sin

embargo, ya no es él, en sus límites, desde y hacia donde se estructura la experiencia. La idea de lo finito ilimitado que propone Deleuze resulta, por el contrario, mucho más aplicable si consideramos que, a partir de un grupo de finitos, se puede generar diversas combinaciones que no podemos mensurar hasta dónde llegan. Ejemplo de ello sería no solo el código genético, sino también las conexiones en una red. La imagen de lo humano circunscripto a un tiempo y un lugar, a sus condicionantes orgánicos ha sido cuestionado y pone en entredicho al menos algunos de los límites de sus posibilidades concebidas hasta entonces¹⁷. Por ello, desde cierta perspectiva teórica, las fuerzas que dan forma al humano de la segunda mitad del siglo XX se abren y se asume que hay “diseminación de los planos de organización de la vida”. El humano, ya desde fines del siglo XX, puede cargarse tanto de lo orgánico (incorporar otros códigos genéticos) como de lo inorgánico (con el silicio) para liberar en él la vida; ese es el superhombre (Deleuze, 2015: 169-170).

Así, afirmamos que no solo estamos en una nueva época, sino también en una nueva episteme que es denominada de modo diverso según las teorías. Jean-François Lyotard publica en 1979 *La condición posmoderna* y da nombre a esta etapa que refiere como el fin de los grandes relatos o proyectos modernos. Esto supone que las instituciones y los valores que marcaron cierta experiencia y conocimiento de los humanos (Lyotard piensa, por ejemplo, en el marxismo), con una teleología de la historia, no se sostiene más. Por el contrario, escribe, emergen pequeños relatos (como los científicos) que se autonomizan y autolegitiman habilitando diversas perspectivas. En estos discursos el hombre ya no será centro de todas las cosas ni su fin. Y dicho cambio en el estatuto del saber también es fechado por Lyotard “cuando menos desde fines de los años 50” (Lyotard, 1986: 13). Entonces, el saber posmoderno, en sus palabras, es una nueva condición que sirve a ciertos poderes al autonomizarse de los discursos de legitimación, pero también guarda una potencia para el resto de los mortales: “El saber postmoderno no es solamente el instrumento de los poderes. Hace más útil nuestra sensibilidad ante las diferencias, y fortalece nuestra capacidad de soportar lo *inconmensurable*” (Lyotard, 1986: 11, las cursivas son nuestras). Con diferentes perspectivas, se observa una coincidencia en el reconocimiento de una transformación epistemológica para la segunda

¹⁷ También Éric Sadin, en *La humanidad aumentada*, se detiene en esta ampliación experiencial: “La inteligencia de los procesadores ofrece al conocimiento, de ahora en más, ‘toda la inteligencia del mundo’. Esta configuración global no se emparenta exactamente con la aparición de un ‘sexto sentido’, sino con el aumento de nuestro aparato sensorial según medidas que desmontan uno de los modos de la finitud de la condición humana” (Sadin, 2018: 146).

mitad del siglo XX y ese cambio se caracteriza por una modificación de condiciones de ser, estar y conocer en el mundo.

También Peter Sloterdijk, desde otra tradición, en “Reglas para el parque humano” (conferencia de 1999), habla de un posthumanismo al retomar la carta sobre el humanismo de Martin Heidegger a Jean Beaufret, dada a conocer en 1947. La pregunta por el humanismo, dice Sloterdijk, aparece cuando se espera dominar el salvajismo que se reconoce presente en el mundo humano. En el contexto de posguerra en el que escribe Heidegger era inevitable la pregunta, pero, así como este entiende que ese interrogante no es el adecuado a mediados del siglo XX porque hay acabadas pruebas del desastre de la soberbia humana, lo mismo piensa Sloterdijk al terminar la centuria. Entonces, así como Heidegger va a correr del centro al hombre para posibilitar el entendimiento de lo que debe ser pensado, Sloterdijk comprende que la problematización de la condición humana en la sociedad de masas no debe hacerse en clave humanista. Es decir, no es la lengua, la lectura y la escritura lo que frena ese avance de poder “bestializante” que se evidencia, por ejemplo, “en los medios de entretenimiento desinhibitorios”. La sociedad de masas, escribe Sloterdijk, no es humanista o solo lo es marginalmente; sus condiciones de producción y poder son otras, de modo que apelar al humanismo es errado. Primero con la invención de la radio, en 1918; luego, con la de la televisión, en 1945 y, finalmente, con las redes informáticas al finalizar ese siglo se instauran, para el filósofo, nuevos modos bestializantes que deben ser considerados para poder pensar la época. Y en este punto resulta necesario reconocer, por un lado, que a lo largo de la historia se desarrollaron técnicas de domesticación humana para contener su parte bestial; por otro, que hay nuevas antropotécnicas que desplazaron el humanismo letrado de su rol central y es esto lo que necesita pensarse. En este sentido, Sloterdijk se cuestiona qué puede domesticar al hombre cuando el humanismo ha quedado en un plano marginal. Pero también desliza otro interrogante: si acaso el hombre, en quien no podemos confiar por su ambición de poder sobre todo ente (evidenciado a lo largo de la historia), no requiere ser desplazado para pensar en una “domesticación” sin una figura de sabio superior y tal vez más cercana a “una deriva biocultural a-subjetiva” (Sloterdijk, 1999). En definitiva, su propuesta es demostrar que estamos en una época post-humanista, que pide nuevas reglas, distintas de las que se instauraron hasta el momento, y apelar a tratar de pensarlas.

Otro autor que también reconoce el desplazamiento del antropocentrismo y sus condiciones de existencia durante el siglo XX, y especialmente en la segunda parte del siglo, es Éric Sadin. El ensayista y filósofo francés considera que debemos entender que

el sujeto moderno, surgido de la tradición humanista y que se instituyó como “un ser singular, libre, *plenamente consciente* y responsable de sus actos” se ha disuelto (Sadin, 2018: 30). Esto ha ocurrido, explica el ensayista francés, no solo por distintas deconstrucciones discursivas del antropocentrismo (tanto desde las ciencias exactas como de las humanas y sociales) sino también por el desarrollo de la cibernética y la inteligencia artificial en la segunda mitad del siglo XX. Estas ciencias fueron generando distintos dispositivos técnico-antropológicos que empezaron a “asegurar nuestras acciones, optimizar nuestros actos e, incluso, anticipar nuestras aprehensiones” (Sadin, 2018: 26), lo cual llevó, entre otras cuestiones, a que los humanos se entrelazaran con las máquinas cada vez más. En los '80, escribe Sadin, ya se reconoce una revolución digital, pero que hacia finales del siglo y al comienzo del siguiente se identifica una nueva condición que llama “antrobológica”. Dicha condición “combina íntimamente inteligencia humana y artificial, ya no en el marco de coyunturas individuales o colectivas excepcionales, sino para un número de secuencias cada vez más extensas de nuestra cotidianidad. Es un *régimen dual de experiencia*” (Sadin, 2018: 84). Dicho entrelazamiento supone al menos dos cuestiones en las que se detiene el filósofo. Por un lado, el hecho del “advenimiento de una cognición artificial en parte superior” que se propone como una “soberanía digital” capaz de administrar de manera más eficiente y con menor riesgo el siglo XXI (Sadin, 2018: 21). Por otro, “una subjetividad ampliada” que incrementa las capacidades del viviente humano:

Probablemente, no captamos en su total medida la dimensión históricamente excepcional de nuestro tiempo presente, que reviste aspectos futuristas que nuestras capacidades de adaptabilidad integran “a la velocidad de la luz”, adquiriendo siluetas banalizadas con rapidez. Es la sucesión ininterrumpida de innovaciones vividas dentro de flujos densificados al infinito y que contribuyen a ocultar la magnitud de las incidencias que no cesan de rediseñar silenciosa o manifiestamente las características inestables de nuestra condición (Sadin, 2018: 30).

Entonces, esta condición antrobológica nombrada por Sadin es una condición dual, en tanto supone la combinación de un “un compuesto orgánico-sintético”, que habilita el peligro de la “delegación decisional” a los procesadores de información, pero que aumenta “nuestro aparato sensorial según medidas que desmontan uno de los modos de la finitud de la condición humana” (Sadin, 2018: 146).

Con lo expuesto, se puede observar que, desde diferentes postulados, se señala el fin de la era del hombre como forma histórica que se concibió y pensó en una época determinada. Cómo se nombre la etapa, si posmoderna, post-humana o antrobológica,

supone tal vez dar una discusión respecto al lugar que se le quiera dar a lo humano en relación con la técnica; entendida esta no solo como el conjunto de procedimientos que generan resultados en la vida sino también en relación al conocer. Es decir, en qué lugar se quiere ubicar este entramado de significación respecto de la sociedad o la naturaleza. A los fines de nuestro trabajo, solo nos interesa dejar en claro que reconocemos que, ya al terminar el siglo XX, se percibe y se piensa que la condición en la que está inserto lo humano pide otro paradigma epistémico del que las ciencias sociales y humanas se erigió hasta el momento.

2.2. Apertura de los límites: una lectura de *Los electrocutados* de J. P. Zooey

En varias de las narraciones elegidas para el análisis se observa que algunos de los límites que determinaban al sujeto parecen haber sido superados. En *Los cuerpos del verano*, de Martín Felipe Castagnet, por ejemplo, lo humano no se limita a la existencia finita de la vida de un cuerpo orgánico, sino que puede expandirse en otros modos de existencia. También, más adelante, observaremos en “Variedades”, de Marcelo Cohen, o en *El juego de los mundos*, de César Aira, cómo los límites físicos del cuerpo y del espacio (y también del lenguaje) no son fines o términos definibles. Por el contrario, parece que los lindes se expanden sin alcanzar contornos precisos; en todo caso, se advierte lo extensible, lo modificable, la posibilidad abierta.

Detengámonos ahora en *Los electrocutados* de J. P. Zooey, novela que parodia nuevas formas de existencia diversas a la época humanista. Hay un cambio, en esta ficción, de la descripción de la vida y sus posibilidades que representa la imposibilidad de concebir el mundo finisecular del siglo XX y principios del XXI tal como lo veníamos haciendo. Entre otras cuestiones, porque interpreta y evoca modos de la vida humana en apertura; es decir, reconoce y propone lo humano en una proliferación de sus modos.

Un primer conflicto que podemos señalar de esta narración es el de no poder saber fehacientemente quién dice eso dicho o qué significa eso que nos es dicho. Empecemos con las presentaciones: el protagonista de esta historia no casualmente se llama Dizze Mucho. Pero ese uno se funde y confunde en otros, tanto en su decir como en su existir.

Como breve estructura de la historia es necesario aclarar que la novela es el relato de los escritos de alguien (Dizze Mucho) que son recopilados por otro, su vecino, amigo y albacea (J. P. Zooey), quien en ese compendio conocerá la causa del suicidio de Dizze y el mensaje que deja al mundo. En esta selección de escritos se incluyen muchas voces;

en efecto, las palabras de Dizze Mucho se (con)funden otras: entre las notas del profesor Mucho, el vecino periodista encuentra que hay palabras suyas (o al revés: es, según Dizze, su vecino quien le roba), también aparecen –entre los papeles de Dizze– cuentos de otros; además, en los apuntes de las clases del profesor Mucho en la materia *Historia de las Ideas Menores* –en diálogo con el nombre de la cátedra de Foucault en el Collège de France, Historia de los sistemas de pensamiento–, se evidencia la apropiación de las palabras de personas directamente identificadas en la vida del lector, como el poeta Velimir Jlébnikov o el físico y neurólogo Oskar Vogt; o de personas mencionadas “en clave” como Laurene Power (por Laurene Powell) y su esposo Steve Hock (por Steve Jobs), Michel Holebeak (por Michel Houellebecq); sujetos de ficción como Kilgore Trout (personaje de algunas novelas de Kurt Vonnegut, que es, en ciertas narraciones, un alter ego de Vonnegut) y algún otro más. Es decir, individualidades que se mezclan, se combinan, se superponen y, a su vez, cruzan fronteras entre ficción y no ficción. A ello, se suma otra ruptura de límites: Zooey es, además de un personaje de *Los electrocutados*, el escritor de la novela homónima; pero dicho apellido no es el de una persona de carne y hueso, sino que está tomado del nombre de un personaje de ficción de J. D. Salinger. En otras palabras, el autor no solo no usa la identidad acreditada en su documento, sino que utiliza el de otro y otro que no existe sino en la ficción. Guiños constantes en este juego de identidades que van a funcionar a modo de búsqueda de un entendimiento de lo vital como algo que trasciende lo individual, lo personal y la conciencia. Es, de alguna forma, proponer que la identidad entendida como un uno cerrado en sí constituye una totalidad que clausura las posibilidades de ser. Por el contrario, la novela sugiere que la apertura a lo posible es lo vivo y esa posibilidad es, en la primera década del siglo XXI, plural y múltiple¹⁸.

Al reconocer una multiplicidad relacional hacia el afuera del individuo, se concibe al mundo ya no como *el* mundo dado ante nosotros sino como *un* mundo que se constituye con aquello con lo que algo o parte del individuo se conecta. Así, es más un espacio de lo politizable y habrá disputas en su modo de entenderlo y habitarlo. En este sentido, la novela representa una forma de apertura a lo plural y lo colectivo. Maurizio Lazzarato diría que aquí hay un “cofuncionamiento”, una acción que suspende al individuo de forma

¹⁸ La vida individual solo es posible, dentro del mundo de la novela, en algunas zonas de cuevas, porque allí hay “un espacio sin electrones, propicio para la vida individual” (Zooey, 2011: 152). “[E]l siglo XXI nos encuentra a todos atravesados por la fuerza inmanente de la electricidad, que todo lo une y lo fusiona, lo mezcla y lo pega. Así, nuestras manos acariciando teclados conectados a Internet se contactan en verdad con otros millones de manos” (Zooey, 2011: 157).

tal que la invención, en su proceso de creación de la diferencia, pone en juego al ser y a su singularización. Lo nuevo, entonces, se engendra por la colaboración de muchas conciencias en movimiento, de una “multiconciencia”, aunque luego pueda manifestarse en una “uniconciencia”. De modo que la invención es, así, “una hibridación, una colaboración entre una multiplicidad de flujos imitativos (ideas, hábitos, comportamiento, percepciones, sensaciones) incluso cuando tiene lugar en un cerebro individual” (Lazzarato, 2006: 68).

Entonces, Dizze Mucho parece entender que lo vivo en él es el devenir, es su conciencia fundida en esas muchas voces e identidades que se fusionan para, finalmente, encontrar la palabra de la Tierra. Expliquemos un poco: Dizze Mucho hace años que, junto a su hermana, Oidas Mucho, intenta develar el mensaje del Sistema Solar, pero ambos acuerdan en que deben empezar por la palabra de la Tierra. Escuchar esta palabra supone dilucidar la verdad que perdieron los terrícolas hablando miles de idiomas que no comunican nada. “Lo traicionamos hablando cualquier cosa, enloquecidos, apurados, comunicando nada ya” (Zooey, 2011: 12). De modo que, nosotros, lectores, leyendo el libro que reúne Zooey (ambos: personaje y autor, los límites no son claros), nos vamos a enterar tanto de ese mensaje como de la causa por la que murió Dizze. En efecto, el libro se abre con una carta de él a su hermana en la que le anuncia que cree haber llegado a intuir la respuesta para dilucidar la palabra de la Tierra. No obstante, reconoce que no lo hizo solo, su ayuda (la de Oidas) fue fundamental, así como lo fueron esos otros que se fusionan con él. Todo el libro es, entre otras cosas, conocer ese comunicado y comprender la “existencia como un fluir indiferenciado de energía, no diferente de cualquier administrador, como un televisor, Internet, las ondas cerebrales” (Zooey, 2011: 26). La vida, lo vivo es ese “fluir indiferenciado”, es una relación, un *entre* que no puede cerrarse. Y es, probablemente por esto último, que el mensaje no podemos –los lectores– capturarlo de modo acabado, ya que el libro, por su forma fragmentada, posibilita y demanda fugas diversas; es el contenido plasmado en la forma. No obstante, pese a la imposibilidad de conclusión, es posible intuir líneas de sentido que dependerán de las conexiones que se establezcan. En definitiva, un punto muy interesante que plantea la obra en esa apertura e indeterminación es escribir literariamente que lo vivo es esa posibilidad que no se cierra.

Zooey (personaje) reúne los fragmentos de Dizze, que avanzan narrativamente en un aparente azar. Los fragmentos, a primera vista inconexos o solo conectados por pertenecer al profesor Mucho, se vinculan –en realidad– por relaciones exteriores; es decir que no tienen fundamento, sino que se corresponden por términos que incluso pueden ser

independientes a las relaciones constituyendo diversos vínculos simultáneamente¹⁹. Advertida dicha comunicación, el profesor Mucho se entrega a decir el mensaje en esas muchas voces que es. En definitiva, se reconocerá que “el hombre no es más que un punto de pasaje de la corriente universal” (Zooney, 2011: 32). De modo que el cuerpo del viviente humano será un elemento, entre otros, de las relaciones que constituyen la existencia de la Tierra y del Sistema Solar; por eso, se podrá percibir en la novela, como se verá, que la creación y la invención, la coordinación y la cooperación no son solamente propiedades humanas.

El entramado de relaciones comienza –por situar nuestro principio narrativo– en los juegos con su hermana Oidas para develar la palabra de la Tierra. Un día, Dizze percibe que dicho vocablo es balbuceado por un pájaro mecánico: la púa de su tocadiscos. La analogía es fundamental (y ejemplo de esas relaciones sin fundamento de la que hablábamos antes): la palabra deseada no puede sino provenir de los antecesores del humano, los pájaros, según explican los papeles del profesor Mucho. Estos animales, en tanto antepasados, son los que guardan el saber tanpreciado. Ahora bien, ese pico mecánico, emisor del adagio de Bach del Concierto de Brandeburgo, se combina con un televisor mudo, lo cual funciona como una epifanía para Dizze. En determinado momento, un sonido crepitante que sale del televisor se mezcla con los violines de la composición de Bach: en la pantalla “trasmitían la repetición del estallido del transbordador Columbia, su inmolación en el regreso a casa; la caída de un pájaro desgraciado, sin lamento” (Zooney, 2011: 15-16). Es el transbordador y los violines la enunciación de la Tierra, solo hay que comprenderla, piensa Dizze.

Este momento se va adosar a un descubrimiento volviendo a su casa de Almagro: ve una serie de grafitis pintados por una pandilla llamada Los Humanistas. Los primeros

¹⁹ Ejemplo de las relaciones que se arman podría ser el siguiente: un grafiti de un signo de interrogación de cierre, hecho por una pandilla llamada Los Humanistas, es leído por Dizze como la cola de un gato yéndose (Zooney, 2011: 45-46). Luego, en una de las clases de Dizze, se expone sobre la existencia de una “revolución biointerrogante” que tiene como protagonista a William Borroughs y los Vahnes. El Vahne es el primer tipo de gato que habitó la Tierra. Entre las características físicas sobresalientes de esta especie se destaca el hecho de tener una cola recta y parada (cual signo de exclamación) así como carecer de tapa craneal, lo que le suponía una existencia hiperreceptiva y exclamativa hacia el mundo. Por un supuesto virus, a estos gatos se les cerró el cráneo y perdieron ambas condiciones. La consecuencia fue una nueva especie de gatos en la Tierra con cola flexible y existencia esquiva, provocando grandes interrogantes. Sin embargo, descubrimos luego que eso es el síntoma de una colonización extraterrestre del cuerpo felino que repercute en los humanos con preguntas, contemplaciones al cielo y la percepción de que el cielo es su casa (Zooney, 2011: 78-80). Esta historia se conectará en la narración con distintas cuestiones, como veremos en seguida, pero podemos adelantar algunas: las preguntas constantes de Dizze, la búsqueda por el origen de la humanidad y con otros personajes (como Kilgore Trout). Es decir, el fragmento que supone esa clase del profesor Mucho permitirá que los lectores constituyan sentidos y establezcan vínculos para significar esa sucesión poco ordenada (o no ordenada en relaciones textuales lógicas) de papeles.

graffitis eran sobre transbordadores espaciales y el último dibujo en la pared mostraba lo siguiente: “?” (explicado por Dizze, como dijimos, como la cola de un gato yéndose). Como se percibe, el humor es permanente en la novela, pero hay un sentido, aunque parezca irrisorio. La firma de la pandilla es una proclama en un mundo donde ser “humanista” ya no es lo esperable, sino que constituyen un gueto; estamos situados – según el tiempo del relato– en 2010/ 2011. Y ese símbolo es, posiblemente, leído diferente, dependiendo del entramado interpretativo. Dizze, que ya no es humanista, interpreta esa imagen de otro modo a como la vemos nosotros, lectores, tal vez todavía humanistas: no vemos un gato sino un interrogante.

Dizze continúa su búsqueda: entra al programa Google Earth para visualizar su edificio; luego, se aleja más y advierte la distancia que lo separa de su hermana, quien supuestamente está en Barcelona. Focaliza en el océano Atlántico y comprende, así, el sustrato eléctrico del mundo. Ya lo señalaba Tales –afirma Dizze– al plantear el origen de todas las cosas existentes en el agua y, posteriormente, en la electricidad; mares eléctricos, concluye el profesor Mucho. Todo da como resultado que, en internet, debía hallar la palabra deseada. Los vínculos entre los fragmentos se suceden reticularmente, hasta que en determinado momento estas asociaciones se interrumpen con un hecho que tendrá un valor primordial: los vecinos –hasta ahora solo eso– traban amistad, se frecuentan y comparten charlas nocturnas. Gracias a ello, Dizze empieza a atar cabos y accede –por una propuesta de Zooey (personaje)– al Hoyo. El Hoyo es un lugar que “está aislado del sistema eléctrico mundial aunque se acceda por un cable” y de él provienen las respuestas a las preguntas fundamentales (Zooey, 2011: 109). Para acceder al Hoyo, hay que entrar en un estado mental específico: el Delta, porque el cerebro actúa con “ondas eléctricas mínimas (menores a 3,5 hercios)”. Dicho estado se alcanza por “por hipnosis, trance o meditaciones profundas; o bien es alcanzable en estado de embriaguez”. Luego, se interfiere ese estado “con el shock eléctrico de una conexión a Internet sublingual”. De manera sucinta, “la técnica consiste en emborracharse y meterse bajo la lengua el cable de Internet que uno tenga a mano. Las ondas eléctricas cerebrales en estado Delta se fusionan con las ondas del cable, y se accede a la zona del Hoyo y todas sus respuestas e imágenes” (Zooey, 2011: 110). Desgraciadamente para Dizze, el acceso al Hoyo fue exitoso y obtuvo la frase tan deseada; pero ella distaba de ser feliz o agradable para su sensibilidad.

Estando en el Hoyo, llegaron los Humanistas y lo llevaron a unas catacumbas que son descritos del siguiente modo:

sin electrones, propicio para la vida humana individual. En cambio los espacios eléctricos, que son todos los espacios de nuestro mundo, tienden a conectarnos como nodos de un circuito eléctrico y a borrar –con el curso de las décadas– nuestras características orgánicas y humanas. Por eso nos parecemos cada vez más a avatares virtuales, depilados. Por el contrario, un espacio no electrizado es un buen hospedaje para la vida humana orgánica, individual, con sombras de candil (Zooney, 2011: 152).

Con esta descripción, se evidencian dos espacios: uno, el de las catacumbas, donde hay posibilidades de vida con límites orgánicos y humanos; otro, el mundo regular que habitan los personajes de nuestra novela, en el que se reconoce una transformación que concibe al humano en una interrelación ilimitada que no concluye en su materialidad visible. Llegado a este punto, Dizze recibe no sólo el mensaje de la Tierra, sino el de todo el Sistema Solar: comprende que la vivencia es un mar eléctrico, en el que, según él, todos están conectados. Este resultado le permite el entendimiento sobre los humanos y su lugar en el universo. A saber, siguiendo la propuesta narrativa: el humano como flujo de información con una multiplicidad de relaciones virtuales.

En la novela, el mensaje del Sistema Solar resulta develado, pero ese comunicado vino, para Dizze, con el entendimiento de percibirse como puro dato y, posiblemente por eso, sentir su corazón pulverizado y, ahora sí, libre de entregarse al universo estelar. El mensaje revela tres cuestiones. La primera es el fin de la Tierra. La segunda deja ver que todos los humanos terminarán fundidos en un mar eléctrico. “Por fuera, calcinados; por dentro serán regocijantes gotas de información” (Zooney, 2011: 172). Y, finalmente, el hecho de que esa desaparición de la Tierra supondrá que “[l]a antigua humanidad estará integrada en esa capa destellante de electrones” (Zooney, 2011: 172).

Hay, entonces, dos modos interpretativos que se perciben en *Los electrocutados*: uno todavía humanista y otro que ya concibe la vida en ese espacio “eléctrico” no exclusiva ni necesariamente fundado en un antropocentrismo. Dizze, el científico en nuestra historia, es el que lo anuncia y deja la vida en ese develamiento. Si la ciencia ficción indaga, como expresa Daniel Link, “[e]n qué formas y bajo qué regímenes, con qué organización y con cuáles diferencias, en relación con qué historias y con cuáles sueños es posible la vida” (Link, 1994: 11), esta novela de Zooney propone un pensamiento sobre lo humano que trasciende los límites de su plena consciencia humanista, de modo que este deja de ser una categoría ordenadora para aprehender la experiencia de la vida.

Así, proponemos una modalidad, diríamos, representativa en la que la literatura dialoga con su época. Es una evocación (más que una construcción prospectiva) de ideas que se saben, se perciben y atraviesan el momento de producción de la obra (el hombre como categoría humanista que ordena una forma de pensar la existencia ha muerto); pero en esa recreación hay invención, hay desvío y cuestionamientos que nos dejan a los lectores. A los fines de la tesis, mencionamos dos. Por un lado, y por el suicidio del profesor Mucho, pensar en un duelo que debemos hacer los contemporáneos a esa novela. Por otro, en las posibilidades que se abren y que se necesitan pensar para entender la vida y la condición humana en esa primera década del siglo XXI.

Capítulo 3

Sobre un nuevo paradigma científico²⁰

La cibernética no fue una disciplina paralela a otras como la filosofía y la psicología, sino que aspiró a ser una disciplina universal capaz de unificar todas las otras, un (modo de) pensamiento universal por antonomasia.

Yuk Hui, *Fragmentar el futuro*, 2020

3.1. La cibernética como el proyecto racional de la dispersión

El desplazamiento epistemológico de la centralidad del hombre a mediados del siglo XX se corresponde con un cambio de paradigma científico que se identifica, fundamentalmente, con la cibernética, ciencia que se ocupa de estudiar los sistemas reguladores tanto en los seres vivos como en las máquinas, dentro de una concepción en la que el universo propende al caos²¹. El contexto en el que se vuelve crucial esta ciencia es el de la guerra, a mediados de la década de 1940. Norbert Wiener, a quien se considera el padre fundador, se ocupa en ese momento “de desarrollar con algunos colegas una *máquina de predicción y de control* de las posiciones de los aviones enemigos con vistas a su destrucción” (Tiqqun, 2013: 7; las cursivas son de la fuente). Wiener va a “*traducir el problema de la incertidumbre en un problema de información* al interior de una serie temporal donde ciertos datos ya son conocidos, otros aún no, y en *considerar al objeto y al sujeto del conocimiento como un todo*, como un ‘sistema’” (Tiqqun, 2013: 8, las cursivas son de la fuente). En efecto, la cibernética de entonces propone un entendimiento de todo lo que existe como el resultado de una organización frente a la dispersión caótica

²⁰ En este tercer capítulo se presenta a la cibernética como la disciplina que va a determinar una nueva racionalidad a partir de hacer prevalecer su concepto de información como patrón de entendimiento de lo existente en las distintas áreas de saber. Luego, en correlación con este tema se presentan dos lecturas, *Los cuerpos del verano* de Martín Felipe Castagnet y “Un hombre amable” de Marcelo Cohen, para pensar esa universalización del dato en la sociedad.

²¹ La cibernética pertenece a un horizonte epistemológico que abandona las concepciones deterministas que encarnaba la física mecanicista de Isaac Newton y, por el contrario, se funda en la incertidumbre y la contingencia de los fenómenos. (Véase el “Prologo” de *Cibernética y sociedad* de Norbert Wiener). Asimismo, puede ser ilustrativo lo expuesto por el colectivo Tiqqun, quienes describen ese cambio de paradigma científico de la siguiente manera: “Es preciso imaginarse a las ciencias de esta época como territorios desgarrados entre la restauración neopositivista y la revolución probabilista, y luego tanteando hacia un compromiso histórico para que la ley sea redefinida a partir del caos, lo seguro [*certain*] a partir de lo probable. La cibernética atraviesa ese movimiento —iniciado en Viena en el cambio de siglo y luego transportado a Inglaterra y los Estados Unidos en los años 30 y 40— que construye un *Segundo Imperio de la Razón*, en el cual se ausenta la idea de Sujeto” (Tiqqun, 2013: 7).

a la que tiende el universo, sin diferenciar si eso organizado es una máquina o un humano (Wiener, 1988). Entender ese plano de organización frente al universo que se dispersa supone, en consecuencia, una búsqueda para descifrar aquella información que mantiene o no la organización de un sistema. Así, sistemas físicos y biológicos se comienzan a pensar en tanto planos de comunicación de información y de organización.

Wiener se aleja, entonces, de la física newtoniana fundada en la idea de un universo organizado mediante leyes, para concebir una física en la que la probabilidad es lo propio del mundo. Y, en este mundo probabilístico, el orden es lo menos probable; lo más probable es el caos (Wiener, 1988: 9-14). Wiener toma, para pensar desde este enfoque, a Josiah Willard Gibbs, uno de los promotores de la termodinámica. Desde esta perspectiva, los sistemas se organizan según un estado térmico, pero en este equilibrio se reconoce la existencia de cierta inestabilidad, nombrada como “entropía”, la cual mide el nivel de energía perdido dentro de un sistema. Dicha energía liberada no puede ser reincorporada y puede llevar a una dispersión total. Wiener explica que existe una “tendencia estadística de la naturaleza hacia el desorden, hacia el aumento de entropía” (Wiener, 1988: 27). Pese a ello (y por ello, ya que los seres humanos somos parte de toda esta dispersión y organización), tendemos a estar más preocupados por la organización (30); es esto lo que algunos llaman “vida”, concepto que Wiener prefiere evitar pues lo considera poco preciso para la reflexión científica²². En todo caso, va a inclinarse a explicar tal organización como “bolsones de entropía decreciente” y, en este sentido, máquinas y humanos coinciden, pues son “fenómenos locales antientrónicos” (Wiener, 1988: 31). En este punto necesitamos introducir una noción científica de información en tanto supone –veremos enseguida– un contenido organizado que constituye una forma.

La información es un elemento fundamental porque, desde esta teoría, funciona como una unidad de medición y una medición cuantitativa. La información es aquello que permite formar y dar forma. Expliquemos: para evitar la entropía, es necesario adquirir la información apropiada que permita un acople entre un fenómeno y su medio. En este sentido, la información es “objeto de intercambio” porque habilita el proceso de recepción y uso de dicha información para “ajustarnos a las contingencias de nuestro medio y de vivir de manera efectiva dentro de él” (Wiener, 1988: 17). Entonces, para

²² Escribe Wiener: “Si deseamos utilizar la palabra ‘vida’ de tal modo que comprenda todos los fenómenos que localmente nadan contra la corriente de la entropía creciente, somos libres de hacerlo. Sin embargo, incluiríamos entonces muchos fenómenos astronómicos que solo tienen una remotísima semejanza con ella, tal como la entendemos corrientemente. En mi opinión, lo mejor es evitar epítetos que son una petición de principios, tales como ‘vida’, ‘alma’, ‘vitalismo’ y otros parecidos” (Wiener, 1988: 30-31).

vivir, para evitar la entropía es necesario adquirir la información apropiada. Y en este punto la regulación y la comunicación de la información es central tanto para la supervivencia del humano como de la sociedad. Así, Wiener entiende el mundo social como un hecho comunicativo, como un proceso incesante de trasmisión de mensajes. Desde su propuesta teórica, el entramado social se organiza y gobierna a través de un intercambio de información que es una resultante de elaboraciones locales y temporales. Ese intercambio puede ocurrir entre humanos, a través de humanos y máquinas y, finalmente, entre máquinas y máquinas (Wiener, 1988: 16). De este modo, máquinas y humanos aparecen igualados, pues ambos pueden producir y organizar información. Ahora bien, el interés de la cibernética no se dirige a todos los mensajes, sino solo a los que logran incorporarse (entrada) y consiguen –a su vez– transmitirse (salida), lo cual implica una medida de contenido de información que ya no es infinito ni caótico; es, entonces, un fenómeno antientrópico. Ese contenido organizado local y temporalmente alcanza una forma, que se nombra como “información” y ella es entendida, fundamentalmente, como un proceso de transformación: “la acción de dar forma a una materia” (in-formar) (Rodríguez, 2012: 32).

Pablo Rodríguez explica que dicha acción es un trabajo sobre las señales que trata de dar constantemente nuevas formas a las señales mismas. Se parte de una fuente hacia un punto terminal, lo cual supone una relación y un proceso de codificación. Ese proceso puede ser perfecto –explica Wiener– si la cantidad de información de un punto a otro es idéntica pero también puede ocurrir que ese vínculo no sea tan perfecto y que se pierda información que no pueda ser recuperada, pérdida entendible dentro de una concepción apoyada en la idea de un universo caótico (Wiener, 1988: 73). Rodríguez demuestra que estas ideas descansan, a su vez, en la Teoría matemática de la información, o Teoría matemática de la comunicación, desarrollada a fines de la década de 1940 por Claude E. Shannon y Warren Weaver. Este marco epistémico supone al menos dos cuestiones fundamentales referidas a nuestro tema. Por un lado, que la información es una cantidad discreta más pequeña de energía que puede ser absorbida, propagada o emitida por la materia. Por otro, que el concepto de información no se refiere exclusivamente a los mensajes individuales, sino a cualquier señal emitida por una fuente. Es decir que la información es concebida como una entidad que tiene propiedades de organización, que se funda en una estructura matemática y que incluye tanto a seres vivos como a seres artificiales. Por ello, los seres en general podrán concebirse como fuentes (de

información) y se podrá tratar de medir las propiedades que emiten en tanto tales (Rodríguez, 2012: 33).

Esa emisión hecha por una fuente supondrá una transmisión codificada. Esto es, que en el pasaje de algo (por ejemplo, una imagen, un sonido o una palabra) se requiere cierto código. Dicha codificación implica seleccionar de la información que hay, sea en un gen o en una imagen o en una palabra, un conjunto de señales que sea relevante y descartar lo que es redundante (Rodríguez, 2012: 50). Y es el código el que permite la comunicación desde un punto hasta otro. Así, desde esta perspectiva, toda la realidad queda reducida a una entidad comunicacional, “que consiste en un sistema de entrada, otro de salida y entre ellos un estado interno” (Rodríguez, 2012: 40).

De este modo, a partir de este enfoque científico, el concepto de información es central para comprender el mundo y, en particular, comprender una sociedad que, a sus ojos, puede pensarse de manera más precisa y menos equívoca y, con ello, se propone otra manera de analizarla y entenderla, distanciándose así de cómo se la venía imaginando desde las ciencias sociales y las humanas. Fundamentalmente porque, desde la cibernética, la organización, cualquier organización, es relación y codificación; y la vida, el humano y la sociedad no son –de acuerdo a este enfoque– ni más ni menos que ello. Entonces, la sociedad, a partir de 1960, puede llamarse, para algunos teóricos, “sociedad de la información”, debido a que su materialidad y su movimiento se constituyen desde estos patrones. En esta sociedad, hay una nueva materialidad que, en comparación con la anterior, podría parecer más abstracta, pero no lo es; solamente se vale de una materialidad fundada en un nivel más sofisticado de la forma.

Así, la cibernética, la teoría de la información, el análisis de sistemas y las ciencias de la computación se conectan proyectando la idea de un objeto de estudio y análisis de sistemas complejos que requieren un abordaje matemático y comunicacional y conciben un funcionamiento que incluye tanto el plano orgánico como el inorgánico para pensar –dependiendo de la terminología que prefiramos– la información o fenómenos locales antientrónicos.

En este punto ocurre algo más: la biología molecular empieza a apropiarse del término cibernético de “información”, aunque originalmente remitía a otras explicaciones –alejadas de la ciberciencia– por pensar de otro modo el funcionamiento sistémico (Fox Keller, 2000: 99). Sin embargo, el proceso de vincular la máquina con la molécula humana, potenciado por Wiener –según Evelyn Fox Keller–, hace que ya en la década de 1970 la vida y la información, en términos de la ciberciencia y la biología molecular, no

presente diferencias claras y la molécula sea pensada como un mensaje (Fox Keller, 2000: 112)²³. En esta línea de la biología molecular, la información refiere a un conjunto de instrucciones u órdenes que conforman el código genético. Así, la información pasa, como en un mensaje, no de manera perfecta, por ejemplo, a otra generación o de un cuerpo a un embrión.

De esta forma, se observa cómo, desde mediados del siglo XX, se desarrolla intensamente un modo diferente de entender los planos de organización en los que nos movemos y que ese modo concibe, por no pocos científicos y filósofos, la información en una condición ontológica particular que requiere ser pensada. Entonces, el fenómeno antientrópico que constituye la información y que algunos conciben como “vida” se comprende con este cambio de paradigma que habilitan las ciberciencias.

Antes de recuperar una crítica a los postulados de esta perspectiva cibernética, que haremos en el próximo capítulo, nos interesa mostrar una línea habilitada.

3.2. Las células como bancos de información

En 1953 se descubre la estructura de la molécula de ADN, esto es, lo que codifica bioquímicamente “las especificaciones para la génesis de cada individuo” (Sibilia, 2006: 86). Es la teoría molecular del código genético: “se trataba, simplemente, de *información*; texto codificado en un soporte bioquímico” (*idem*, las cursivas son de la fuente). Pero esta información contenida en las células de los seres vivos no es solo un dato sino, fundamentalmente, un modo de concebir la vida. Así, la biología molecular contribuye a asentar el modelo digital de lo vivo y, a partir de ese momento, lo viviente queda –al menos para una parte significativa de la ciencia– sintetizado en una célula. De manera que ese modo de entendimiento, nombrado en estos términos, es un paso significativo porque proporciona el lenguaje que describe “la distribución del poder en organismos desordenados y notoriamente heterogéneos” (Fox Keller, 2000: 114-115) y, con ello, la biología molecular se convierte en “ciencia informacional, una ciencia del mando, el control y la comunicación” (Fox Keller, 2000: 115). Entonces, la posibilidad de

²³ En 1970, Francis Crick da a conocer lo que se denomina el “Dogma Central” de la biología molecular, que impone la idea de que la molécula de ARN/ADN transmite información a la proteína y de allí a la acción celular en una suerte de orden unidireccional, lo cual resulta la clave de la herencia genética. Este dogma ya criticado, especialmente por sostener una orientación en una única dirección, es sin embargo el motor de, entre otras áreas del saber, la ingeniería molecular y la biología molecular.

manipulación de lo humano, lo animal o lo vegetal se vuelve más factible, ya que la vida pensada como información supone un código maleable y, como tal, posible de diseñarse según preferencias y, en consecuencia, perfectible conforme a algunos valores. Por lo tanto, esta línea inaugura no solo una posibilidad de ordenamiento de lo heterogéneo, sino también la opción de incidir en esa información para transformarla y, a partir de ello, un nuevo modo de producir lo vivo.

Varios autores, desde diversas disciplinas, discuten este fenómeno. Paula Sibilia menciona, por ejemplo, al biólogo Stephen Jay Gould, quien advierte que las nuevas tecnociencias aplicadas a lo biológico parecen decididas a eliminar del mundo algo constitutivo de lo viviente: sus contingencias. Una crítica similar, proveniente de las ciencias sociales, es la que plantea Héctor Schmucler cuando anuncia que las intervenciones tecnocientíficas sobre el individuo habilitan una nueva industria: la del humano, lo cual posibilita una forma mucho más perfecta de control. Pero esta manipulación, según Schmucler, no solo es inquietante por la posibilidad de dominar a través de diversas intervenciones a un humano ya existente, sino también por la posibilidad de fabricar nuevos seres, lo cual no resulta turbador por crear meras copias, sino por la posibilidad de generar un mutante manipulado (Schmucler, 2001: 10-19). Tal línea tecnocientífica –a los ojos de estas críticas– niega la condición de azar, de lo indeterminable, hasta ahora considerada –según varias disciplinas– inherente a lo vivo. De acuerdo a esta lectura, el desarrollo científico merece atención por el control más directo que posibilita, pues reconoce, de alguna forma, que la intención no es meramente perfeccionar un material genético (con lo criticable que ya es la cuestión de perfeccionar), sino el hecho de “proyectar y producir seres vivos con fines explícitos y utilitarios” (Sibilia, 2006: 151).

Sin embargo, existen otras interpretaciones; por ejemplo, la que plantea Peter Sloterdijk, quien no coincide con las perspectivas reprobatorias y, por el contrario, sugiere que la nueva posibilidad dada por la biotecnología no es ningún cambio radical del humano sino una etapa más de sus transformaciones. En todo caso, señala el filósofo, aquello que pone en evidencia la tecnociencia aplicada a la vida es la limitada e insuficiente definición filosófica que mantiene la metafísica más tradicional al pensar la definición del hombre aislada y desubicadamente, sin incluir junto a él los fenómenos contextuales. Esto es, que lo mecánico y lo exterior no puedan concebirse como acometiendo en lo subjetivo, lo interior. Por el contrario, Sloterdijk escribe:

si “hay” hombre es porque una tecnología lo ha hecho evolucionar a partir de lo prehumano. Ella es la verdadera productora de seres humanos, o el plano sobre el cual puede haberlos. De modo que los seres humanos no se encuentran con nada nuevo cuando se exponen a sí mismos a la subsiguiente creación y manipulación, y no hacen nada perverso si se cambian a sí mismos autotecnológicamente (Sloterdijk, 2001: 25).

Para el filósofo, en el hombre conviven desde siempre una tendencia bestializante y otra domesticadora, lo cual genera una ambivalencia moral constitutiva. Esta situación resulta, según él, un hecho fundamental para pensar una definición más acabada del hombre, pues supone sincerar su constitución biológica y moral ambivalente y, con ello, aceptar que, desde el origen, los medios técnicos sirvieron al individuo para domesticar su parte más salvaje y propiciar su parte de animal doméstico. Así, en este enfoque, los medios son instrumentos fundamentales de los cuales el humano se vale, en definitiva, para ser lo que es. Negar la existencia de la domesticación por parte del mismo individuo a través de sus medios, a saber, reconocer que apaciguaron su bestialidad gracias a las “antropotécnicas”, es –en su perspectiva– rechazar un pensamiento sobre el hombre en toda su dimensión, porque a lo largo de su existencia este se ha servido de distintas herramientas para devenir más humano que animal. En todo caso, la era de la técnica supone pasar, cada vez más, a un lado más activo del poder domesticador del hombre (Sloterdijk, 1999).

De este modo, Sloterdijk plantea que el planeamiento explícito sobre los caracteres o la posibilidad de selección prenatal son nuevas instancias técnicas de un desarrollo humano y no la eliminación de la condición constitutiva de la vida. La tecnociencia es, desde esta perspectiva, un nuevo paradigma científico –o “domesticador”, diría el filósofo– que vincula la biología con la informática y que no degrada en absoluto al hombre en su ontología, sino que, por el contrario, evidencia la limitada forma en que se lo ha venido concibiendo. No obstante, no debemos suponer que Sloterdijk considera que el hombre no se ha transformado; sí lo ha hecho. Pero fundamentalmente porque reconoce que este no es algo fijo, sino que se desenvuelve y que, mientras podemos observar algunas de sus características, otras están ocultas, latentes, para desplegarse a medida que se es.

Pese a las posiciones enfrentadas, se observa el reconocimiento de una necesidad de reflexionar, en ese pasaje entre fin del siglo XX y principios del XXI, sobre la tecnificación del viviente humano habilitado por una concepción sobre lo existente en términos de información. Debido a esto, los modos de pensar su cuerpo y sus posibilidades de acción se transforman. ¿Una vida es organización? ¿Dónde están los límites de esa organización? ¿La condición del viviente humano se limita a una

información reducible y transmisible en términos de códigos? Preguntas que se leen en distintas prácticas culturales para dialogar, cuestionar y prefigurar eso que se está constituyendo en la vida social y que inquieta por las puertas que se habilitan.

3.3. El humano como conjunto de datos almacenados: una lectura de *Los cuerpos del verano* de Martín Felipe Castagnet

Nuevos modos de existencia son pensados como probables si podemos concebir al humano como una composición compleja de datos que pueden guardarse y manejarse según gustos o disponibilidades materiales. Así, se propone en *Los cuerpos del verano* de Martín Felipe Castagnet, donde se presenta, en un mundo futuro, diversas formas de sobrevivencia gracias al desarrollo científico que habilita la posibilidad de manejar la vida en tanto es concebida como dato apresable. Esos modos quedan, en la ficción, a arbitrio de cuestiones personales: según caprichos o posibilidades económicas; pero, más allá de esas diferencias, hay una percepción de que una vida humana no requiere del cuerpo de alguien para ser. Un humano es y habita en un cuerpo, pero este puede ser cualquiera, incluso un soporte no orgánico.

El protagonista de esta historia, Rama, Ramiro Olivaires, mora en distintos cuerpos: el de una mujer gorda, bajita y con problemas de salud; luego, el de un hombre negro de origen africano y, finalmente, el de un caballo. Eso acontece porque, al morir cada vez, quiere volver a existir en un cuerpo y esa posibilidad está dada por su decisión, pero también por el hecho de poder comprar determinado cuerpo. Sin embargo, al fallecer, en ese universo, pueden hacerse otras cosas. Por ejemplo, la muerte del cuerpo físico puede considerarse como un fin absoluto; esta es la defunción que, hasta la escritura del libro, mayormente conocemos. Dos personajes de la historia: Adela, ex mujer del protagonista, y Teo, hijo de ambos, deciden que la muerte de su cuerpo es la muerte de esa vida que son. Otra forma de existencia es preservarse en internet sin tomar un cuerpo orgánico; durante la historia, excepto por el final, Vera, la primogénita de Rama, decide permanecer en “estado de flotación” y, así, contactarse con su padre, su hermano (Teo), su sobrino (Gales) y los hijos de este (Flúo y Corona). Finalmente, otro modo de existencia, luego de la muerte, es conservar el cuerpo original; se denomina a esa existencia “panchamas” (es el caso de Cuzco, mucamo del sobrino de Rama), pero este modo es despreciado por la sociedad, ya que se considera enferma a la gente que decide no desprenderse de su cuerpo físico. Cualquiera de estos casos demuestra una distinción

entre el cuerpo orgánico y aquello que parece conservar lo propio de alguien ya que esto último puede salvarse y no así necesariamente su cuerpo. Por ejemplo, el primer cuerpo de Rama, el de un hombre blanco occidental, “fue destruido porque no podía ser conservado” (Castagnet, 2012: 17).

En este sentido, la novela presenta dos planos: por un lado, la existencia más allá del cuerpo; por otro, los cuerpos y sus usos. Respecto de este último aspecto, la historia incluye reflexiones diversas: “¿Cada persona es dueña de su cuerpo, aunque después lo ocupen otros habitantes? El desperdicio carnal, aunque está catalogado como egoísta, no está tipificado como sanción a menos que sea excesivo.” O: “La regla general sostiene que a mayor ingreso por año existe menor respeto por el cuerpo. Los millonarios que se prenden fuego a lo bonzo solo para que nadie pueda reutilizar sus cuerpos parecen haber creado una tradición tan sólida como el caviar” (Castagnet, 2012: 28). O: “Los médicos discuten si es ético donar el cuerpo a una persona en particular o si debe ser al azar” (Castagnet, 2012: 29). Este punto, en cualquier caso, lo retomaremos más adelante. No obstante, es claro que, en ese tiempo en que se sitúa la novela, “el cuerpo es una evidencia ambigua” (Castagnet, 2012: 30) en tanto no define de manera determinante la existencia de alguien.

En cuanto a la existencia más allá del cuerpo, esta puede conservarse. En la novela este proceso se hace, en primera instancia, mediante internet:

El estado de flotación, es decir, la continuación de la actividad cerebral dentro de un modelo informático, es el primer paso ineludible para resguardar las entidades individuales. Recién después de la muerte se puede proceder al segundo paso opcional de migrar de un soporte a otro; esta operación es referida como “quemar” un cuerpo (Castagnet, 2012: 16).

Aquello que se conserva es cierta información para luego “quemar” un cuerpo. Es llamativo este último término porque no involucra el fuego en un proceso de incendio, sino que parece remitir a una de las acepciones de “quemar” (*burn*) en inglés, la cual refiere a “grabar”, por ejemplo, información en un CD. Eso que se graba en el nuevo cuerpo podríamos pensarlo como una información de existencia. No obstante, esa información tiene su fragilidad, de modo que puede desaparecer o verse deteriorada. En una conversación entre Rama, siendo mujer, y su hija Vera, en estado de flotación, Rama sufre por la decrepitud física y mental de su hijo Teo y su final no muy lejano, ya que Teo no quiere sobrevivir en ninguno de los modos de existencia. Vera le escribe a su padre: “Todo se deteriora. Acá dentro [la red] también nos vamos a deteriorar. En algún momento los enlaces se van a romper, los datos se van a perder y las lámparas se va a

apagar” (Castagnet, 2012: 39). Entonces, se observa cómo, en la narración, esos datos que permiten una forma de sobrevivencia constituyen una información, un principio organizado en términos cibernéticos, la cual puede o no permanecer dependiendo del grado de dispersión alcanzada o lo exitoso de un pasaje informacional, en términos de la Teoría de la información. Ese dato que configura la información del ser de alguien habita un cuerpo que puede ser o no orgánico, porque, en nuestra ficción, “Internet cuenta como cuerpo” (Castagnet, 2012: 20).

Así, con todo ello, se observa que *Los cuerpos del verano* distingue dos niveles claramente diferenciados. Por un lado, un nivel de información que permite la subsistencia de una vida, más allá del soporte. Por otro, un cuerpo orgánico perecedero y, especialmente en la novela, mudable e inconstante. De hecho, el título puede significarse en una concepción que remita a la volatilidad del cuerpo, un cuerpo que solo permanece una temporada, porque en la próxima ya habrá otro cuerpo. Sin embargo, la existencia de una vida de alguien no queda necesariamente supeditada a esa organicidad, sino que puede permanecer en tanto logre sostenerse como información, es decir, como un proceso organizativo que, a su vez, concibe la transformación porque puede devenir.

De esta forma, la novela propone pensar una vida que se sostiene gracias a un principio de información. No se explica cómo se conservan realmente los datos, pero se acerca más al plano informacional que a un plano biológico. De modo que allí parece estar, al menos en esta fantasía, aquello valorado para la conservación del ser de alguien, quien literalmente puede reencarnar o no. En cualquier caso, funciona como una alucinación de subsistencias sin dioses y del orden material.

3.4. El código digital: los puentes controlados y los indigentes entrópicos, una lectura de “Un hombre amable” de Marcelo Cohen

“Un hombre amable” es la segunda *nouvelle* de Marcelo Cohen incluida en *Hombres amables*. Esta novela corta responde a una ficción científica bastante particular, porque el desarrollo científico apenas aparece y este se halla, fundamentalmente, en el otro mundo de la zona del baldío de Emilio Dainez, protagonista de la narración. Sin embargo, ese desarrollo científico no es menor; de hecho, explica la razón de las condiciones materiales de la historia.

Hay dos espacios opuestos: el primero, el del barrio, donde vive Dainez, es el espacio de la miseria, de las clases marginales que sobreviven y actúan tanto ramplona

como primitivamente; el segundo, el de la ciudad, es un área opulenta, rebotante de empresas del ocio y en la que la información vale mucho. Dainez va a circular entre un espacio y otro gracias a su trabajo: descifrar o “reventar” códigos para la empresa Senthuria. Esto es muy bien pago porque, gracias a ello, la compañía acrecienta su capital. Los códigos resultan fundamentales en esa sociedad; entonces, la protección y el quebrantamiento de datos suponen una disputa de poder: la información es, en definitiva, un gran negocio. Esos códigos se constituyen por números y es este detalle el que nos devela algo del pasado de Dainez: antes de morar en el baldío, fue científico y profesor, pero a causa del cierre de la institución en la que trabajaba, acaba de taxista, trabajo que también pierde por discutir contra un pasajero. En este contexto, y para ahorrar gastos, se muda con su mujer y su hija al baldío, al espacio de la estrechez y la pobreza. La historia de Dainez es, en un aspecto, una distopía: es el derrumbe de una sociedad a causa de cierta política de desarrollo.

Un desarrollo que genera espacios y experiencias como la del baldío: “[d]esaparición de la cuadrícula urbana campo al acecho, luz caprichosa, aire amplísimo, suciedad fortuita y residuos finales del progreso, materia de segunda mano como base para una vida amoral” (Cohen, 1998: 204). Y es un desarrollo que niega la responsabilidad por las consecuencias irreparables que ya ha dejado.

Decía [Dainez] que estaba de moda anunciar el Apocalipsis, la destrucción de todo por el mal ingénito en sí mismo. Eso le molestaba muchísimo, lo ponía furioso que todos se quejaran y dijeran Ah, Qué se ha hecho de la ética. Blandengues gritaba. Podridos e hipócritas. (...) Degenerados, nos hablan de evitar lo peor. Si lo peor ya llegó, dijo. Y dijo: No podemos estar peor que ahora. El que habla de estar peor solamente tiene miedo de morirse él. Esta época es la peor de las épocas del mundo porque como ve todos los días lo peor, y lo ve y lo ve, ya no ve lo peor, no le importa. / De lo peor no hay peor. / (...) Y dijo, ese día, que el estado era tan inútil, y los consorcios estaban tan lejos ocupados en sus chanchullos, que nosotros acá en el barrio, más que tirados, jodidos, hechos mongle, estamos solos. Solitos. Sueltos y con lo puesto, dijo, más allá de la esperanza y el miedo (Cohen, 1998: 178-179).

La novela es de fines de los años noventa en una Argentina con evidentes consecuencias de un Estado neoliberal, lo cual supone el retiro de un Estado protector en su ejercicio de poder más o menos ubicuo y contenedor para dar paso a otro tipo de poder. Un poder que, en nuestra ficción, se representa en la desatención del cuidado de toda la población, con una distancia para que los individuos gestionen su propia suerte, excepto que se requiera cierta intervención por la peligrosidad que se pueda difundir, como ocurre en el baldío. Es un poder estatal visto en su imposibilidad de administrar las fuerzas sociales y económicas que se imponen y, por ello, se reubica de otro modo.

En “Un hombre amable” aparecen estas empresas que tercerizan y trabajan en una economía de producción incorpórea. En particular, Senthuria privilegia la producción, identificación y destrucción de códigos y de programas. La potencia, en esa sociedad – expresa la ficción–, radica en la información; ese es su modo de expansión. En este sentido, en la novela, las empresas comercian con datos y estos son más importante que cualquier mano de obra humana. Es el cuerpo liberado de un proceso productivo para, por el contrario, explotar otros procesos; por ejemplo, la mente de Dainez. Eso es lo que sirve y permite expandir el sistema. Eso es la potencia de un mercado y allí se ve un plano de organización, su fenómeno antientrópico; un fenómeno social que podrá ofrendar vida biológica en tanto ya no sea útil al sistema. De modo que todo aquello que pueda sustraer potencia, puede ser sacrificado, abandonado a su suerte. Así están los personajes que habitan el baldío; son desechos del sistema.

De esta forma se observa que el foco en “Un hombre amable” –como en otras narraciones de Cohen– no está en el desarrollo científico en sí, sino en su remanente. Dainez –reproduce su hija– decía: “[b]arrios feos, desempleo, miseria, corrupción. Maldad social, gritaba. Maldad, maldad” (163). Según Gianni Vattimo, la característica sobresaliente de la utopía del siglo XX es lo que se ha llamado contrautopía, distopía o antiutopía (Vattimo, 1991: 95). Dicho rasgo se debe al reconocimiento –por lo acontecido en el contexto histórico-político– del fracaso de la razón, pues “la racionalización del mundo se vuelve contra la razón y contra sus fines de perfeccionamiento y emancipación” (Vattimo, 1991: 97-8). El propio mecanismo de la racionalización se torna sospechoso; así, se registra una disolución tanto de la idea de progreso como la de una historia como curso lineal unitario (Vattimo, 1991: 101-102). No es, entonces, la concepción de que un mecanismo particular se rebele contra el ser humano, sino el hecho de que justamente por realizarse la razón “rectamente” según sus planes, se vuelva contra los fines de la emancipación y humanización que la movían. De modo que, si la utopía suponía un *telos* que no podía imaginarse como realizado, pero se confiaba en el plan debido a la concepción de la historia que se tenía, la contrautopía ya no puede sostener esa idea. Básicamente, porque no concibe el desarrollo de la historia como lineal unitario, e incluso puede percibirlo como circular. Entonces, en un aspecto, el universo de “Un hombre amable” se hace cargo de una herencia literaria que critica y desconfía de la razón así como de la idea de la historia como curso lineal unitario, pero contextualizada en la producción de valor finisecular del siglo XX: el fenómeno algorítmico, el dato, la información.

Ahora bien, la novela presenta otro aspecto que la vincula con una tradición por venir: una nueva utopía, cuestión que trataremos más adelante con la pregunta por el sentido. Respecto de esto, ahora solo mencionamos cómo el orden del procesamiento de datos se posiciona como urgente y primario para el entendimiento de una realidad y, frente ello, las facultades humanas parecen insuficientes y sacrificables; no obstante, la novela ensaya una respuesta que retoma la escala humana constituyendo ahí un fenómeno para lo humano. Es este punto el que reconecta, de algún modo, con la utopía. En este sentido, se puede plantear como novedad una literatura distópica que, sin embargo, recupera la dimensión de escape hacia delante que tenía la utopía, pero sin la confianza ciega en un necesario progreso. En todo caso, solo deja abierta una puerta que posibilita otro rumbo sin, por ello, garantizar el bienestar futuro. En otras palabras, el contexto de Dainez no está *perfectamente* controlado, ni es *perfectamente* infeliz. En este universo devastado, producto de un sistema capitalista con un nuevo orden informacional, el protagonista va encontrar la posibilidad de dar sentido a una existencia supuestamente condenada a no tenerlo. Y en este punto aparece el lenguaje, pero dejaremos esta cuestión para más adelante, cuando nos detengamos en el sentido literario en esta era informacional.

La literatura, como otras artes, interactúa con el clima de época y construye imaginarios desde el mundo en el que son producidos. A partir de esa idea, en este capítulo, presentamos dos narraciones que recogen ese diálogo con el concepto de información, que se instaura a partir de la cibernética de Wiener, como determinante de los modos de existencia. Ahora bien, *Los cuerpos del verano* (2012) y “Un hombre amable” (1998) difieren en su coyuntura, porque la Argentina de fines de los años noventa del siglo XX no coincide con la de la primera década de la centuria siguiente. Por ello, el abordaje con el que trabajan este tema es diferente. Pero en uno y en otro caso, la literatura intercepta a la ciencia para hacerle preguntas y priorizar otros aspectos que los que busca el desarrollo técnico-tecnológico.

En el caso de la *nouvelle* de Cohen, se lee un diálogo de representación evocativa en la que se extrema la crisis social y económica que atraviesa la Argentina de ese entonces. Desde ese enfoque, la crítica que hace la ficción es feroz: se está sacrificando a

una parte de la población por considerarla superflua al desarrollo productivo. Sin embargo, el protagonista va a desviar ese único sentido marcado por la técnica hacia otra línea que involucra el lenguaje de la comunicación humana, pero esta cuestión la trabajaremos en otro capítulo.

Los cuerpos del verano, por el contrario, manifiesta cierta atracción hacia la técnica: la posibilidad que habilita apresar la vida como dato aparece como una potencia. De hecho, sugiere poder encontrarse un sentido para el humano en esa codificación. No obstante, su mirada prospectiva trae preguntas y desafíos éticos, como las diferencias económicas en el acceso a conservar la vida, los cruces generacionales, el peligro del incesto. Reflexiones que no se resuelven, pero que, en todo caso, ante un proceso como el de concebir la vida como dato, lo nutre con imágenes y cuestionamientos que contribuyen al entendimiento de otras zonas (como la ética) que constituyen la vida humana y que no pueden dejarse de lado.

Capítulo 4

Sobre un paradigma científico ampliado²⁴

En efecto, nada permite afirmar que toda la realidad de los seres vivientes está incorporada a su individualidad constituida; se puede considerar al ser como un conjunto formado de realidad individuada y de realidad preindividual: es la realidad preindividual la que puede ser considerada como realidad que funda la transindividualidad.

Gilbert Simondon, *La individuación a la luz de las nociones de forma y de información*, 1958

4.1. La potencia de la expansión: la lectura cibernética simondoniana

La cibernética marca, a partir de la segunda mitad del siglo XX, una significativa transformación en el modo de pensar la existencia en distintos niveles, incluso la del ser humano. Esto ocurre por el principio físico que concibe la organización de energía como aquello que se opone al desorden del universo o degradación de energía, lo cual habilita parangonar, en ciertos casos y sin suficientes matices, todo lo organizado. No obstante, habrá quienes, considerando valiosa la perspectiva cibernética, podrán marcar algunos límites y excesos. Entre ellos está Gilbert Simondon, quien muy tempranamente (fines de los años '50) advierte sobre el hecho de no extralimitarse en la identificación de las máquinas con los seres biológicos y especialmente los humanos: “Lo que hace correr a la Cibernética el riesgo de que su trabajo se convierta en parcialmente ineficaz como estudio intercientífico (y ése era sin embargo el objetivo que Norbert Wiener asignaba a su investigación), es el postulado inicial de identidad de los seres vivientes y de los objetos técnicos autorregulados” (Simondon, 2007: 69).

A su vez, Simondon se diferencia de la corriente cibernética porque no está preocupado especialmente por la incertidumbre o la desorganización y la necesidad de controlar ese caos (en tanto teoría de la información y el estudio de los esquemas de mando y autorregulación), sino en explicar lo que es, lo que se organiza. En este sentido, su propuesta teórica lleva a un conocimiento genético, es decir, explicar cómo se produce algo. Y en la explicación de esa producción del sí mismo (¿cómo puede lo que puede?)

²⁴ Este capítulo introduce la teoría de Gilbert Simondon como una desviación necesaria de la racionalidad cibernética de Wiener. A partir de ese otro modo de entender el devenir del mundo, anexamos la lectura de Gilles Deleuze que nos permite hacer el pasaje entre el concepto de forma organizada, individuación y vida que indaga la tesis. Finalmente, proponemos pensar dos personajes de la narrativa de Cohen como formas creativas dentro de órdenes que clausuran.

el filósofo involucra la potencia (¿cómo hace la potencia para hacer?). De esta forma, su teoría presenta una hipótesis sobre los grados de organización de lo existente como un proceso en el que el exceso, y no la falta o la pérdida, es lo que hace que dicho proceso se perpetúe:

Hay génesis cuando el devenir de un sistema de realidad primitivamente sobresaturada, rica en potenciales, superior a la unidad y que oculta una incompatibilidad interna, constituye para este sistema un descubrimiento de compatibilidad, una resolución a través del advenimiento de estructura. Esta estructuración es el advenimiento de una organización, que es la base de un equilibrio de metaestabilidad. Tal génesis se opone a la degradación de las energías potenciales contenidas en un sistema, a través de un pasaje a un estado estable a partir del cual ninguna transformación es ya posible (Simondon, 2007: 172).

En efecto, Simondon concibe que lo que es no solo se organiza para existir, sino para recrearse, para perdurar a través de transformaciones que se realizan a partir de tomar los problemas de inestabilidad de un sistema previo para organizarlo en otro sistema y, de este modo, hacerlo suyo; así, de manera incesante. Los planos de organización se amplían, cambian de niveles: lo que no parece poder solucionarse en un nivel promueve nuevas resoluciones en otro nivel.

Simondon propone, de esta manera, tomando principios de la física, la biología y la psicología, así como discusiones filosóficas, una teoría del ser que explica el devenir y, con ello, la existencia de lo que es. En su propuesta teórica aparecen términos que dialogan directamente con la cibernética como “información”, la idea de “forma”, de “sistema”, de “comunicación”, pero sostiene diferencias entre los seres físicos, los biológicos y aquellos que pueden organizarse aún más, como los humanos, en su posibilidad psíquica. En esta organización, sin embargo, no entroniza la idea de sujeto de la modernidad. Su propuesta va a estar en la línea de la época que comprende la necesidad de entender que lo humano es parte de un proceso, que no cierra en el individuo físico y cuya existencia es en relación (con los objetos técnicos, la tecnología, con otros seres vivientes). En particular, el vínculo entre el humano y los objetos técnicos no es de dominación ni de sometimiento, por eso su filosofía no es la del sujeto o el objeto, sino una que integra a ambos como el desenvolvimiento de un proceso complejo que es el mundo.

Dicho proceso es nombrado por Simondon como “individuación” y debe entenderse como una operación “ontogenética”, es decir, “como operación del ser completo” (Simondon, 2015: 10). Ese devenir no es el marco del ser, sino la “dimensión del ser, modo de resolución de una incompatibilidad inicial rica en potenciales”

(Simondon, 2015: 10). Esos potenciales refieren a la energía potencial de un sistema que involucran un orden, el aumento de entropía y la noción de información o neguentropía²⁵. Todo ello supone la metaestabilidad de un sistema (en otros términos, lo problemático o desestabilizado), que no se piensa como degradación, como expusimos antes, sino como aquello que promueve el proceso del ser. Esta metaestabilidad de un sistema físico se encuentra también en un sistema biológico, pero con un potencial mayor. En este sentido, escribe que en lo viviente hay “una individuación perpetuada, que es la vida misma, según el modo fundamental del devenir: *lo viviente conserva en sí una actividad de individuación permanente*, no es solamente resultado de individuación, como el cristal o la molécula, sino también teatro de individuación” (Simondon, 2015: 14, las cursivas son de la fuente). Así, el filósofo va a proponer una ontología que no presupone un principio dado ni concluye en una resolución final, sino que se expande por su condición de devenir. Sin embargo, si menciona al ser individuado como cierto “corte”, lo hace por una necesidad conceptual, porque esas delimitaciones no son tales; en realidad, hay planos de organización que suponen perspectivas y, en algunos casos, dichos límites reducen el entendimiento.

Pero, también, a partir de la última cita, destacamos algo más para recuperar: el viviente, producto de una individuación, continúa ese proceso, lo amplifica, “algo que no hace el objeto técnico al cual el mecanicismo cibernético querría asimilarlo funcionalmente” (Simondon, 2015: 14). El proceso de la individuación física, de acuerdo al filósofo, ocurre y continúa en los límites de ese cuerpo físico; en cambio, la individuación de lo viviente se sucede tanto a partir de su interior como de su exterior porque el espacio interior está en continuidad con su medio (exterior). Explica Simondon:

lo viviente resuelve problemas, no solamente adaptándose, es decir modificando su relación con el medio (como puede hacer una máquina), sino también modificándose él mismo, inventando nuevas estructuras internas, introduciéndose él mismo completamente en la axiomática de los problemas vitales. *El individuo viviente es sistema de individuación, sistema individuante y sistema individuándose* (Simondon, 2015: 14, las cursivas son de la fuente).

Así, el filósofo, aunque tome terminología científica en diálogo con la técnica, no reduce la especificidad cualitativa del viviente que permite sostener la diferencia con la máquina. El viviente tiene una función informativa por lo que es (sistema de individuación), una función comunicante por lo que impulsa (sistema individuante) y una función

²⁵ La neguentropía es la entropía que el sistema exporta para mantener la entropía baja.

organizacional por lo que experimenta (sistema individuándose) que no está presente en las máquinas. En ese momento en que Simondon escribe no existen los sistemas que, desde fines del siglo XX, se nombran como inteligencia artificial y que podrían traer una discusión por las posibilidades que dichas tecnologías habilitan. Sin embargo, todavía hay algo más: Simondon encuentra una dimensión en el grupo de vivientes humanos (lo que llama “individuación colectiva”) en la que se sigue pudiendo leer una diferencia con las máquinas sin esa rápida y reductora asimilación del “mecanicismo cibernético”, en palabras de Simondon.

Al respecto de ello, el filósofo explica que el individuo humano no resuelve las potencias que lo constituyen solo en una dimensión vital, su individuación biológica. Hay en ese sistema individuado algo que pervive que, en terminología simondoniana, es “preindividual”; a saber, una “naturaleza”, en el sentido de la filosofía presocrática: “la naturaleza es *realidad de lo posible*” (Simondon, 2015: 389, las cursivas son de la fuente), la cual Simondon concibe como una energía potencial de un sistema metaestable que promueve una amplificación, un desarrollo en otro nivel. Es una individuación propiamente psíquica que lleva a lo grupal, una fuerza no resuelta en el individuo humano, que es nombrada como “transindividual”. Es, de hecho, cuando el individuo deviene sujeto (no ya únicamente individuo), lo cual conlleva una realidad más compleja que involucra su individuación, pues implica aquello no individuado o preindividual presente en él que promueve el encuentro con otros sujetos (es decir, con otros individuos que contienen esa carga de naturaleza no individuada) y que invita una nueva fase del ser, la transindividual, que Simondon considera como una condición espiritual (por oposición a la condición física y la biológica). Dicha realidad es la individuación colectiva.

Se entiende, entonces, que, en la teoría simondoniana, el viviente humano y su condición de un armado colectivo comporta un nuevo aspecto: lo colectivo no es lo individual ni es una suma de individuales, sino una nueva estructuración que, por la significación producida, adquiere una forma. Esta nueva fase del ser despliega nueva información y, como tal, una estructura que permite que el ser siga modificándose y amplificándose. El entendimiento de lo colectivo humano en Simondon supone traer una discusión con la sociología que escapa a los fines de nuestro trabajo. Sin embargo, interesa mencionar este punto de lo grupal para comprender que, aunque su propuesta teórica incorpore conceptos propios de la teoría de la información, su enfoque filosófico le permite no reducir la complejidad de esa convivencia entre naturaleza, técnica y sociedad que es el mundo que conocemos. Simondon no va a “saltar” del individuo a la

sociedad, sino que aquello que pone en crisis al individuo lo lleva a un vínculo con otros, un colectivo (que no es inmediatamente la sociedad). Ese colectivo o grupo supone una estructura en la que la información de esa naturaleza que trae consigo cada individuo se significa. Esa significación permite que el grupo se forme; es una información que da forma, pues la significación no es del ser sino entre seres.

Y ese pasaje de una estructura del individuo a un colectivo supone una comunicación entre seres y niveles dispersos (el individual y transindividual) que se resuelve en información, según Simondon. Ella es lo que permite significar, constituir una nueva forma que pueda crecer. A partir de esta fase transindividual, se introduce una reflexión de cómo pensar una ética; es decir, un plan de cómo comportarse frente al medio.

No obstante, nos detenemos acá en la discusión que trae Simondon en cuanto a nuestros fines. Su hipótesis nos interesa especialmente porque enriquece el armado que venimos proponiendo: la discusión epistemológica no antropocéntrica y la génesis del devenir en diálogo con el paradigma cibernético propio de la época sin reducir la discusión a un único foco, el físico-técnico; por el contrario, la teoría simondoniana promueve un entendimiento que pueda involucrar los distintos aspectos que hacen que el mundo sea. Y en esa explicación de las fases del ser (preindividual, individual y transindividual), el viviente humano –al menos por lo que podemos pensar a partir de nuestra condición– tiene la capacidad de comprender en él el proceso ontogenético del ser. Esta comprensión le permite no solo entender que lo que es tiene cierta determinación por la potencia que arrastra, sino también cierta indeterminación por el encuentro con el medio y con otras potencias que impiden sostener una teleología. Es un plan y no un plano, para traer el diálogo con Gilles Deleuze y Félix Guattari en *Mil mesetas*: hay una organización que se forma y se proyecta sin ser una representación esquemática de lo que ya está contenido desde el principio. Así, Simondon invita, con la individuación, a “lanzar las bases de una ética” (Simondon, 2015: 422) que no están en ninguna máquina y que son propiedad de los sujetos. La ética, tal como la propone el filósofo, no es eterna porque no está determinada una vez y para siempre ni es una creación espontánea en movimiento incesante. Es, por el contrario, una posibilidad del sistema metaestable que trae la individuación colectiva: sistema que carga en sí lo preindividual, lo individual y lo transindividual. “Existe la ética en la medida en que existe información, es decir significación que supera una disparidad de elementos, de seres, y que de este modo hace que lo que es interior sea también exterior” (Simondon, 2015: 427). La dimensión ética

de un colectivo entra en relación con el afuera social y puede repercutir en él; puede volverse algo político. Simondon concluye su tesis de la siguiente manera: “A través del individuo, transferencia amplificadora de la naturaleza, las sociedades devienen un mundo” (Simondon, 2015: 431). Con ello, el paradigma cibernético es ampliado y enriquecido con la dimensión de la naturaleza y la sociedad. La técnica no puede absorber todo en sí ni resuelve la explicación de lo que es nuestro mundo, cuya dimensión política necesita ser considerada.

4.2. El devenir es una vida

Gilles Deleuze, en “La inmanencia: una vida...”, publicado en 1995, recupera una discusión sobre el ser y presenta una explicación en sintonía con la individuación simondoniana. La cuestión del ser, tanto en Deleuze como en Simondon, no remite a un problema con lo divino (en tanto ser se dice de Dios, pero también de muchas otras cosas), sino un problema material (y, por tanto, físico, biológico y social) sin ser propiedad del sujeto ni del objeto. El ser, según Deleuze, se vincula con un campo trascendental²⁶ (y no trascendente); es decir, un puro plano de inmanencia, el cual no se presenta como el lugar de la experiencia subjetiva u objetiva ni sus conciencias, sino como “un puro flujo de conciencia a-subjetiva, conciencia pre-reflexiva impersonal, duración cualitativa de la conciencia sin yo” (Deleuze, 2009: 35). Sin embargo, esto no impide –como veremos más adelante– el hecho de poder ser pensado y comprendido. Ahora bien, el plano de inmanencia existe en sí mismo en tanto este no remite sino a sí y ello es –para el filósofo– *una vida*; “lo inmanente es en sí mismo una vida”. Es una pura afirmación. El artículo indefinido es fundamental –por ello, en “La inmanencia: una vida...”, Deleuze insiste en destacarlo en cursiva– ya que va a ser indicio de lo trascendental. Dicho artículo señala la singularidad, pero no la individuación. De modo que *una vida* remite a la condición singular, aunque no individuada del ser (esto último lo indica el artículo definido). *Una vida*, entonces, va a suponer una especificación de inmanencia y de intensidad, una fuerza que emerge sin cerrar en ninguna forma, sin estar individuada.

Sin embargo, *una vida* singular se aprehende en su actualización, en su individuación, en *la vida* de alguien o algo. El ejemplo al que recurre el filósofo para

²⁶ Deleuze toma la terminología de Kant. Para la filosofía kantiana, el campo trascendental remite a la posibilidad del acontecer de la experiencia. Sin embargo, el cambio que introduce el filósofo francés es que dicho campo no va a estar vinculado con un sujeto, como ocurre con Kant.

exponer esta idea es un momento escrito por Charles Dickens en el que un personaje, un villano, está agonizando. En esta situación, nos cuenta Deleuze, cuando los médicos intentan salvarlo, no aparece la vida del sujeto abyecto sino *una* vida que intenta ser salvada. Y a medida que el individuo infame se vaya recuperando, sus salvadores vuelven a abandonarlo. Así, Deleuze trata de distinguir lo singular de lo individuado, lo virtual de su actualización, *una* vida de *la* vida:

Entre su vida y su muerte, hay un momento que no es más que *una* vida que juega con la muerte. La vida del individuo le cedió lugar a una vida impersonal, y sin embargo singular, de la que se desprende un puro acontecimiento liberado de los accidentes de la vida interior y exterior, es decir, de la subjetividad y la objetividad de lo que pasa (Deleuze, 2009: 38).

En ese linde, límite de la vida y la muerte del indigno, hay algo que no remite a su vida, a *la* vida de él, sino a un flujo de ser, de vida, *una* vida, sin soporte humano. Esto es lo que constituye la inmanencia; es un flujo de vida más allá de su individuación, de ese particular, de ese humano. Y *una* vida es una inmanencia porque ella es una totalidad que no se relaciona con ningún objeto como unidad superior ni ningún sujeto como acto que opera una síntesis de entendimiento (Deleuze, 2009: 36-37). Es una organización en sí misma, sin aún tener una forma o una resolución. En la agonía del moribundo de Dickens, una vida de pura inmanencia es una fuerza de afirmación más allá del buen o mal hombre que la encarna.

Pese a que Deleuze toma el ejemplo de este villano para hablar de *una* vida, ella no refiere solo a una cuestión del humano (o del ser vivo). Tampoco supone que la aprehensión se puede hacer solo en ese límite con la muerte. Una vida acontece tanto en sujetos como en objetos, y en cualquier situación que atraviese a ambos. “*Una* vida está en todos lados, en cada uno de los momentos que atraviesa tal o cual sujeto viviente y que miden tal o cual objeto vivido” (Deleuze, 2009: 38). No obstante, el ejemplo tomado de Dickens tiene un punto esencial: el intervalo, entre-momentos. El planteo de Deleuze en este punto es la imposibilidad de referir *una* vida en un presente. Fundamentalmente, porque el tiempo de lo vivo o *una* vida es duración y, en tanto tal, es un virtual. “Una vida solo contiene entidades virtuales. Está hecha de virtualidades, acontecimientos, singularidades. Lo que se denomina virtual no es algo que carece de realidad sino que, siguiendo el plan que le da su propia realidad, se compromete en un proceso de actualización” (Deleuze, 2009: 40). En otras palabras, se percibe la necesidad de comprender el ser como un proceso, el devenir, en el cual hay virtual y actual de manera incesante. De este modo proponemos que el diálogo con la teoría simondoniana de la

individuación es insoslayable, aunque el virtual deleuzeano posiblemente no sea exactamente el potencial o la naturaleza de Simondon.

No obstante, en ambos, el ser es una entidad que se actualiza en una forma, pero no acaba allí. Deleuze nombra a eso no actualizado *una* vida y ella no es *la* vida. *Una* vida no la podemos percibir en sí, sino en su actualización. A su vez, tampoco puede fijarse en un corte temporal porque *una* vida refiere al flujo, no un fenómeno individuado. *Una* vida, el devenir, no admite un corte en un momento particular, ya que supondría buscar la percepción a través de un trascendente, algo externo al campo de inmanencia. Por el contrario, en tanto *una* vida constituye una inmanencia, cualquier manera de aprehenderla requiere armar esa inmanencia, ese campo experiencial en el que una vida es. Y, en tanto es pura diferencia, precisa que la percepción temporal no la suspenda en un corte con un único punto, porque así no es. Una vida es el devenir, es la diferencia; así que si el corte temporal no recupera al menos un *entre*, no hay devenir, o diferencia, o una vida.

Expuesto esto, podemos entender que, desde esta perspectiva, el ser, una vida, la pura afirmación, es lo inmanente en un campo trascendental. O, dicho de otro modo, una vida ocurre en un campo experiencial y, por ello, en una situación no acabada, ni definida en un momento o en otro; es un *entre*, un virtual, una potencia desarrollándose que, sin embargo, requiere de una actualización para ser percibida. No obstante, esto no implica que lo singular, una vida, carezca de algo; no le falta nada: es. La cuestión supone, entonces, pensar el virtual o la *diferencia* no como una imperfección que necesita completarse sino que, en tanto ser, su singularidad remite –por su misma condición– al hecho “de autodiferenciarse, del cambio y el devenir” (Giorgi y Rodríguez, 2009: 20). La *diferencia* es, podría decirse, un grado cero del cual se empieza a considerar algo o pensar intensidades, pero ese grado cero no es un vacío, sino un lleno, liberado de un principio y un fin último. En este sentido, lo viviente se define por “lo que puede ser, por el poder de un cuerpo de afectar y de ser afectado” (Giorgi y Rodríguez, 2009: 22). Entonces, lo que se repite en una vida “no es lo mismo, sino lo otro: el poder diferenciante de una vida perpetuamente diferente. Así, a través de la repetición, surge lo nuevo...” (Giorgi y Rodríguez, 2009: 22).

En esta instancia nos interesa mostrar que, desde distintas perspectivas (particularmente, una cibernética crítica y reflexiones filosóficas), hay una necesidad de comprender el mundo, lo que existe, a partir de un proceso, el cual supone una forma de organización que no concluye en eso individuado que percibimos. Por lo tanto, habrá

necesidad de entender eso más allá de lo visible para comprender las fuerzas que hacen que el mundo persista o sea. Y ese modo de identificarlo, sea vida, sea naturaleza, sea un principio de organización, repercute en distintos niveles de nuestra existencia: desde la ciencia hasta la cultura y la sociedad. Por eso, las explicaciones más mecanicistas o más ampliadas transforman los modos de lo político, que desarrollaremos en próximos capítulos, y que permite dimensionar los modos de poder puestos en juego en la época que analizamos.

4.3. Incompatibilidad interna rica en potenciales: una lectura de dos personajes de Marcelo Cohen

La literatura de Cohen no es ingenua, como esperamos mostrar en los distintos espacios que dedicamos a su obra. En efecto, el autor presenta una lectura crítica y atenta al contexto social en el que produce, pero también, y fundamentalmente, es una escritura que, desde su producción estética y artística, propone. Dedicaremos más adelante un capítulo al aporte literario en este contexto tecnocapitalista, pero ya en esta sección anticipamos algunos rasgos en diálogo con una mirada que advierte la necesidad de ampliar el paradigma físico-técnico impuesto como la lectura de todo.

Cuando una teoría totaliza, cierra posibilidades y no deja al humano más que inerme, vale la pena que desconfiemos. Tanto Simondon como Deleuze buscan abrir ese paradigma que no parece sino clausurarnos como hacedores. Cohen, con su prosa, sus personajes y el universo que construye, también promueve una apertura para la condición humana. En efecto, ya mencionamos que este escritor, de los autores analizados, es quien más explota una literatura sin referente: aunque son términos que constituyen mundo, resulta un orbe que abre el mundo en el que se inserta, simbólica e imaginariamente. A su vez, algunos de sus personajes encarnan en su cuerpo y en sus acciones esa necesidad de extralimitarse a la condición asignada. Por ejemplo, en “El fin de la palabrística”, relato incluido en *Los acuáticos*, Viol Minago, el creador de esa disciplina que concibe “andamios humanos para escribir en el cielo las palabras de la ambición” (Cohen, 2014: 336), se propone abrir espacio, literalmente, en una ciudad estrecha de talle. A saber, sale a la conquista de la verticalidad ante una horizontalidad que imposibilita expresarse y, en esa conquista, “*había que decir algo. Decir cosas*” (Cohen, 2014: 318, las cursivas son de la fuente). Las palabras expuestas evocaban, despertaban la necesidad de no acabar en el mensaje (eran “palabras deseosas”– Cohen, 2014: 335–). El deíctico “ahí” y la

interjección “oh”, primeros términos expresados por quienes empezaron a desarrollar la palabristica, no promovían sino el inicio de una búsqueda. Era “creación y conocimiento” que “ofrecía nuevas rutas al discurrir interior del peatón” (Cohen, 2014: 320) en una urbe cerrada y excluyente, que aparentemente impedía el devenir en tanto no permitía el movimiento de los cuerpos, del pensamiento; en definitiva, una ciudad con un horizonte limitado. Sin embargo, esos andamios humanos se fueron replicando y cambian, de algún modo, el estado de situación: promueven otras prácticas, otras relaciones, otras reflexiones. Así, hubo un impulso grupal que embelleció la expresividad y supuso una ampliación de posibilidades para los habitantes de esa ciudad. Armaron grupos que exploraron nuevos modos de ser, de estar y de organizarse.

Otro personaje coheniano que expande sus posibilidades y las de otros es Wiraldo Sang, el creador de la Panconciencia, según “Panconciencia. Un ensayo”, relato que cierra la antología de *Los acuáticos*. Wiraldo fue un hombre que, sin saberlo con plena conciencia en todos los momentos, buscaba trascender la condición a la que parecía condenado por su origen. Nacido en un ambiente paupérrimo²⁷, con una infancia y adolescencia marcadas por delitos propios y ajenos, da un primer paso en el espacio liminar de la playa. Allí conoce a Jacques Clarant, un pirata del Delta, con quien traba un vínculo estrecho. Wiraldo emprende viaje y aprende mucho. Pero Jacques muere en una emboscada y Wiraldo queda otra vez un poco desamparado. Se hace mercenario pero no encuentra rumbo. No obstante, aparece un personaje que le habilitará una gran revelación: el hecho de lograr con otra persona una comunión de conciencia, una conexión mental que permita superar el “extrarradio de su conciencia” (Cohen, 2014: 480) y Wiraldo piensa, así, si posiblemente pueda llegar aún más lejos. Con esta reflexión, y en un nuevo contexto laboral (aunque igualmente precario) descubre que, con la narración de su historia pasada, repetida una y otra vez, algo ocurre: no es la repetición de lo mismo, sino que en ese insistir del relato había un modo de habitar con otros, un intercambio de conciencias vivas y aliadas si lo deseaban. Wiraldo, que nunca dejó de tener un lenguaje rudimentario, se esfuerza en el ejercicio del pensamiento y tiene, entonces, un hallazgo:

Un día estuve pensando tantas horas que de golpe entré en el pensamiento de otro. Le digo que no me sorprendió. Ya otros habían entrado antes en mí. Y le digo que con el tiempo lo fui consiguiendo sin tanto trabajo. Mire, no andemos con vueltas: yo le aseguro que esta

²⁷ “Falta de espacio; promiscuidad hogareña electrizada por la suciedad la falta de agua el frío el calor, el ocio obligado el barro las fiebres (...). Crueldad paterna culposa realimentada por la certidumbre de que nunca habrá trabajo. Madre violenta abatida por siete partos. Riñas hambre ganas tiniebla manoseo a la luz del televisor recelos pestilencia monotonía miradas de celuloide sobreexpuesto. Incesto y cochambre girando en la falta de palabras” (Cohen, 2014: 462-463).

capacidad la tenemos todos. Lo único es que yo la llamo la Panconciencia (Cohen, 2014: 481).

Esta conexión, que Wiraldo fue ejercitando cada vez más y que se impuso culturalmente, permitía ampliar los contextos y las experiencias. Al momento de relatarse “Panconciencia. Un ensayo” esta conexión mental está naturalizada y ya casi opera en sentido contrario al que le dio su creador; no obstante, el interés estaba en mostrar cómo, sin importar el contexto y la situación, se puede ampliar el horizonte dado por la sociedad de su tiempo. Esto hizo Viol y Wiraldo y no solo para ellos, sino también para los otros.

Ahora bien, también ocurre que esos inventos se estatizan y pierden la potencia subversiva que supusieron el pasaje a otro estadio, tanto individual como colectivo. Sin embargo, no es un problema esa captura estatal, sino una invitación a continuar superando eso que impide desarrollarse y que solo quiere la repetición de lo mismo, lo cual no genera sino el vacío, la muerte y el sinsentido de lo humano.

Con este capítulo nos interesó mostrar que entendemos la importancia de analizar y pensar el paradigma cibernético. Ahora bien, al mismo tiempo nos propusimos discutir esa lectura reductora y unidireccional que se impone como la única necesaria. En efecto, años después del periodo de análisis que proponemos, se evidencia con mayor emergencia la obligación de encontrar los resquicios en el discurso tecnocientífico totalizante.

En este sentido, observamos cómo cierta literatura, que se arroga el contexto tecnosocial, se distancia de toda fascinación hacia este con una mirada crítica, no meramente reactiva, y contribuye a armar una sensibilidad que nos devuelva cierta dignidad humana que no se menoscabe ante las tecnologías que nos rodean. A partir de estas ideas, continuamos con nuestra exposición y argumentación concibiendo tanto este discurso tecnocrático respaldado por la cibernética, y que empieza a imponerse desde finales del siglo XX, como también y fundamentalmente esas otras ideas que no reducen las posibilidades de lo humano en su capacidad de devenir de modo más complejo en su existir mundano.

Capítulo 5

Sobre la politización de la vida²⁸

*Cuando el hombre creyó que la felicidad dependía de Dios, mató por razones religiosas.
Cuando creyó que la felicidad dependía de la forma de gobierno, mató por razones políticas.*

—Yo leí un poema. Cada cual mata aquello que ama...

La miró, sonrió, sacudió la cabeza.

—Después de sueños demasiado largos, verdaderas pesadillas —explicó Hernández—, llegamos al período actual. El hombre despierta, descubre lo que siempre supo, que la felicidad depende de la salud, y se pone a matar por razones terapéuticas.

Adolfo Bioy Casares, “Planes para una fuga al Carmelo”, 1986

El médico y el biólogo ya no trabajan en el círculo del individuo y de su descendencia sino que empiezan a hacerlo a nivel de la propia vida y de sus acaecimientos fundamentales. Estamos en la biohistoria y este es un elemento muy importante.

Michel Foucault, “La crisis de la medicina o la crisis de la antimedicina”, 1976

5.1. Tecnología del gobierno de la vida

Antes de seguir avanzando en la reflexión de cómo se percibe, a partir de la segunda mitad del siglo XX, lo que puede organizarse en nuestro mundo, se considera pertinente introducir el concepto de biopolítica como una perspectiva también central para el enfoque de nuestra problemática. Volvemos, entonces, a Michel Foucault y a mediados de los años '70, cuando el filósofo da a comprender que la vida biológica ha ingresado en la historia, es decir, se ha convertido en un asunto del poder político.

Foucault está interesado, en esa época, en pensar el poder occidental más allá de los esquemas economicistas y de la cuestión de la soberanía. Entre otras razones, porque comprende que el poder no es solo negativo, en el sentido de represivo (lo que él llama “hipótesis de Reich”), sino también, y especialmente, la condición afirmativa (la “hipótesis de Nietzsche”): el poder como voluntad de poder, de afirmación, y no solo en

²⁸ En este capítulo, introducimos la teoría foucaultiana del Biopoder, teoría fundamental para pensar la politización de la vida o biologización de la política. Luego, llevamos esa teoría a la ampliación deleuzeana para entender que esa politización de la vida a fines del siglo XX no es solo en un sentido biológico, sino que la vida se comprende atravesada por las teorías cibernéticas que venimos presentando. Es la politización de la potencia, de aquello que puede organizarse y que busca del algún modo controlarse. Como correlato de la teoría biopolítica, proponemos analizar “Neutralidad” de Marcelo Cohen y *Borneo* de Oliverio Coelho.

términos reactivos. Es cierto que reconoce al poder como dentro de una relación de fuerzas (Foucault, 2008b: 27), fuerzas en tensión que nunca están equilibradas del todo. Sin embargo, el poder se funda –dentro de esa inestabilidad– en su afirmación, sabiendo la coacción que lo apremia. En este sentido, el poder es relacional y belicoso. A su vez, Foucault refiere que el poder es en acto: solo es en tanto se ejerce y, por ello, debe pensarse como una acción efectiva sobre algo. Pero esa acción efectiva resulta de una articulación. De este modo, el filósofo expone que el poder “debe analizarse como algo que circula o, mejor, como algo que solo funciona en cadena. Nunca se localiza aquí o allá, nunca está en manos de algunos, nunca se apropia como una riqueza o un bien. El poder funciona. El poder se ejerce en red y, en ella, los individuos no solo circulan, sino que están siempre en situación de sufrirlo y también de ejercerlo” (Foucault, 2008b: 38). En síntesis, propone entender el poder como una relación de fuerzas en tensión que se afirma en su realización por sobre otras fuerzas y, en ese sentido, se organiza y organiza.

Este tipo de poder, no exclusivamente represivo, es identificado por Foucault a partir de la lectura de algunos historiadores en el siglo XVII. En ellos, encuentra cómo, dentro de un mismo territorio, surge una enemistad entre dos grupos que se desprecian por considerar al otro una raza inferior. Inicialmente, cuando surge esta apreciación –nos explica el filósofo–, no tiene un significado biológico, sino que, por el contrario, refiere a una disputa histórica (pueblos con diferencias de idiomas, distintos orígenes, otras tradiciones...). Sin embargo, se nombra como guerra de razas y es, según Foucault, “la matriz de todas las formas bajo las cuales, de allí en adelante, se buscarán el rostro y los mecanismos de la guerra social” (Foucault, 2008b: 64). Con el paso del tiempo, este discurso histórico va a cambiar al ser apropiado por “un poder centrado, centralizado y centralizador” (Foucault, 2008b: 65), ya que la percepción no va a ser un combate entre dos grupos, sino que dicho poder central se va erigir como único válido, de modo que quienes se alejan, en cierto sentido, de lo que ellos son y hacen, resulta una desviación, una degeneración de una pureza; así, se va a introducir, según el filósofo, la dimensión biológica al discurso de las razas. Y, como consecuencia, expone Foucault, aparece el discurso de la necesidad de defender la sociedad contra los peligros biológicos de esa otra raza. En este sentido, se alza “un racismo interno, el de la purificación permanente, que será una de las dimensiones fundamentales de la normalización social” (Foucault, 2008b: 66). Entonces, aparece un deslizamiento de la guerra desde una perspectiva histórica hacia una dimensión biológica (lucha por la vida) y, a partir de ello, el Estado adoptará el rol de proteger “la integridad, la superioridad y la pureza de la raza” (Foucault, 2008b: 80)

contra aquello que pueda ser considerado peligroso; por ejemplo, los extranjeros o los enfermos.

De esta forma, esos grupos que reúne belicosamente el poder central o el Estado²⁹ conformarán, según Foucault, un nuevo sujeto de la historia. Es lo que un historiador de esa época llama “sociedad”, entendiendo esta “como asociación, grupo, conjunto de individuos, que tienen sus costumbres, sus usos e incluso su ley particular. Ese algo que en lo sucesivo habla en la historia, que toma la palabra en la historia, y del que ésta va a hablar, es lo que el vocabulario de época designa con el término ‘nación’” (Foucault, 2008b: 129). Así, a partir de poder nombrar ese colectivo como unidad, la nación, y del discurso biológico habilitado, surgirá el tema de la vida como parte de un asunto del poder que se va a añadir, a su vez, a la técnica ya existente centrada en la vigilancia sobre el cuerpo individual. Ambas tecnologías (las anatomopolíticas y las biopolíticas) convivirán a partir de fines del siglo XVIII, complementándose para normalizar la sociedad. Si, por un lado, la disciplina o anatomopolítica actúa mediante una serie de dispositivos como la escuela, la fábrica o el ejército para distribuir espacialmente los cuerpos individuales, separándolos, observándolos, supervisándolos; por otro, las tecnologías dedicadas especialmente al cuidado de la vida de la especie, las biopolíticas, se abocarán a la potenciación de la especie humana, tratando de cuidar y controlar sus condiciones para hacerla vivir o, en determinados casos, dejarla morir.

Entonces, ese poder positivo (y no solo represivo) que produce sujetos, va dar un paso más al contemplar las condiciones vitales de la especie; y resulta un paso más porque lo puesto en juego es la vida de la población. Esta es una idea sustancial que introduce Foucault para pensar el poder hacia mediados de la década del '70 del siglo XX y que permite ver otras aristas. En este sentido, el filósofo rastrea cómo hace el poder para que la vida no se debilite, no disminuya, ya que ella es considerada el motor de una sociedad y cuando, en todo caso, la vida individual (o algunas vidas particulares) suponga una sustracción de fuerza para la población general o una reducción de su energía o un gasto, será inevitable aceptar su necesaria muerte. Entonces, aquello que va a inaugurar la biopolítica es, de acuerdo a Foucault, la consideración de la población como problema

²⁹ En *Defender la sociedad. Curso en el Collège de France (1975-1976)*, Foucault no solo introduce la hipótesis de Nietzsche, sino que también invierte la proposición de Carl von Clausewitz: “la política es la continuación de la guerra por otros medios” (Foucault, 2008b: 27-29) y así argumenta el racismo dentro del poder estatal tanto en su condición reactiva como constructiva.

científico, político, biológico y del poder en general, diferenciándose, así, de la sociedad tal como la piensan los juristas o de la atención al cuerpo individual.

Los gobiernos advierten que no tienen que vérselas con individuos simplemente, ni siquiera con un “pueblo”, sino con una “población” y sus fenómenos específicos, sus variables propias: natalidad, morbilidad, duración de la vida, fecundidad, estado de salud, frecuencia de enfermedades, formas de alimentación y de hábitat (Foucault 2008a: 28).

Todos estos fenómenos a los que la biopolítica considera especialmente no son observados de manera individual y como algo imprevisible, sino analizados en una constante temporal, es decir, en una duración; porque es en esa persistencia que se puede entender lo regular de ciertos hechos. De esta manera, y mediante el análisis de patrones, la biopolítica trata de aprovechar esas tendencias o, en algún caso, las moldea para lograr una homeostasis o regularización social. En otras palabras, intenta intervenir solo mínimamente en el nivel de las determinaciones para regular los fenómenos de modo de mantener un equilibrio, un promedio y así tratar “de instalar mecanismos de seguridad alrededor de ese carácter aleatorio que es inherente a una población de seres vivos; optimizar (...) un estado de vida” (Foucault, 2008b: 223).

De esta forma, el poder biopolítico, en tanto supone una búsqueda por maximizar la vida de la especie, va a tratar de regular ciertas cuestiones incluyendo, en su determinación, la posibilidad de matar. Es esta paradoja la que gesta el racismo como mecanismo del Estado, ya que la política que este desarrolle señala quiénes deben vivir y quiénes no. Y esto, desde la perspectiva estatal, es una relación positiva porque lo que se deja morir es lo que debilita la supervivencia general; entonces, si se deja morir a alguien o algunos, la población, en su conjunto, vivirá más. La muerte del otro no es solo más vida para la especie sino también la muerte de la raza inferior y, por ello, la supervivencia de una población más sana. Estos adversarios, en definitiva, no lo son en un sentido político, sino que son peligros desde una perspectiva biológica, siguiendo a Foucault. Así, dejar ingresar la muerte no supone asesinar, sino hacer vivir. En efecto, la introducción del factor mortífero no acontece como en la sociedad soberana, a saber, en un asesinato directo, sino que, en un medio biopolítico, aquello que aparece es el hecho de multiplicar los riesgos de muerte para quienes, a los ojos de ese poder centralizado, atentan contra la vida de la población.

Este es el entramado que Foucault arma para pensar un poder, que no es “el Poder”, en tanto no es un sistema general de dominación que se ejerce sobre todo el cuerpo social unificadamente, sino que es múltiple ya que en él conviven distintas

relaciones de fuerzas immanentes que se constituyen en su organización, que pueden reforzarse, cambiarse o invertirse. Este Biopoder, que conjuga la anatomopolítica y la biopolítica, es decir, el cuerpo como máquina y el cuerpo en tanto soporte de lo viviente, supuso “un elemento indispensable en el desarrollo del capitalismo; este no pudo afirmarse sino al precio de la inserción controlada de los cuerpos en el aparato de producción y mediante un ajuste de fenómenos de población a los procesos económicos” (Foucault, 2008a: 133). “[F]ue nada menos que la entrada de los fenómenos propios de la vida en la historia –quiero decir, la entrada de los fenómenos propios de la vida de la especie humana en el orden del saber y del poder–, en el campo de las técnicas políticas” (Foucault, 2008a: 134). Pese a este control sobre la vida humana, ese poder –como se señaló antes– no es una propiedad, sino una posición estratégica que se ejerce; no es solo represivo, sino también productivo (una “población como máquina de producir todo, de producir riquezas, de producir bienes, de producir individuos, etc.” –Foucault, 2005: 24) y, finalmente, ese poder puede ser invertido, porque “donde hay poder hay resistencia, y no obstante (precisamente por esto), ésta nunca está en posición de exterioridad respecto del poder” (Foucault, 2008a: 91).

En síntesis, a mediados de 1970 Foucault presenta una matriz para analizar el poder moderno, que resultó imprescindible para la realización del capitalismo. En este diagrama describe cómo ciertas relaciones de fuerzas se empiezan a centrar en la vida, la intentan dominar, de modo que la incluyen como una variable necesaria. Hay, reconoce el filósofo, una biopolítica o biologización de la política. En este punto, resulta necesario recuperar otro elemento en el cual el filósofo se detiene: la primacía de la norma por sobre la ley. No es que esta última desaparezca, pero ella siempre es poco flexible y pone como horizonte irremediable la muerte. Pero un poder que incorpora la vida como componente fundamental de su accionar estará más interesado en hacer prevalecer lo viviente; este es su valor. “Un poder semejante debe cualificar, medir, apreciar y jerarquizar, más que manifestarse en su brillo asesino; no tiene que trazar la línea que separa a los súbditos obedientes de los enemigos del soberano; realiza distribuciones en torno a la norma” (Foucault, 2008a: 136). La ley, entonces, empieza a funcionar más como norma y “la institución judicial se integra cada vez más en un *continuum* de aparatos (médicos, administrativos, etc.) cuyas funciones son sobre todo reguladoras” (Foucault, 2008a: 136). Esto acontece porque lo que se empieza a percibir en determinado momento es que lo que se debe gestionar es lo abierto y la única forma es mediante un cálculo de probabilidades. Foucault va a hablar de “[s]erie indefinida de acontecimientos” (Foucault,

2011: 39). Y esos acontecimientos tratarán de ser regulados mediante un sistema de seguridad que, en definitiva, reconoce que el medio que regula no es sino polivalente y transformable. Entonces, el sistema de poder ya no es ni soberano ni disciplinario en primer término, concluye Foucault, es un poder que comienza a involucrar la vida y lo aleatorio.

Años más tarde, dirá Deleuze que la biopolítica refiere a la administración de multiplicidades abiertas que involucran poblaciones en un sentido amplio. Es decir, humanos, animales, cosechas. Es una planificación a través de cálculos probabilísticos, sin límites asignables (Deleuze, 2014: 366-372). Pese a esta aclaración e intencionada interpretación deleuzeana, el foco de Foucault nunca va a dejar de estar en el humano, en la población humana. Sin embargo, en la teoría biopolítica aparecen los aspectos que venimos pensando en relación con los saberes de época que habilitan líneas de poder. Fundamentalmente, encontramos que la biopolítica está pensando en la vida de la población, no en la vida de alguien. En este sentido, podemos vincularlo con la reflexión de una vida en sentido singular que se distingue de la vida individual. Son los médicos que salvan una vida y no la vida del villano de Dickens. Y eso que se busca sostener es lo que permite que se desenvuelva, que perdure, que se organice, eso del mundo que conocemos. Para Simondon, serán modos de individuación del ser; para Deleuze, la actualización del virtual; para Foucault, formas que adopta el poder. Pero en los tres, hay fuerzas que están en relación, no equilibradas del todo (podemos decir metaestables) que se afirman en su acto (en su actualización), pero que no surgen arbitrariamente, sin fundamento. Por el contrario, serán actualización de un virtual o individuación de un preindividual o una fuerza latente que se impone sobre otra.

5.2. Tecnologías sociales para potenciar la población: una lectura de “Neutralidad” de Marcelo Cohen

Marcelo Cohen, en su literatura de ciencia ficción, indaga no tanto el desarrollo de ciertos artefactos sino la tecnología social que atraviesa una sociedad y determina condiciones de existencia. Por ejemplo, el relato “Neutralidad”, incluido en *Los acuáticos* (2001), se desarrolla en un espacio liminar y desértico. El punto que une y divide una misma isla en dos y que es presentada, desde la perspectiva de la fuerza dominante, en los siguientes términos: por un lado, una media isla codiciada; del otro, una población atravesada por la “crueldad entre clanes y sexos, barbarie, matanzas, disolución,

estancamiento” (Cohen, 2014: 404). Los protagonistas de esta historia (la narradora, un infante de frontera, un hombre llamado Demetrio y un efebo hermafrodita) ocupan ese lugar intermedio entre ambos territorios, pues allí encuentran un sitio funcional dentro de una sociedad que los relega.

Estos cuatro personajes, marginales en su Estado, montaron una empresa privada, el SAT (Sistema de Asimilación de Tránsfugas), tercerizada por el gobierno, en particular la Secretaría de Migración, que cumple la función de entregar a los inmigrantes de la media isla más pobre “preasimilados” a la otra media isla más próspera. Dicha preasimilación tiene que ver con humillarlos, una humillación sexual. Estrictamente, quienes cumplen esa tarea son la narradora, que antes era una “metamasajista” profesional; Demetrio, para satisfacción de las mujeres tránsfugas, y el efebo, este último porque desconocían “el espectro pulsional de los tránsfugas” (Cohen, 2014: 409). Ellos son los encargados de actuar una insatisfacción sexual; a saber, cuando el inmigrante se involucra sexualmente con alguno de los tres (la narradora, Demetrio o el efebo), estos fingen que no se ha consumado realmente el acto. El tránsfuga se desespera, arremete, se afana en la tarea, pero queda reducido a la impotencia. Así se le causa una contusión, una herida que no se atreverá a mostrar nunca y, con ello, se neutraliza al tránsfuga, se lo somete. La finalidad de amilanarlo es para que no inocule formas en las conciencias de la comunidad a la que migra. De este modo, queda como un ser apocado y preparado para cumplir las tareas de una sociedad que, aunque aparenta expulsarlo, lo requiere para ejecutar los trabajos que los locales evitan hacer:

Los hombres tránsfugas hacían sin razonar ni lesionarse trabajos peligrosamente precisos que entre nuestros hombres causaban muerte y quebranto. Clasificar basura. Guiar la mano del oculista descorporizado que debe aplicar un láser a un trombo cerebral. Desactivar minas. Bañar perros guardianes. Tender cables subterráneos o subacuáticos. También hacían trabajos fáciles que nuestros hombres influidos por el mentalismo no llegaban a comprender, como discriminar el público a la entrada de los espectáculos de masas o transportar a hombros a gente con urgencias atrapada en atascos de tráfico; de paso les cortaban las uñas de los pies, repulsivo detalle de aseo que los mentalistas nunca saben cómo cumplir (Cohen, 2014: 403).

En esta historia, como en otras de Cohen (por ejemplo, “Cuando aparecen Aquéllos” o “Un hombre amable”), se tematiza la cuestión de la inclusión/ exclusión. En “Neutralidad”, se genera una xenofobia hacia una supuesta comunidad otra, aunque no lo sea realmente. De hecho, se deslizan comentarios que explicitan esa semejanza: “[n]uestros idiomas se parecen tanto, y las muchas diferencias son tan imperceptibles, que cuesta horrores no entender al revés o ligeramente mal lo que cuentan los tránsfugas”

(Cohen, 2014: 398). También se afirma que los tráfugas son igual de astutos y meticulosos en cuestiones de dinero, “[i]gual que los nuestros” (Cohen, 2014: 398). Incluso se reconoce que poseen “la nariz achampiñonada como la nuestra” (Cohen, 2014: 404). Pese a estas semejanzas, en la media isla próspera se muestran, a modo de adoctrinamiento, filmaciones espeluznantes sobre la otra parte territorial.

En este punto podemos recuperar el planteo de la guerra de razas que propone Michel Foucault para leer modos de construir una sociedad. En una misma isla se crea una frontera: un “desierto artificial” (Cohen, 2014: 404), “el desierto que tantas décadas costó crear” (Cohen, 2014: 395), “[m]illones de toneladas de arena traída de las playas de la isla debieron de hacer falta para crear este espectáculo fronterizo. No le salió mal al gobierno” (Cohen, 2014: 397), de modo de generar dos naciones. Así, disfrazada de diferencias, se gesta un racismo de Estado que supone una forma de relación interna dentro de la misma sociedad: instaurado un peligro social perteneciente al otro, al grupo ilegítimo, se instala un afuera del cuerpo social. Sin embargo, es tan evidente la similitud entre las dos mitades insulares que es necesario generar una exacerbación de un sentido racial. Esto se hace para provocar una cesura, una fragmentación, “dentro de un *continuum* biológico” (Foucault, 2008b: 230). Una vez realizado este corte, se plantea una relación bélica: desactivar al otro, matarlo o destruirlo de algún modo³⁰. No obstante, no es estrictamente una relación militar o guerrera, sino que remite a otro tipo de dominación. Nuestros cuatro personajes provocan un sometimiento particular: sin matar al otro “peligroso”, se le genera un debilitamiento, se lo deja devastado. Un sometimiento infundido en la conciencia que “lo obligará a estrellarse una y otra vez contra la falta que no podrá purgar nunca” (Cohen, 2014: 419), quedará “desamparado por el peso de una deuda (...) que le costará toda la vida” (Cohen, 2014: 419) y que es contraída con toda la población de la parte próspera. De este modo, se interviene sobre un plano vital de los tráfugas para evitar que inoculen en las conciencias esas “formas” otras, propias de ellos, que la media isla próspera valora como perniciosas³¹. Entonces, el ejercicio de

³⁰ Escribe la narradora: “A fin de cuentas hay en esto [el SAT] una parte de operativo de guerra; un fondo de servicio a la comunidad. De lo contrario no me habría tragado todos los pormenores de este sistema ni llegado a aguantarlos” (Cohen, 2014: 409).

³¹ Habla la narradora: “Algunos hubieran querido neutralizar mentalmente a los tráfugas; pero un tráfuga neutro no habría despertado en nuestra gente los sentimientos que necesitan experimentar frente a un tráfuga. Mucho mejor era doblegarlos. Desactivarlos. Demetrio dijo: hacerles un daño agudo, instantáneo, y lograr la interrupción definitiva del trasvase” (Cohen, 2014: 407). [Se refiere al trasvase de conciencia que lo explican como la introducción de “una barbaridad de puntos de vista”]. De este modo, solo se reduce lo que se considera peligroso del tráfuga y se le habilita el paso a la otra media isla, manteniendo otros factores que provocan repulsión, pero no son considerados riesgosos.

fuerza que se practica sobre el inmigrante es una modulación para incorporarlo a un sistema que lo requiere pues, gracias a él, se expande.

A partir de acá, podemos introducir que el manejo del plano vital ya no es estrictamente el cuerpo humano sino otra potencia, que pensaremos con Gilles Deleuze. Sin embargo, la intención con este recorte propuesto es mostrar cómo una ficción puede pensar un problema: el de la politización de la vida desde una tecnología social. En particular, esta ficción coheniana imagina y parodia dicho tipo de tecnología con humor y ridiculez, pero también con la feroz crueldad que involucra esa biopolítica. El interés de “Neutralidad”, en efecto, no está en el despliegue tecnológico entendiéndolo en términos de artefacto, es decir, como un conjunto de instrumentos o procedimientos industriales a partir de un desarrollo científico, sino en tecnologías sociales en tanto mecanismos institucionales. Este es un aspecto muy trabajado en la ciencia ficción de Cohen, que propone leer y pensar líneas tecnológicas que atraviesan la sociedad contemporánea a su producción sin esa fascinación por los artefactos, sino, en todo caso, una mirada sobre la condición humana en el vínculo con las determinaciones que la rodean. Igualmente, los aparatos tecnológicos están: se incluyen flaytaxis, chips, robotinas, robots orgánicos, una risa electrónica, incluso el infante en esta historia es descrito como un ciborg; pero el foco está en el despliegue social.

Entonces, para pensar esas tecnologías sociales se trabaja con tres ejes. En primer lugar, se traza un mundo: en este caso, una isla con desarrollos científicos que está dividida en dos; en el medio, un desierto artificial que funciona como filtro para que no se movilen libremente los pobres a la parte más rica. En segundo lugar, se inventan personajes, los cuales recuperan rasgos que reúnen los elementos propios de un contexto (la narradora, por ejemplo, es una marginada en su media isla pero esta puede –por el lugar de pertenencia– idear una empresa que discrimina, a su vez, al otro externo). Por último, se crean condiciones relacionales para pensar las tecnologías sociales en cierto sentido coetáneas a la publicación, pero exacerbadas. De esta forma, mucha de la literatura de ciencia ficción de Cohen desarrolla un núcleo tecnológico propio de un colectivo social.

Con estos tres ejes (mundo, personajes y relaciones) se hace un recorte, y como tal una abstracción, pero se generan perceptos y afectos para poder pensar algo. El foco en “Neutralidad” no reside especialmente en el tema de la exclusión/ inclusión, menos aún sobre el despliegue de artefactos sofisticados. Hay primero, como en toda la literatura de Cohen, un ejercicio de pensamiento sobre el lenguaje (que trabajaremos en otro

capítulo) y luego la reflexión sobre un tema. En este segundo aspecto, el relato es una lectura de época que permite pensar articulaciones sociales y leer condiciones de existencia: en este caso, un mecanismo tercerizado por el Estado que gestiona estratégicamente planos vitales del humano para ser potenciados en una comunidad, como recursos poblacionales; y aquellos que no pueden ser agenciados serán excluidos, abandonados o librados a su suerte.

5.3. Tecnologías gubernamentales de seguridad poblacional: una lectura de *Borneo* de Oliverio Coelho

Otro ejemplo de una ciencia ficción que indaga condiciones de vida en un orbe determinado no solo por inventos científico-tecnológicos sino también y, fundamentalmente, por técnicas para generar un orden de mundo es *Borneo* (2004) de Oliverio Coelho, novela enmarcada dentro de un universo futurista manipulado por un control sanitario estatal.

El héroe de *Borneo* es Ornello Balestro, quien es sometido por un servicio de salud pública que lo único que parece querer practicar es una eugenesia. Si bien en un principio el lector puede desconfiar, por cierta predisposición mentalmente inestable del protagonista, del grado de persecución del Servicio Médico Obligatorio (S.M.O.), ya avanzados los capítulos no quedan dudas de que existe un sistema ominoso, capaz de debilitar a aquellos humanos considerados poco deseables o riesgosos para una estrategia política que se empeña en moldear un tipo de sociedad. De hecho, el título de la novela nos orienta en esa lectura. En la contratapa, el lector se encuentra con la siguiente información:

bornadizo, -a (de ‘bornear¹’) adj. *Fácilmente doblable.*

borneadura (de ‘bornear²’) f. *Borneo.*

bornear¹: (de ‘borne¹.’) 1. tr. **Doblar o *curvar una †cosa.* / prnl. *Particularmente, *combarse la madera.* 2. tr. **Apartar una †cosa.* 3. **Mover una †cosa, por ejemplo los sillares, a un lado y a otro, para *afirmarla perfectamente o *encajarla en el sitio que va a ocupar.* 4 (Sal.) *Hacer pasos en la danza.* 5. Mar. *Girar el buque sobre sus amarras estando fondeado. / Mar. Cambiar de dirección el *viento.*

bornear² (del fr. ‘bornoyer’, der. de ‘borgne’, tuerto) tr. *Mirar con un solo ojo, por ejemplo a lo largo del borde de una cosa, para apreciar si está *recta o plana, o a lo largo de una fila de cosas para ver si están alineadas ≈ Retranquear.*

borneo m. *Acción y efecto de bornear(se).*

En estas acepciones, una que se reitera y destaca es la cuestión del “doblar”, “combar”, “encorvar”. Se podría pensar si es esto lo que se hace con Ornello: doblegarlo y, por

derivación, también a muchos habitantes de esa urbe. A su vez, se puede tomar el segundo sentido de “bornear”, el que refiere al observar el grado de rectitud de un cuerpo, hecho que puede interpretarse –en el contexto del libro– como una mirada superior que controla la rectitud o la curvatura de una superficie, de un cuerpo mirado como objeto. En este último caso, podría entenderse como modo de regulación de un sistema.

Asimismo, para reflexionar sobre el sentido del título, se puede recuperar la cita de Stéphane Mallarmé con la que se abre el libro: “Une borne a l’ infini”. La cita no está traducida, pero una traducción posible podría ser la siguiente: “un límite al infinito”. ¿Qué infinito? ¿Acaso el devenir?, ¿la potencia?, ¿la vida? En efecto, establecemos una relación con las significaciones del título: el doblegar a alguien, el gobernarlo y el limitarlo. Esta idea, proponemos, es una línea de lectura para la historia de Ornello Balestro, dominación que acontece mediante un control sobre su salud, el cual no parece sino un modo de conducir al individuo y administrar una sociedad. Sobre el S.M.O. podemos leer:

[Ornello] no tenía dudas de que el S.M.O. era un instrumento estratégico para desarmar a los sanos de manera moderada y legal, e ir moldeando en las orillas una sociedad genuflexa (Coelho, 2004: 13).

Lo que había ocurrido con las muelas ilustraba muy bien el mecanismo... Había una correa infernal que cada diez años se ponía en marcha hasta borrar de un hombre, en un periodo de veinte o treinta años, las reservas de humanidad (Coelho, 2004: 13).

[Las operaciones indicadas] siempre encubrían una intervención perversa destinada a menguar la voluntad y desgastar el suelo de la razón (Coelho, 2004: 13).

Y si bien tales ideas podrían no ser extrañas en una persona paranoica, el narrador en tercera persona desliza comentarios que evidencian que la percepción no es solo de Ornello:

Le habían sacado [a Ornello] dos muelas incorrectas –maxilar superior e inferior izquierdo, justo del lado en el que se había acostumbrado a masticar–, y ese hecho, con el agravante de que debería entregarse a las zarpas de la odontología una vez más para que le extrajeran las muelas *apropiadas*, no podía traducirse sino en una pendiente obsesiva de persecuciones y abusos (Coelho, 2004: 10).

Ni siquiera se le ocurrió [a Ornello] la pregunta más elemental: ¿cómo un profesional de trayectoria, seleccionado por el Estado, había cometido una negligencia tan gruesa? Ya que la pulsión medicinal no garantizaba equidad ni constancia en la virtud adquirida y, por el contrario, en frascos y probetas universalizantes cobijaba la más ingeniosa amenaza contra el género, podía empezar por preguntarse cómo él, que siempre había desconfiado de asuntos burocráticos como el Servicio Médico Obligatorio, se había expuesto sin recaudos (Coelho, 2004: 11).

Estas dos últimas citas pertenecen al comienzo de la novela, cuando el lector se entera de una intervención bucal poco feliz y su pronta presentación ante otros consultorios. Así es el paisaje del que el protagonista busca escapar porque sabe que, si no huye, puede terminar de un modo funesto. Ornello no está pensando con ello en la muerte azarosa, aquella que podría agazaparse en cualquier calle ignota y en horas oscuras; tampoco en la muerte por vejez; de hecho, esta le es desconocida y duda de su existencia real, ya que conjetura que es un invento del Estado para asustar a los ciudadanos. Nuestro héroe tiene un temor muy concreto: aquel que refiere a las supuestas enfermedades o achaques, debido a que, con un diagnóstico así, los habitantes reciben un acta de exclusión que los condena a ir a los territorios paralelos. En estos sitios están los centros de rehabilitación donde funcionan campos de concentración en los que se albergan individuos indeseables para esa sociedad. Tales diagnósticos los determina el S.M.O., institución que decide si se renueva el derecho de permanencia “libre” de los sujetos dentro de la comunidad o, por el contrario, si se resuelve su traslado a los “centros de recuperación y protección”. Podemos ir comprendiendo, entonces, que la sociedad en la que se inscribe la novela supone un Estado que contempla distintos mecanismos de poder, entre los cuales considera un poder no tanto sobre sujetos civiles, sino especialmente sobre individuos vivos.

En realidad, la racionalidad del poder estatal en *Borneo* debe entenderse como la de un Estado que incluye, por un lado, una cuestión individual y, por otro, todo el conjunto poblacional. Sin embargo, particularmente, el segundo libro de la trilogía focaliza en un individuo: la historia de Ornello Balestro y sus controles médicos para mantener o no su presencia en el lado “correcto” (por oposición a los territorios paralelos). Ahora bien, en perspectiva, esto es considerando el primero y el último libro de la trilogía, *Los invertebrables* y *Promesas naturales* respectivamente, se entiende que en *Borneo* observamos un ejercicio del poder estatal sobre los individuos para salvar a la población humana en general. Hay un nivel amplio que implica, a su vez, una mirada sobre cada uno de los sujetos como parte de ese todo. Este foco individualizante se centra en la salud, la salud de la persona en cuanto ser vivo: observar su progresión para comprobar que no se esté menoscabando –desde la perspectiva perfeccionista del Estado– su humanidad. El temor estatal es la extinción, por ello, cuida minuciosamente a los humanos “adecuados” y los que se van deteriorando son excluidos a los territorios paralelos para evitar malformaciones y cruces inadecuadas. En definitiva, esa atención gubernamental sigue

un “plan de reproducción y perfeccionamiento de la especie” (Coelho, 2006: 91) para conjurar la extinción.

Entonces, este poder estatal que aparece en la trilogía actúa, en un nivel, sobre los individuos como sujetos vivientes, no civiles; en otro, se reconocen ciertos derechos, pero solo en el caso de los humanos “calificados”, es decir, los que pasan exitosamente las distintas revisiones del S.M.O. Esa mirada individualizante sobre lo biológico es una preocupación por el colectivo humano. De modo que los individuos son considerados en su vínculo biológico dentro de ese espacio en el que habitan. Así, el Estado actúa, mediante relaciones sociales, políticas y biológicas, pensando en la especie. Por ello, podrá decidir la conveniencia del sacrificio de algunos, como ser los enfermos o los viejos, para la supervivencia de los humanos “idóneos”. La población en términos vitales es un problema de un poder centralizador que ordena políticas sobre la vida. Hace vivir y deja morir: cuida especialmente a algunos y aparta a otros para abandonarlos a su suerte. Entonces, lo politizable está en un plano de la vida, una vida de la especie.

Ornello Balestro es como cualquier otro humano que habita la ciudad. De hecho, las distintas confusiones con su nombre (en vez de Balestro, le dicen Balestri: esto ocurre en la consulta médica al ortopedista, con su vecino y con el niño Cristino que lo ayuda a huir de su vecino traficante) y la falta de importancia respecto a su identidad y el pasado propio (nadie tiene familia porque el Estado se apropia de los chicos desde muy jóvenes para asignarles un tutor estatal y, así, perder las señas de los orígenes –Coelho, 2004: 76–) evidencian que la dominación no es sobre un ciudadano sino sobre un viviente humano. El interés sobre el cuerpo biológico individual, que importa en tanto es parte de la población de la especie, remite a un gobierno que piensa su potencia a través de la vida. Así, el Estado defenderá la vida en tanto potencia de sí mismo. Para ello favorecerá la salud de los humanos deseables y luchará tanto contra los peligros externos (otras subespecies, como los lotarcios, ñatitos, pizpiretos o ilotas) como contra los internos (humanos enfermos, débiles o viejos).

Entonces, si leemos esta trilogía de Coelho en diálogo con la temática biopolítica, observamos una fantasía crítica del entramado de relaciones sociales atravesadas por dimensiones físicas, fisiológicas y simbólicas. En efecto, la cuestión de la vida y lo vivo se considera desde un plano tan relevante como otros para pensar las tecnologías de gobierno, por eso el control de la salud de los habitantes de la ciudad ya no puede ser ignorado.

Entonces, en la trilogía, la salud de los humanos es crucial. Los exámenes periódicos del S.M.O. están pautados por un calendario estatal que supone un incremento con el paso de los años. Por ejemplo, “las pericias ortopédicas, juntos con las de audición y fertilidad, se agregaban cuando el ciudadano entraba en la madurez, esto es al tercer S.M.O.” (Coelho, 2004: 22). A su vez, otra intervención estatal que afecta a la supervivencia se relaciona con los lazos afectivos. En esa sociedad nadie tiene familia porque el Estado, desde la niñez más temprana, como se mencionó antes, se apropia de las personas. Tampoco las relaciones amorosas acontecen libremente. En otras palabras, los vínculos afectivos están sujetos a un fuerte control estatal en pos, tal vez, de omitir ciertas emociones que podrían fragilizar alguna potencia de lo vivo según esta perspectiva que presenta la novela. En definitiva, el individuo humano, en tanto parte de la especie, es un elemento basal respecto a la reflexión de cómo gobernar.

Sin embargo, el foco del gobierno no está en el humano viviente individual sino en la población humana en su conjunto. El sujeto es un individuo dentro de la población, pero inferior respecto de ella. Solo sirve como un elemento para gobernar el conjunto. Ese conjunto humano es la preocupación última: salvar la especie, reproducirla, acrecentarla. Por ello, no es sino la misma población humana la que el Estado usa para alcanzar su objetivo. La población es fin e instrumento. De esta forma, podríamos decir que en la novela se presenta el problema de un ejercicio del poder que se define fundamentalmente no por su territorio y sus leyes sino por la población que administra. Es, en palabras de Foucault, una “gubernamentalización del Estado” (Foucault, 2011: 136-138).

La “gubernamentalidad”, como explicita Pablo de Marinis, es un neologismo compuesto por la idea de gobernar/ gobierno/ gubernamental y el sustantivo “mentalidad”. De modo que se reconocen, por un lado, el ámbito y el objeto del gobierno y, por otro, el tipo de mentalidad, de manera de pensar, que debe usarse para gobernar (De Marinis, 1999: 11). En 1978, en un curso que hubiera podido nombrar con esa palabra, Foucault explica el concepto de “gubernamentalidad” señalando tres puntos. En primer lugar, como un ejercicio de poder mediante instituciones, procedimientos y tácticas que tienen como centro la población y los dispositivos de seguridad para promoverla. En segundo lugar, como una “línea de fuerza” que conlleva el tipo de poder que se conoce, en Occidente, como “gobierno”, lo cual implica no solo distintos ejercicios de poder que incluye la soberanía y la disciplina sino también un despliegue de diversos saberes que acompañan tal ejercicio. Finalmente, como resultado de un proceso que

concluye en lo que Foucault reconoce como un Estado administrativo. Entonces, se identifica como gubernamentalidad al modo de gobernar las conductas que tiene a la población como centro de preocupación sin por ello implicar un reemplazo del poder soberano o disciplinar, sino que, en todo caso, se admite una convivencia triangular que incluye “soberanía, disciplina y gestión gubernamental” (Foucault, 2011: 135).

Todo este entramado complejo de las relaciones de poder que llega a describir Foucault a fines de la década de 1970 incluye –insistimos– dimensiones simbólicas, físicas y fisiológicas que no piensa solo ni finalmente en el individuo, sino que es una intervención política que considera a la naturaleza humana como un medio más para el ejercicio del poder de gobierno. Es decir, hay una potencia de Estado que se persigue y que toma, para aumentar su extensión, lo vivo que, en Foucault, será analizado en términos de lo humano, pero que teóricos posteriores (como Deleuze y Guattari) ampliarán también en lo no humano y no necesariamente en términos estatales. En particular, en el análisis literario que proponemos, el individuo (como Ornello) es un instrumento dentro de la población humana que se gobierna para salvar un poder que logrará aumentar o no su potencia dependiendo de su arte de gobierno.

Las dos narraciones que recorrimos en este capítulo muestran una percepción sobre un orden de mundo en el que se empieza a incidir sobre el individuo humano y su humanidad no como algo que concluye en él, en su cuerpo individuado, mucho menos en su racionalidad, sino como reservorio de un plano potencial de lo vivo. Ese plano parece ser el espacio de lo politizable, de aquello que puede organizarse para afectar y ser afectado con el fin de la expansión de una potencia, de una potencia de ser. Ahora bien, Foucault propone un modo de leer esa politización de la vida en el sentido de la especie, pero esa vida, o lo vivo, no necesariamente se sitúa, en la época en que proponemos el análisis, exclusivamente en el individuo humano. De hecho, desde mediados del siglo XX, lo que puede vivir, crecer, expandirse o considerarse como potencia de ser supone fundamentalmente aquello que logra organizarse, que arma una consistencia a partir de un pasado (por ejemplo, el preindividual simondoniano) y que puede seguir en su despliegue. En este sentido, nos interesa poder pensar que la politización de lo vivo, si

bien se lee en la preocupación del individuo humano, también se reconoce en otros planos en los que el poder está en disputa.

Capítulo 6

Sobre la tecnificación de lo humano³²

La técnica –osamenta del proceso– no puede ofrecer valores, solo conducirnos a otro nivel de organización.

Christian Ferrer, *El entramado. El apuntalamiento técnico del mundo*, 2011

6.1. Intervenciones para expandir los límites

Llegados hasta aquí hemos planteado las bases de la reflexión que nos interesa pensar: una politización de la vida entendiendo este último término no exclusivamente en el plano biológico y humano sino también en otros niveles, como el físico y psíquico. A su vez, comprender que ese interés sobre lo que se organiza y puede devenir refiere a una lucha de fuerzas existentes en el mundo conocido.

Así, lo humano y la vida son, en el periodo analizado, pensados y entendidos por varias disciplinas de otro modo respecto de la modernidad, lo cual no implica que el humano y su cuerpo dejen de existir, o que dejen de ser vigilados o disciplinados, sino fundamentalmente que son considerados desde otra perspectiva. En este sentido, no es la condición biológica ni de especie –propuesta por Foucault con la idea de la biopolítica– aquello que provoca mayor interés por parte del poder dominante de fines del siglo XX y principios del XXI, aunque ambas cuestiones pervivan aún. En este momento, por el contrario, la inclinación de dicho poder radica en una nueva concepción de lo que vive, entendiendo la vida como una fuerza que permite que algo sea y devenga, ya sea en el humano, ya sea en la máquina, o en cualquier cuerpo que pueda lograr una organización. En otras palabras, es un interés por aquello que pueda constituir una forma, porque, en definitiva, parece reconocerse que es eso lo que permite expansión y devenir.

Ahora bien, esta perspectiva, en un sentido esquemático, puede reducir la vida a la idea de forma y de información para intervenir de manera bien concreta e invasiva sobre lo considerado tradicionalmente viviente. Para ello, se concibe una tecnificación de la vida en niveles cada vez más microscópicos, con lo cual se logra, de modo más

³² En este capítulo, luego de haber mostrado que la politización de la vida la comprendemos como un proyecto de control sobre lo que logra un grado de organización y deviene, presentaremos cómo opera de manera concreta ese poder sobre lo viviente humano pensado como forma e información. Esto lo analizaremos con cuatro tipos de intervenciones sobre el cuerpo: los fármacos, la manipulación genética, las cirugías estéticas y las prótesis. Cada una de esas manipulaciones tendrá uno o dos correlatos literarios.

eficiente, una intromisión en los componentes de aquello que actualiza *una* vida. Cuando hablamos de “tecnificación de lo vivo”, entendemos la “tecnificación” no exclusivamente en el sentido de aparatos sofisticados, sino en la idea de técnica o saber aplicado hacia una finalidad. Al respecto, en tanto el objetivo del poder es integrarse en líneas de potencia, de diferenciación, se observa que su finalidad es hacia una expansión ilimitada; es decir, una búsqueda del devenir que parte de un limitado pero que trata de alcanzar conexiones que superen, constantemente, esas limitaciones. Sin embargo, veremos en otro capítulo que hay distintos modos de entender ese infinito. En particular, en el caso del humano viviente, en términos biológicos, el individuo puede intervenir y abrir esa individualidad hacia nuevas posibilidades inmediatamente no previstas en su corporalidad primera.

6.2. Los fármacos y su aparición en “El fin de la palabristica” y “Neutralidad” de Marcelo Cohen

Paula Sibilia analiza en su tesis de doctorado el interés del capital ya no el disciplinamiento de un cuerpo o en el encierro de este sino, por un lado, en el modelado del organismo humano individual y, por el otro, en una intervención “en el sustrato biológico de la especie humana” (Sibilia, 2006: 230). Cuestiones que, en un aspecto, ya en la primera década del siglo XXI, resultan posibles porque, al conocer con mayor exactitud cómo es la constitución molecular del humano, y al haber codificado mucho de aquello que lo constituye, la modificación puede apuntar a componentes precisos y, como tal, resultan objetivos de más fácil aprehensión.

Una de las formas de acción sobre lo humano viviente es la industria farmacéutica, negocio muy desarrollado en el periodo en el que nos situamos para actuar tanto sobre la psiquis como sobre los cuerpos con diversos objetivos: tranquilizarlos, estimularlos, aumentar la masa muscular, reducir la grasa, aplacar dolores físicos, modificar las hormonas... Este modo de intervención química sobre aspectos puntuales del ser humano no indaga causas, solo atiende un síntoma, lo cual evidencia –reconoce la antropóloga– la exclusión de la dimensión interior o relacional del sujeto, que reconocía la modernidad en una línea psicológica o social, para privilegiar, por el contrario, el plano de lo biológico. De esta forma, la acción es más inmediata, concreta y eficiente en tanto se actúa directamente sobre cualquier malestar o inconveniencia propia o social. En este sentido, se observa una concepción sobre el padecimiento como algo indeseable, por ello,

como escribe Robert Castel, cualquier sufrimiento es visto como “una disfunción, un desvío que puede (y debe) ser eliminado” (Sibilia, 2006: 236). Pero tal intervención no es menor ni pasajera, ya que los nuevos psicotrópicos u otro tipo de medicamentos más físicos son lo suficientemente eficaces para generar cambios profundos tanto en la personalidad como en la constitución biológica. Es por ello que autores como Sibilia afirman que los cuerpos y las mentes se están reprogramando.

Ya en *Un mundo feliz* de Aldous Huxley, de 1932, aparece esta posibilidad de ingerir una droga para vivir armónicamente en el mundo en el que se está. El soma es para todos los habitantes y es presentado en la novela como un factor directo de control estatal. Ahora bien, este fármaco es distribuido a todos los habitantes de ese mundo y presentado unidireccionalmente como uno de los síntomas de esa distopía. Sin embargo, en nuestro periodo analizado, no encontramos ese uso “medicinal” como algo tan claramente controlador y distópico, sino como un elemento más que circula no imperiosamente para todos y con fines diversos, más o menos banales, dependiendo del caso. No hay un Estado proveedor sino un mercado de consumo en el que los organismos participan como un objeto más. A su vez, esos fármacos se consumen en un espacio que no es ni utópico ni necesariamente distópico, solo están allí para quienes puedan consumirlos.

En algunos de los relatos de *Los acuáticos*, de Marcelo Cohen, aparece el uso de píldoras que permiten sobrellevar adecuadamente –según cierta valoración– la existencia. Por ejemplo, en “El fin de la palabrística”, se mencionan dos territorios propios de esa isla: el afuera (los suburbios) y el adentro de la ciudad. El primero es marcado en su primitivismo en oposición a los avances que la urbe ostenta sin ningún tipo de culpa:

Se sabía que en las afueras había crímenes violentos; ése era el territorio de los sacrificios. Dentro de la ciudad el síndrome habitual se manifestaba en mareos, hipersensibilidad, aumento o reducción de la frecuencia cardíaca, sudoración, desequilibrio, impotencia motora repentina, parálisis del habla. Para mitigarlo había *pastillas*. O el masajeador de yemas de dedos (las cursivas son nuestras. Cohen, 2014: 314).

Esos paliativos farmacológicos también aparecen en “Neutralidad”; relato en el que se menciona la existencia de comprimidos con distintos usos: “una pastilla para comer con ganas, una pastilla para los sueños necesarios. Una pastilla para no paralizarme en el salón tapizado del burdel” (Cohen, 2014: 408). Sin detenerse especialmente en esta cuestión, pero como particularidad propia de aquello que expresa ese mundo de ciencia ficción, se parodia la existencia de este tipo de ingestas para cualquier propósito, incluso

bien absurdos. De este modo, podemos observar, en estos relatos de *Los acuáticos*, una mirada filosa sobre el consumo y la diferencia social, en tanto la batería de comprimidos remite a la plenitud de la existencia. Una plenitud que evidencia no solo cierto temperamento de época: sobrellevar la vida sin sufrimiento, sin titubeo, funcional al sistema mercantil tanto laboral como social³³, sino también condiciones de inclusión o exclusión.

6.3. La manipulación genética y el caso de *El corazón de Doli* de Gustavo Nielsen

Otra línea de acción sobre lo humano es la intervención sobre los embriones, por ejemplo, para erradicar enfermedades genéticamente hereditarias, lo cual permite expeler la “falla”, afectando tanto al individuo como a toda su descendencia. A partir de dicha “programación” de un cuerpo, surgen al menos dos planteos: uno refiere a la denegación del azar del que hablan Stephen Jay Gould y Héctor Schmucler, tal como presentamos en páginas precedentes, y otro, al considerar desde el inicio que el embrión carga con una potencial enfermedad. De hecho, al menos desde la última década del siglo XX, como recupera Sibilia, la ciencia médica incorporó en su terminología palabras como “propensión”, “probabilidad”, “riesgo” y “tendencia”, términos que llevan a incluir a todos los humanos como potenciales enfermos, porque si bien no todos los individuos presentan “errores” en sus códigos, “todos los seres humanos tienen probabilidades, en menor o mayor grado, de enfermarse y morir” (Sibilia, 2006: 248-249). La enfermedad, explica la autora, se vuelve algo endémico, aunque no se manifieste; por eso, todos deben poseer un seguro de salud ya que todos los seres humanos son virtualmente pacientes. A partir de esta idea, los individuos desde el siglo XXI deben, señala Sibilia, “conocer sus tendencias y administrar sus riesgos”, porque la sociedad los hace responsables a ellos de su propia vigilancia y de la seguridad poblacional. Así, en tanto el poder que se propaga es el de la vida, el imperativo es el de la salud, y ello nos hace responsables a nosotros no solo de nuestra salud/enfermedad, sino también de la que leguemos al futuro.

En *El corazón de Doli*, de Gustavo Nielsen, aparece el imaginario de cierto tipo de manipulación genética que lleva tanto a la sátira³⁴ como a la reflexión dramática sobre este tipo de práctica. La historia está situada en un futuro en el que la criogenia es una

³³ Al respecto de la cuestión de la negación del dolor en la época analizada, véase Ferrer, 2011.

³⁴ El vínculo entre la sátira y la ciencia ficción es destacado por Daniel Link. Y uno de los puntos de ese contacto refiere a la crítica al presente de la producción (Link, 2003: 122 y 128).

técnica cotidiana; avance científico que, en la novela, se entiende como el conjunto de técnicas usadas para enfriar un material vivo, como las células de diversos organismos vivientes, para su conservación y luego la reanimación de dicho material.

El corazón de Doli tiene como narrador a un reproductor, quien ha hecho varias de esas manipulaciones genéticas en La Magdalena, localidad veraniega de la provincia de Buenos Aires en la que se ubica la ficción. Una de estas manipulaciones es el caso de Dolores, segundo clon de su madre, Pepa, que, a diferencia de su progenitora y el primer clon de ella, fue manipulado genéticamente para no tener una sonrisa encantadora ni la propensión al cáncer. En particular, Dolores es un clon R, es decir, un repuesto vivo de órganos para la primera hija clonada de Pepa, Sofía, quien sí heredó la belleza, la sonrisa y los genes cancerígenos, pues, con este primer clon, la decisión fue no hacer modificaciones. En el caso de Dolores, su mejora genética la lleva al sacrificio: Dolores va a ser “usada” cuando su hermana necesite sus órganos aunque esto signifique su vida, tal como termina ocurriendo. Este caso, si bien no es el único³⁵, es el más dramático de la historia, porque Dolores se entera de esa situación de ser pieza de recambio pocos días antes de tener que entregar su vida.

A su vez, la manipulación se ve en vivientes no humanos, por ejemplo, los pollos de Mc Pollen Fritten, una cadena de comida rápida, que comerciaba unos pollos clonados y manipulados para que no tuvieran ni huesos ni plumas ni patas ni picos ni ojos (Nielsen, 2010: 36). En definitiva, se presenta una sociedad futura en la que la información genética de un organismo viviente puede ser diseñada siguiendo los caprichos más egoístas, ya sea de individuos ya sea de corporaciones. De hecho, así lo manifiestan las supuestas palabras de Philip Kitcher, filósofo inglés especializado en la filosofía de las ciencias, en un pedestre programa de televisión llamado “Utilísima Satelital” que aparece en la novela. Las palabras del académico reproducidas son las siguientes:

Las enfermedades genéticas se están convirtiendo en enfermedades de clase baja, porque los ricos las evitan desde el enriquecimiento del genoma. El interés por encontrar métodos de tratamiento o proporcionar ambientes de apoyo para lo que sufren esas enfermedades ha desaparecido por completo (Nielsen, 2010: 160).

El caso de Dolores, los pollos y los comentarios de un versado en la manipulación genética, entre otros, proponen, en esta novela de Nielsen, cierta mirada crítica en un momento en el que se teme que el despliegue científico no se corresponda con reflexiones

³⁵ También está el de Sergio y Víctor, el del botero que huyó para liberarse de ser repuesto de su hermano o los diez clones del señor Coto.

éticas. Una desarticulación que, en *El corazón de Doli*, presenta consecuencias poco deseables, tanto individuales como sociales, desde la perspectiva humanista. Sin duda, porque esa ya no parece ser la perspectiva del desarrollo tecnológico, aunque el observador/el lector contemporáneo a la obra arrastra valoraciones que piden ser consideradas con los nuevos desarrollos.

6.4. Las cirugías estéticas y su representación en “Variedades” de Marcelo Cohen y *El corazón de Doli* de Gustavo Nielsen

Una tercera intervención sobre lo humano que se empieza a extender en Argentina, especialmente desde la última década del siglo XX, es la cirugía plástica, surgida inicialmente para reparar daños causados por factores como la guerra. Sin embargo, lo que comienza a acontecer es que, mayormente, dichas cirugías son hechas sobre cuerpos que no sufrieron ningún tipo de damnificación, pero se realizan para modificar una estética corporal que se supone insuficiente según los patrones de belleza y de deseo. Otra vez es el cuerpo biológico el que prima, negándose la dimensión subjetiva. En este punto, Flavia Costa evidencia la presencia de un nuevo régimen social: el de la “aparición espectáculo”, en el cual “[e]l cuerpo ya no es abordado principalmente como valor de uso ni como valor de cambio (es decir, como fuerza de trabajo), sino como valor de exhibición, y en tanto tal se le extrae una nueva plusvalía” (Costa, 2008: s/n). Según este régimen, el cuidado del cuerpo individual ha pasado a ocupar una preeminencia exagerada a través de diversas industrias como la cosmética, la quirúrgica, la gimnástica o la dietética. Prácticas de orden estético que, no obstante, afectan directamente sobre una competitividad social ya sea en lo laboral, en el status o en el mercado del deseo y, como consecuencia de ello, en su psiquis. El ideal en este punto se dirige hacia ciertos patrones de belleza y hacia el juvenilismo, de modo que todas las intervenciones en esta línea espectacular focalizan en el cuerpo y en la imagen como valores fundamentales de la existencia social³⁶.

Se ignora, entonces, una dimensión interior del sujeto –la cual, en otro momento de la historia, podía ser considerada más auténtica–; lo primordial, en este contexto, es el cuerpo-imagen. Costa plantea que “ya no habitamos un cuerpo ni tampoco tenemos un cuerpo, sino que somos un cuerpo. Sólo que en clave genética y quirúrgica” (Costa, 2008:

³⁶ También refiere a esto Christian Ferrer cuando advierte que al factor dinero como diferenciador social, se suman los valores de la belleza y el cuerpo joven (Ferrer, 2011: 28-29).

s/n). En definitiva, este tipo de intervenciones sobre el cuerpo (así como con los genes) no hacen sino habilitar y reforzar el control permanente que requiere la sociedad para expandirse en su plusvalía. “[T]écnicas de prevención y mejoramiento continuo de la salud, de la imagen y de la composición ‘biológica’” que los ciudadanos deben gestionar y financiar ellos mismos para ser parte integrante de una sociedad que continuamente amenaza con excluirlos (Costa, 2008: s/n). Una expansión que no sigue patrones biológicos ni humanos, sino de consumo, y un consumo que no siempre es tan banal como podríamos pensar, porque lo puesto en juego no es solo una cuestión estética, sino un nuevo orden que, disimulado en lo superficial, se redirecciona.

En 1998, es publicada la *nouvelle* “Variedades” de Marcelo Cohen. Allí se cuenta, en primera persona protagonista, la historia de las transformaciones de un cuerpo. Este personaje sin nombre, un hombre, es contratado por una empresa para ser reemplazante de una celebridad: el barón Ignazio de Marut, un excéntrico que se ve imposibilitado a cumplir todas las demandas del mercado de la visibilidad. Entonces, la empresa CUALO S.A. decide contratar a un hombre sucedáneo, un cualquiera con similitudes físicas que serán retocadas por cirugía plástica para que el parecido acabe en identidad. Este es el principio de nuestro hombre sin nombre que de aquí en más será un bis. Ahora lo podríamos llamar Ignazio de Marut, pero el sosías. Esta historia se duplica en un femenino: la esposa de Ignazio, Finita Vitasti, y su copia, Mansi. Para ambos bises, la cara será, entonces, la posibilidad de acceder a otra vida, más exitosa socialmente según un sistema.

La cirugía parece ser, en este sentido, la puerta de acceso a posibilidades; en este caso, la fama y, con ello, el mundo del espectáculo. Los reemplazantes deben asistir a reuniones con otros famosos, aunque en esos encuentros que presencian los dobles se cruzan con otras figuras que quizá también sean reemplazantes. No importa en absoluto; dichos eventos no son organizados “en provecho de los concurrentes sino para informar al público sobre una idea de la diversión y el atuendo” (Cohen, 1998: 29). Por ende, una cirugía en esta ficción es, para quienes se la hacen, no solo un ingreso a un universo, sino también el sacrificio de algo propio, en tanto se genera, al menos en un nivel, la renuncia de cierta cuestión ingénita. Es una apertura del cuerpo hacia una simulación hecha fundamentalmente para otros pero que termina siendo también para sí, porque, más allá de esta farsa representada por la figura de los reemplazantes, lo mismo ocurre con el barón y su esposa: ellos son un producto de consumo para un público, pero no solo les venden una imagen a los otros, ellos adoptan una personalidad y se convierten en sus propios

personajes. Paula Sibilia expone que, en esta nueva época, distinta de la modernidad, se construye un tipo particular de subjetividad, la cual se instituye en la visibilidad y de acuerdo a la demanda del otro. Es una “subjetividad alterdirigida” que contrasta con aquella propia de la era precedente, la cual se erigía en soledad y la intimidad de un espacio cerrado –“subjetividad introdirigida”– (Sibilia, 2009: 127; 266-267). Esa construcción para el otro propia del nuevo milenio es, explica Sibilia, la elaboración de un personaje, el cual se diferencia de la persona en tanto hay otro que lo sostiene (lo lee, lo ve...). Pero ese personaje no distingue una perspectiva interior (lo que es) y otra exterior (lo que representa) sino que ambas, concluye la autora, coinciden; esa persona es, desde esta perspectiva, un personaje.

En “Variedades”, tenemos el sacrificio de los rasgos personales a partir de una transformación quirúrgica como también la hipoteca de una vida a favor de la visibilidad³⁷. Con estos elementos temáticos fundamentales se erige esta, mayormente, distopía de Cohen, planteada de manera absurda y en diálogo con el principio de esta tendencia que pone en valor la visibilidad por sí misma, sin importar siquiera si esa visibilidad responde a una obra que lo respalde. Es, de este modo, una forma en que el poder de la espectacularidad construye un valor y vacía de consistencia lo que se presenta, ya que no hay nada ahí o si lo había (como puede ser el dinero para el barón y su esposa) se lo adultera contratando a los reemplazantes, perdiendo el contenido que pudiera haber; en definitiva, es valioso solo por ser visible. A los sucedáneos se los transforma en una existencia que no es la suya. Primero, con la intervención quirúrgica ya que, gracias a esa operación, se consigue una imagen diferente a la propia, se entra a un mercado de consumo social muy valorado y se adquiere “una existencia”. Luego, con el accionar: deben comer ciertos alimentos, entrenarse, aparecer y actuar de una manera determinada por la empresa CUALO S.A. Los personajes, sucedáneos o no, se someten en favor de ese afuera del capital. Con ello, se testimonia, podemos decir, el sacrificio de la moral humanista y la falta de límites para la satisfacción de un sueño que, en términos ballardianos, transparenta nuestra psicopatología.

En este caso, la obra caricaturiza la construcción, el uso y el consumo de la imagen que, años más tarde a la publicación de la *nouvelle*, se potenciará con el auge de las redes sociales. Ser visible tendrá un valor en sí, sin importar si dicha visibilidad tiene un contenido, una obra o se nutre de algo más sustancial. La imagen va a espectacularizar

³⁷ El título, de hecho, podría remitir a una sección de una revista de ocio en la que aparecen las figuras del momento en distintos eventos sociales.

los cuerpos. No solo por la circulación de una representación en sí misma, sino porque el cuerpo presentado se vuelve mercancía. Se propone “espectacularizar” en los términos en los que lo escribió Guy Debord con *La sociedad del espectáculo* en 1967. Esto es, una representación que se autonomiza de lo que existe y cuyo único valor reside en la visibilidad; así, la relación social se constituye por imágenes; es un simulacro. De este modo, pareciera que la novela fuera realista en tanto no existe esa garantía científica todavía quimérica al momento de la publicación. Sin embargo, en “Variedades”, ese uso del desarrollo científico que atraviesa la historia puede ser pensado con los avances tecnológicos del momento aunque, así como aparece, no existía dicho uso. Tampoco la mercancía comerciada es del mismo calibre que aquella pensada por Debord, ya que él, en su libro, concibe el fenómeno en el funcionamiento que tiene la información, la propaganda, la publicidad o el consumo de diversiones. Pero “Variedades” ya no está presentando producciones simbólicas sino la producción directa de un cuerpo intervenido con fines espectaculares y, con ello, la presentación de una imagen-cuerpo, una imagen-rostro y una imagen-personalidad, en palabras de Costa. En este sentido, no es solo el pasaje del *ser* al *tener* sino, tal como expone Sibilía, el pasaje del *tener* al *parecer*. Deslizamiento que acompaña un nuevo tipo de subjetividad espectacularizada, un modo de vida enteramente basado en las apariencias y una transformación del cuerpo y la subjetividad en mercancía.

De manera similar, aunque llevado aún más a lo absurdo, en *El corazón de Doli*, se relata cómo la cadena de comida rápida, Mc Pollen Fritten, les hizo a sus empleados, todos adolescentes, una cirugía para que tuvieran una sonrisa permanente. Era una “gauchada”, según el dueño del establecimiento, pues “a la gente que sonreía sin parar le iba mejor en la vida” (Nielsen, 2010: 47); incluso el dueño de la cadena se la hizo a su hijo menor de siete años. Quienes pagaban la cirugía, unos alemanes que ayudaban a financiar el negocio, no querían minucias sino el éxito arrollador, así que abonaron por una “sonrisa máxima” y los chicos terminaron siendo “caricaturas vivientes”, unos “monstruos”. Incluso ese hijo operado del dueño, cada vez que iba a visitar a su tío postrado, en estado vegetativo, que no reaccionaba ante nada, generaba vida en el convaleciente ya que este se reía “como un degenerado” (Nielsen, 2010: 167); por ello, el médico del tío les solicitó a los padres que no le sacaran esa sonrisa aberrante. Sin embargo, con el tiempo, este chico no lo pudo soportar y terminó en un hospital porque se había hecho, con una hoja de afeitar, una “boca seria” (Nielsen, 2010: 272). La novela de Nielsen se va de un extremo al otro: de lo satírico a lo dramático, pero en ese recorrido

propone reflexionar sobre esa tecnificación en lo humano que habilita diversas prácticas solo tomando un fragmento de lo viviente ya sea para potenciar prácticas comerciales ya sea caprichos individuales.

6.5. Las prótesis y el caso de *Radiana* de Esther Cross

Una cuarta intervención al humano es la incorporación de prótesis que no solo compensan funciones que el cuerpo biológico ya no puede efectuar o lo hace de manera deficiente, sino que también amplían su competencia. Un caso célebre, en la época analizada, es el del corredor Oscar Pistorius, quien careciendo de ambas piernas pudo correr gracias a las prótesis aplicadas, las cuales –a su vez– lograron superar –en el momento en que competía– las marcas estándar de velocidad humana alcanzada por otros corredores. Otro ejemplo de nuestro periodo es el del director Rob Spence, quien subsana un ojo perdido en la adolescencia con una prótesis ocular que, si bien no le permite ver, le posibilita filmar cuando desee. En estos dos casos, pero no son los únicos³⁸, la prótesis no es un mero añadido sino que expanden las posibilidades humanas cual ficción tecnológica. Sibilia, en su primer libro, reflexiona sobre un nuevo paradigma, el de un hombre postorgánico, en tanto se abandona un reformismo lento y gradual a largo plazo, como concebía Darwin, para pasar a un desarrollo artificial mucho más eficiente si se focaliza en una finalidad determinada.

Esther Cross, en *Radiana*, presenta aplicaciones protéticas: primero hacia un humano; luego, unas manos humanas sirven como prótesis a una robot. La historia tiene, entre los protagonistas, a una célebre pianista, Rita Lavenza, famosa por tocar siempre, repetidamente, el nocturno de Chopin en Mi bemol. Sin embargo, hay un hecho que altera su carrera: un accidente doméstico que sufre la mucama hace que ella grite e interrumpa dicho nocturno, lo cual genera un “desconcierto”, en el sentido más primario de composición de la palabra como en sus distintas acepciones. A partir de este hecho, hay un “crac” en la carrera de la pianista que la imposibilita tocar de manera completa esa obra: siempre que llega a la nota en la que escuchó el grito, se frena. Frente a ello, toma una decisión: Rita visita al doctor Lázaro Salvo, un “traumatólogo y forense”, quien le diagnostica una tendinitis por el estrés generado a las manos por su profesión de pianista y le ofrece revertir su problema mediante una sustitución protética: “huesos perfectos

³⁸ Pueden verse más ejemplos en el artículo de Bruno Massare, 2009.

hechos de metal” (Cross, 2007: 75). La cirugía se realiza y esos dedos de metal tocan perfectamente el nocturno, pero a una velocidad exagerada, sin descansar nunca (se mueven “sin parar”). Inicialmente, más allá de ese desperfecto, la pianista retoma su carrera, aunque no acaba de estar bien. Tiene fiebre y está débil. Finalmente, en el medio de un concierto, muere. El doctor Lázaro Salvo le diagnostica muerte natural (recordemos que era forense) y, así, protege su carrera y los huesos de la pianista que guarda en su casa para sí. Entonces, hasta acá, en esta historia (entre otras de la novela), se expresa la sátira y el drama: por un lado, unas prótesis que permiten realizar más de lo que un humano hace (movimientos infinitos de los dedos) y que son una solución rápida para revertir una situación; por otro, un humano viviente, con toda su complejidad, y las consecuencias de prácticas descomedidas. El bloqueo de Rita no era físico, pero el médico logró convencerla de que lo era. De este modo, incorporó a su cuerpo, el de una pianista, manos, una parte determinante de su existencia, sin reparar en otras cuestiones como ser las psicológicas y las simbólicas. La operación y los dedos son perfectos en término de mecanismo, superan ampliamente lo esperado, pero la condición humana, que no concluye en su dimensión física y biológica, no logra sobrellevarlos.

El asunto protético está enmarcado en la dimensión de la duplicación, que la novela trabaja especialmente desde distintas aristas³⁹. En nuestro caso, interesa detenernos en la presencia del robot Radiana, inventada por el marido de la pianista, Elmer Dus, profesor en Ciencias Eléctricas. La robot va a suplir a su esposa, aunque inicialmente no fue creada –al menos conscientemente– con esos fines. Radiana no solo va a llevar la ropa de Rita, sino que, frente a su torpeza maquínica, acabará por portar sus manos, de manera de conseguir una motricidad más delicada. Elmer recupera los huesos de la pianista, que había incautado el doctor Salvo, y se los pone a Radiana. En definitiva, lo que había enamorado a Elmer eran las manos de Rita⁴⁰. Entonces, esas manos que despiertan amor incondicional en el marido hacen que esa doble, esa duplicación de Rita, sea, en un punto, más real que la última Rita, quien no tenía las manos que marcaron la existencia de la pianista. La copia deviene original en cierto sentido, porque eso es lo que determina –desde cierta mirada– a Rita y Rita sobrevive en esas manos puestas a la robot⁴¹.

³⁹ Véase al respecto la reseña de Ángela Pradelli (2007) sobre *Radiana*.

⁴⁰ La novela explota en tono satírico este aspecto, por ello, Elmer *le pedirá la mano* a Rita o *le dará una mano* para escribir las cartas, firmar contratos y esos compromisos que estresan a Rita.

⁴¹ El tema de la copia y el original es otro modo de hablar de la duplicación. De hecho, la novela queda enmarcada en ese problema: el libro se abre con un testamento que el lector cree que es de Rita, pero, al

La novela presenta a sus inventores y científicos (el profesor Elmer Dus, el doctor Salvo y el inventor Ganz) como seres capaces de cometer delitos o dañar a otro para desplegar su proyecto. La figura del científico loco y perverso existe desde el siglo XIX, pero lo que habilita de parte de la novela un diálogo con su tiempo de publicación se relaciona con esa práctica ilimitada sin finalidad específica sobre el viviente humano. Esa posibilidad sin fin se critica en *Radiana* por ser una práctica abusiva y egoísta que puede llevar a la destrucción del humano (como en Rita) o la destrucción de una subjetividad (como es el caso del cocinero Hugo y lo que hizo el inventor Ganz con él). Y no solo se critica por ello, sino por la valoración unidimensional al considerar lo humano.

Asimismo, en otras de las narraciones seleccionadas encontramos el tema de las prótesis aunque no sea lo central de la trama. Por ejemplo, en varios de los relatos de *Los acuáticos*, se observa la presencia de humanos que mediante alguna mediación protética superan condicionamientos humanos. Un caso es el infante de frontera de “Neutralidad”. Este personaje, gracias a operaciones quirúrgicas, posee “una interface que integra visión, comunicación y capacidad de fuego” (Cohen, 2014: 396). También en ese relato nos enteramos de la existencia de un chip cerebral que puede ser implantado, solo por gente adinerada, para conseguir realizar ciertas tareas de manera destacada y, así, lograr ascender socialmente (Cohen, 2014: 400). A su vez, en “Un montón de adjetivos”, las dos amigas protagonistas conversan y, en un determinado momento, Melaní aprieta el brazo de Leandra y percibe una extraña dureza. Entonces, ella le cuenta que tiene un injerto: “Hace un par de años tuve un accidente, declaró Leandra como de memoria, y me pusieron una porcioncita de tejido artificial. (...) Leandra se apuró a explicarle que era un tramo de brazo muy bueno, muy maleable y de una resistencia increíble, del mismo material que les ponían a los ciborgues.” Melaní comenta luego: “Yo ya no sé quién es medio aparato y quién ser humano” (Cohen, 2014: 357). También en “Usos de las generaciones”, de la misma antología de *Los acuáticos*, la chica que atiende el café y por la que se interesa el protagonista “se ha hecho algunos implantes en la base orgánica: cables musculares en los antebrazos, botones sedativos en las yemas de los índices” (Cohen, 2014: 427). En definitiva, ella sabe que la idea dominadora de su sociedad y que buscan meter en la cabeza de todos es “que el ser humano debe desconfiar de sí mismo,

final, cuando esa primera página es copiada exactamente párrafo por párrafo, descubre que el testamento no es original. Elmer lo creó copiando la letra de Rita. Pero no es falso; en cierto sentido, sabemos de la devoción de Rita hacia su marido y la supuesta página testamentaria es posible. Entonces, el valor de lo original y lo que no lo es, la mentira y la verdad (otro modo que suma a la discusión de lo doble), tiene valor relativo.

entrar en su interior armado hasta los dientes”. Los humanos, sostiene la empleada del café, “[t]erminamos aceptando que las emociones son debilidades, imperfecciones, vanidad, y, mucho más deprimente, que el nombre de una persona es como la propaganda de esas impurezas” (Cohen, 2014: 450). Por ello, existe la necesidad de implantes que fortalezcan aquello que lo simbólico y emocional ya no puede enfrentar.

Estos cuatro fenómenos propuestos (los fármacos, la manipulación genética, las cirugías estéticas y las prótesis) evidencian, en esta transición de siglos que estamos analizando, el comienzo de una época que no parece ni desea respetar límites que determinaban, hasta no hacía muchos años, lo humano: no hay reparos por valores religiosos ni psicológicos ni culturales que puedan imponerse a este paradigma tecnológico vinculado con el capital que busca propagarse sin más. En este sentido, los vivientes humanos solo son cuerpos y organismos intervenidos con cirugías, implantes, trasplantes, terapias génicas o drogas, entre otras cuestiones, bien eficientes al servicio de un afuera material, que requiere que rindan y consuman más allá de la necesidad o el deseo personal, o más frágiles y entregados a los propios caprichos que, como advierte Byung-Chul Han, no son propios⁴². Sin embargo, y pese al escaso desarrollo de la ética en comparación con la técnica (Ferrer, 2011: 23), hay –en la época en que nos situamos para el análisis– algunos frenos a estos avances tecnológicos porque resulta manifiesta la exclusión que se habilita. Por ejemplo, el hecho de quién accede a ese tipo de prácticas o, incluso, debido a que tales prácticas se vinculan, como señalan algunos autores que ya mencionamos, con la eugenesia, no planteada en términos de raza, pero sí en tanto especie.

Un caso puede ser la gestación por sustitución⁴³, una práctica reproductiva que entrelaza salud, genética y dinero y que, en los albores del siglo XXI apenas se comienza

⁴² Byung-Chul Han abre *Psicopolítica. Neoliberalismo y nuevas técnicas de poder* con el epígrafe de Jenny Holzer que, según la traducción, es el siguiente: “Protégeme de lo que quiero” (Han, 2014: 6) y el libro va a plantear, entre otras cuestiones, una modulación de la población, de la humanidad, en términos ya no especialmente biológicos, como proponía Foucault con la biopolítica, sino psicológicos: el poder va a trabajar sobre la atención, sobre los deseos, estimulando la necesidad, el consumo y el juego, y habilitando una transparencia de la existencia que no es más que una imagen proyectada para otros o construida a partir de otros, pero, sin duda, desde su propuesta, no es propia.

⁴³ La gestación por sustitución supone que una mujer gesta un niño para luego entregarlo a sus padres legales. Sin embargo, ese bebé no está ligado genéticamente a la mujer gestante porque no se concibe con sus óvulos, sino que el material genético procede de otras fuentes (los padres legales o donantes especialmente elegidos de un catálogo de datos).

a promover para llegar hoy, en la tercera década de este siglo, a ser un asunto festejado y mercantilizado. Entonces, si bien este tipo de práctica no se enuncia abiertamente como eugenesia por la connotación negativa que arrastra el término, se están tomando decisiones orientadas en una valoración social de la perfección humana al conformar los catálogos de los donantes de prácticas como la recién mencionada. En el caso de los vegetales o los animales, se evidencia aún más la promoción de las manipulaciones genéticas a partir de valores como “la eficacia económica, el aumento de la *performance*, la optimización de la calidad y la relación costo-beneficio” (Sibilia, 2006: 189). Por ello, ya en el inicio del nuevo siglo, Héctor Schmucler advierte que la biotecnología es una práctica eugenésica solapada que habilita nuevos ideales humanos de los que quedan excluidos quienes no pueden efectuar dichas alteraciones morfológicas y fisiológicas. Hay ciertos ideales de cuerpo, de comportamientos, de genes, los cuales son promovidos como una industria de consumo y quienes no sean parte de dicha industria son indeseables por imperfectos.

Así, se ven dos inconvenientes fundamentales: el de la igualación y el de la distribución. El primero supone, por un lado, cierta eliminación de lo contingente de lo humano, así como la uniformidad de la existencia según una vara puesta por un poder dominante. Por otro lado, el problema de la distribución refiere a que una práctica entendida como mejoramiento difícilmente podría aplicarse a todos por los altos costos y una economía cada vez más desprendida de obligaciones sociales. De este modo, se introduce un nuevo factor de desigualdad social. Esta última cuestión aparece tematizada en algunas de las ficciones propuestas. Por ejemplo, en “Variedades” de Cohen, el acceso a determinado mundo de la valoración existe para quien puede pagar por las diversas tecnologías del mercado de la visibilidad y el comportamiento. Situaciones similares acontecen en narraciones como “Neutralidad” o “El fin de la palabristica” del mismo autor, en *El corazón de Doli* de Nielsen y en *Los cuerpos del verano* de Castagnet: el acceso a intervenciones quirúrgicas, protéticas o el extremo de –literalmente– comprar un buen cuerpo es un costo económico destinado solo a unos pocos.

Por estas cuestiones, hay, en todo este diseño del cuerpo, sus genes y comportamiento, una gran cantidad de detractores desde distintas disciplinas, lo cual hace que el accionar biotecnológico tenga que lidiar con ciertos reparos. No obstante, en otros campos, como el exclusivamente informático, se puede ver, en el fin del siglo XX y principios del XXI, un mayor despliegue tecnológico que nos permite seguir pensando el planteo que estamos recorriendo.

Capítulo 7

Sobre la dimensión algorítmica⁴⁴

Puede que no sea la IA lo que debe preocuparnos sino el deseo de no ser, de disolvernarnos. Puede que nos extingamos a mano de nuestras creaciones tecnológicas, pero esto no es lo preocupante. Lo que desvela y lo que angustia son los padecimientos que han de suceder por la ilusión de que nuestras vidas no son las que debemos vivir porque el mandato es ser otra cosa; merecemos ser reemplazados por esa otra cosa, que es inhumana por ser cosa y que llegará, si es que llega, en un futuro que está más allá de nuestro tiempo biológico. Por mucho que se declame a favor de la vida, la nuestra es una cultura tanatofílica.

Eduardo Wolovelsky, “Tecnocracia”, 2023

7.1. La materialidad del dato

Gilles Deleuze, en “Postdata sobre las sociedades de control”, explica que el poder del fin del primer milenio se ejerce a través de modulaciones; esto es, variaciones continuas “en estado de perpetua metaestabilidad”, que intervienen en algún proceso para obtener algún resultado. Dicha intervención afecta ya no al individuo o la masa sino a “dividuos”⁴⁵, por un lado, y “muestras, datos, mercados o *bancos*”, por otro (Deleuze, 2005: 116-117). En otras palabras, el control va a operar sobre estos dos tipos de fenómenos que –según lo planteamos con ciertas perspectivas como la de Norbert Wiener o la de Gilbert Simondon o la de Pablo Rodríguez– constituyen información, porque el poder va a tratar de modular una *forma*, de manera de adueñarse de un principio de organización o, según otra terminología, lo que es; pero esto existente puede ser orgánico o no serlo. La intención del poder dominante, en definitiva, es incidir en lo que se organiza, ser parte para no perder su dominación y perpetuarse.

De este modo, planteamos que la intervención sobre lo es, ya desde mediados del siglo XX y con una eficiencia aún mayor al comenzar la siguiente centuria, se ejerce no

⁴⁴ En este capítulo, introducimos el sustrato material del dato informático en la época en que situamos el análisis y el modo en que este se impone como el mejor modo de entendimiento y de dirección de las distintas esferas humanas. Luego, proponemos como correlato, dos análisis literarios: *El juego de los mundos* de César Aira y “Variedades” de Marcelo Cohen.

⁴⁵ La palabra “individuo” proviene del latín *individuus* y significa “indivisible”, la unidad mínima y no divisible en algo menor. Se forma con el prefijo negativo “in-” más la raíz del verbo “*dividere*” (dividir) (Corominas, 1961: 218). Entonces, Deleuze, cuando utiliza el término “dividuo”, está proponiendo, por un lado, que el poder hoy puede dividir lo que antes parecía indivisible; por otro, está retomando la teoría simondoniana y el modo en que se trabaja ya no con formas constituidas sino materias constituyentes.

solo sobre cuerpos o sujetos (en el sentido de la época moderna) sino, fundamentalmente, sobre cierto material molecular que constituye información (concepto entendido como lo definimos anteriormente, a saber, materia formada), y que refiere, por un lado, según vimos en el capítulo previo, a lo infracorporal, precorporal e información genética (tejidos, células, moléculas, ácidos nucleicos) y, por otro, a las “huellas digitales” que se convierten en datos y que permiten modular *formas* más allá de la vida de la red. De hecho, el siglo XXI, al menos en sus primeras décadas, ha desarrollado significativamente ese territorio inorgánico.

En este sentido, las reflexiones que apuntan a pensar una ontología de la información están atendiendo especialmente, en la centuria en la que estamos, en formas que hoy se identifican con el dato. Por ello, se habla de una duplicidad del mundo (Sadin, 2018: 22, 54) y, como señalan algunos teóricos, multiplicación (Costa, 2021: 53). De alguna manera, “[l]a información es el espacio que no cabe en ningún lado porque parece infinito, pero que se expresa por la magia del código en un espacio que se puede ver: una pantalla, una molécula de ADN, una nube de electrones cambiando de configuración” (Rodríguez, 2012: 135-136). En definitiva, hay un nuevo sustrato material que no es exclusivo de la era de la información, pero, desde mediados del siglo XX, cuando la teoría de la información empieza a marcar un camino no solo para las ciencias exactas sino que también involucra disciplinas humanas y sociales, dicho sustrato se va a engrosar para llegar, al siglo XXI, con una densidad que acaba por correr del lugar central lo humano, su cuerpo y su percepción inmediata. Esta cuestión demanda pensar otro tipo de problemas; entre ellos, cómo es esa estructura material que afecta a la sociedad, la economía, la política, el arte, la cultura y cuál es el desafío del saber humano en este contexto.

En particular, en este capítulo nos interesa detenernos no ya en cuestiones corporales, incluso precorporales como las células o los genes, sino en el sustrato material de orden informático que comienza a interesar tanto a la esfera pública como a la privada. Para ello resulta clave concebir que, ya avanzada la primera década del siglo XXI, se reconoce el hecho de que numerosas dimensiones de la realidad han quedado reducidas a códigos cifrados (Sadin, 2018: 40). Byung-Chul Han llega a afirmar, en el inicio de la tercera década de este siglo, que esta reducción de la realidad cifrada alcanza un nivel que nombra como “infocracia” y que supone una “forma de dominio en la que la información y su procesamiento mediante algoritmos e inteligencia artificial determinan de modo decisivo los procesos sociales, económicos y políticos” (Han, 2022: 9). Este régimen de

explotación se sirve de cuerpos y datos que producen los humanos para intervenir fundamentalmente, según Han, la psique, por eso habla de una psicopolítica y ya no de una biopolítica (Han, 2014), de manera de generar un sometimiento prerreflexivo. En este régimen de la información, según el filósofo de origen coreano, las personas quedan degradadas a la condición de datos.

Flavia Costa, recuperando la exposición de Michel Foucault en la Universidad de Vincennes, conferencia publicada en 1978, no considera que se haya dejado atrás la biopolítica sino que, para ella, se amplía su campo de batalla mediante el orden social que se ocupa de gobernar los públicos, “sus comportamientos, sus emociones, afectos, decisiones cotidianas” (Costa, 2021: 39-42). Esta gubernamentalidad biopolítica ampliada, que resulta no solo represiva sino fundamentalmente productiva, gestiona tanto “poblaciones-público” como al individuo en sus perfiles virtuales “con significativa potencia predictiva e incitativa” (Costa, 2021: 48). Por eso, retomando a Antoinette Rouvroy y a Thomas Berns, Costa habla de “gubernamentalidad algorítmica” (Costa, 2021: 49).

Más allá de la postura teórica respecto de si el poder opera con la vida (bio-) o con otra forma de organización (y con qué grado de apelación a la consciencia), hay un acuerdo en el que se reconoce que todo lo existente puede devenir en dato y esto responde, de algún modo, al paradigma científico que inaugura la cibernética. Ahora bien, el modo en el que se recogen los rastros que permiten constituir la información se fue desarrollando significativamente desde mediados del siglo XX hasta la primera década del XXI no solo por los aparatos que fueron surgiendo y se introdujeron cada vez más en la vida cotidiana de las personas, sino porque la recolección de huellas no parece discriminar nada. Es decir, el orden informacional ya presente en el siglo XXI propone capturar huellas, registros diversos, sin recorte previo. Todo puede ser utilizado o no, pero, de cualquier manera, existe la posibilidad de acumular una heterogeneidad de huellas, todas las que se pueda a gran escala y en distintos niveles. Dicho de otro modo, se registra cualquier rastro, tal vez no significativo al nivel de la conciencia humana, pero que luego puede ponerse en relación para establecer un patrón y se devuelve como dato que afecta el nivel de la conciencia. De esta manera, lo que parece relevante y atendible no es la percepción humana o su intuición sino aquello que es dato; y este se constituye en el cruce de las huellas, el cifrado y los algoritmos. Es la “inteligencia artificial” que hace de un registro un material medible, cuantificable; lo traduce a un código que permite

poner en relación con otros materiales medibles y que, finalmente, parece devolver una información valiosa para el mundo fuera de la red.

El dato se presenta como el augurio de poder calcularlo todo con gran eficiencia gracias a las operaciones algorítmicas. De este modo, quienes abogan por los datos sostienen que “el big data y la inteligencia artificial toman decisiones más inteligentes, incluso más racionales, que los individuos humanos, cuya capacidad para procesar grandes cantidades de información es limitada” (Han, 2022: 61)⁴⁶. En otras palabras, el dato que brinda la inteligencia artificial se presenta como la mejor explicación, la “real”; las humanas son interpretaciones inexactas. Al respecto, Han escribe que la digitalización del mundo “somete nuestra percepción, nuestra relación con el mundo y nuestra convivencia a un cambio radical” (Han, 2022: 25). Ese cambio refiere, entre otras cuestiones, a suspender la intuición y la racionalidad humana pues el humano no parece ser la clave de significación de la existencia. Así, la tecnología digital ya no aparece como una herramienta que utilizamos, sino que aquella se presenta como una matriz a la que encomendamos la dirección de nuestro mundo. En este sentido, Éric Sadin habla de una inteligencia robotizada que se posiciona como un “organismo cognitivo aumentado” que no guarda relación con el modelo humano y al que entregamos el devenir de la existencia (Sadin, 2018: 29- 30). Esta delegación ya no imita el pensamiento humano, sino que promueve conocimiento de otra forma, usa otros recursos cognitivos y otras velocidades, lo cual lleva a que el humano se retire en ciertos aspectos como un individuo que comprende aquello que acontece. De este modo, las máquinas inteligentes resuelven sin que el humano entienda profundamente el proceso de esa resolución. Por eso, Sadin las nombra como “un demiurgo inmanente-*electrónico*” (Sadin, 2018: 25). También Pablo Rodríguez se expresa en este sentido y escribe que esas máquinas son una “caja negra” incluso para técnicos informáticos, pues se reconoce que las máquinas de información, más allá de entrar en compatibilidad y actuar en el mundo exterior, poseen un núcleo al que ese mundo no tiene acceso (Rodríguez, 2012: 97-98). De esta forma, pareciera construirse una entidad que guarda un poder y que tiene una existencia por sí misma más

⁴⁶ En *La humanidad aumentada: la administración digital del mundo*, Sadin también se detiene en exponer cómo le transferimos a las computadoras la toma de decisiones menos inciertas mediante el “discernimiento algorítmico [que] se alimenta de todas partes y se modula en tiempo real, y está destinado a *encuadrar* el curso de las cosas, a *reglamentar* o *fluidificar* las relaciones con los otros, con el comercio, con nuestro propio cuerpo, en otros términos, a contribuir a que la marcha de cada fragmento de lo cotidiano sea configurada de la manera más *adecuada*, como si estuviera *distribuida* o supervisada por un demiurgo inmanente-*electrónico*” (Sadin, 2018: 25. Las cursivas son de la fuente).

allá del humano. Un nuevo absoluto fantaseaba César Aira en su novela publicada en el año 2000.

7.2. La información como absoluto: una lectura de *El juego de los mundos* de César Aira

El juego de los mundos de César Aira propone pensar, de algún modo, sobre este sustrato material que conforma el dato informático y que se vuelve un absoluto. En particular, la novela está situada en un futuro en el que la información tiene un estatuto de realidad en detrimento de la cultura y el sentido propio de la época humanista.

La ficción es un relato, en primera persona protagonista, de un padre, César Aira, que explica y expresa su preocupación por el hecho de que su hijo de 18 años, Tomasito, entregue su existencia a un juego que se presenta como más real que su vida de carne y hueso. El joven juega, en el marco de la Realidad Total⁴⁷, un juego homónimo al título de la novela, cuyo objetivo es destruir la cultura de otros mundos “reales, tan reales como el nuestro”, que “existían en lugares más o menos remotos del Universo, y (...) tenían una historia tan larga y rica como la nuestra” (Aira, 2000: 10). Este hecho es muy criticado por el protagonista: “[p]orque (...) la civilización que habíamos creado había llegado a ese punto, de encontrar descartable la población innumerable de los mundos, y ponerla a merced de la industria del entretenimiento” (Aira, 2000: 10). Sin embargo, su hijo defiende que, gracias a ellos, los jugadores, más allá de la destrucción física, por otra parte necesaria para que la exterminación no sea a los terrícolas, se conoce y aprende sobre esos mundos remotos (Aira, 2000: 11) y dicha información es conservada como reservorio de datos de esas civilizaciones. Así como *La guerra de los mundos* de H. G. Wells dialogaba con un contexto muy específico y propio de la época (la invasión de los imperios europeos a otras culturas, en particular, la potencia victoriana), la novela de Aira parodia una colonización posmoderna, vinculada con la información y con una realidad de los datos informáticos tan material como el mundo fuera de las computadoras.

Esta discusión entre padre e hijo recorre la novela como parte de dos polos antagónicos: uno que defiende el orden informacional de la red como relevante en su existencia y otro, el del humano moderno, que todavía practica –extrañamente en ese momento en el que habita– la lectura una o dos horas al día pues valora el saber ilustrado

⁴⁷ Pensemos el contraste que se está planteando respecto de lo que se conoce con la realidad virtual y la aumentada. La del juego se presenta como la “realidad total”, no la humana ampliada o paralela, sino la que realmente es, aunque no se participe, como es el caso del protagonista.

y la existencia a escala humana como lo realmente interesante. Es el antagonismo entre el mundo humanista ilustrado y uno –podríamos decir por oposición– posthumanista.

En la novela, esto se evidencia incluso porque la literatura como práctica del lenguaje alfabético es una actividad obsoleta: de hecho, no existe realmente. No solo porque ella ya no se practica, no se escribe, sino también porque solo subsiste en la traducción de libros y dicha conversión se ha hecho en imágenes por sistemas automáticos, lo cual supuso la anulación de las diferencias entre obras y autores (Aira, 2000: 24); es decir, no se leen palabras, sino dibujos que las representan. Se evidencia que, por el modo en que se operó, la literatura se concibe exclusivamente en tanto contenido, ignorando la forma (o al menos una forma dada con el lenguaje alfabético). Con esa creencia, se recupera, en cadena de imágenes, lo dicho en las obras, pero no la forma como se enunció. Para el narrador, esta recuperación no supone sino una pérdida. La literatura de su tiempo es, a sus ojos, una sucesión incoherente de imágenes y la sepultura de los textos; lo que se “lee” es algo así como una vana generalización, de modo que lo que queda es un sinsentido. Un sinsentido para el mundo ilustrado, humanista, no para una era que privilegia el dato.

Aun en aspectos coloquiales, el lenguaje y el sentido propio del humanismo pierde vigencia: existen dispositivos en los humanos para que, en la enunciación oral, se corrija el discurso –el Rectificador de Discurso (Aira, 2000: 36)– o se genere una verosimilización (Aira, 2000: 53) de modo de lograr una locución más eficiente; en otras palabras, no hay un recorrido del individuo para componer cierto saber que le permita mejorar su discurso, sino que es un sistema maquínico el que actúa como suplemento para que el humano pueda desarrollar su enunciación de una manera apropiada.

Pese a este penoso sentir humanista de nuestro protagonista respecto de lo que ocurre con la literatura y la enunciación, lo que más le inquieta es que dicho entretenimiento que absorbe la mente de los jóvenes recupere la idea de Dios, ya erradicada hace tiempo en la historia de la humanidad. Por ello, el protagonista consulta dicha sospecha con algunos otros personajes. Primero, con su esposa, quien opera por la negación: lo acusa al marido de ser conservador y fantasioso. Luego, pregunta a su joven “amigo” Marley, quien se extraña de que el narrador piense dicha posibilidad debido a que la destrucción de esa idea fue radical y, de hecho, le señala que algunos piensan que él, Aira, en particular, fue quien mató a la divinidad (Aira, 2000: 55)⁴⁸. Entonces, el

⁴⁸ En este punto, como en otros en la novela, se puede observar cómo se atraviesa y se juega en distintos niveles: en *El juego de los mundos*, no existe la literatura, pero “todos los hombres y mujeres que pueblan

protagonista reflexiona sobre este “cuento” (así aparece mencionado en la novela) que le narró su amigo, pero aunque investiga, no llega a encontrar ninguna explicación (porque esto todavía no pasó, ocurre recién al final de la novela). Por ello, va a recurrir a su segundo “amigo”, pero este no sabe qué es Dios. Entonces, Aira se lo explica:

–El ser humano tiene límites. Por eso, en los albores de la humanidad, se generó la idea de un ser que fuera en todo como los humanos, pero sin límites.

[Contesta el amigo:] –Ya veo. Un ser negativo.

–Exactamente. Salvo que se lo adornó con una positividad absoluta, lo que proyectó una sombra de negatividad sobre todo lo demás⁴⁹. Eso duró muchísimo tiempo, casi hasta el alba de nuestro tiempo. Y te imaginarás los estragos que hizo. Mi temor es que ahora vuelva, encabalgado en la práctica de este juego. –Vi que no entendía, y me arriesgué a extenderme un poco, con toda la repugnancia que me producía hacerlo. –Los mundos, por ser reales, son particularidades que ocupan cada vez el campo entero de la realidad y no dejan espacio más que para un ser ultraparticular, una generalidad singular, que sería justamente la vieja y archipodrida idea de Dios. Eso sería el fin de nuestra sociedad tal como la conocemos, y la vuelta al viejo mundo puesto a cargo del Señor (Aira, 2000: 61).

Esta reinstalación de la idea de Dios, sostenemos, tiene dos caminos reflexivos: uno que va a llevar a pensar la literatura, cuestión que trataremos en el próximo capítulo, y otro que interesa para este tema de la información que estamos planteando y abordaremos a continuación.

Cuando el protagonista expresa su preocupación a su esposa, le explica que, tal como se plantea el juego, se presentan los mundos como “totalidades parciales, y el único árbitro de ellas es Dios” (Aira, 2000: 46). Dios es algo que afecta pero no puede ser afectado ni gestionado. Por ello, esa totalidad absoluta, y cada época tiene la suya⁵⁰, no

el mundo” descenden de escritores. “[P]or genealogía simple: si es concebible que todos seamos descendientes de un solo hombre original, tanto más podemos serlo de la innumerable cantidad de escritores que hubo. Y los nombres que tenemos son los nombres de ellos. Sin ir más lejos, yo, que me llamo César Aira, tengo el nombre de un lejano antepasado mío que fue escritor” (Aira, 2000: 23-24). Nada en la obra de Aira es solo literal, sino también en sus otros sentidos, así que la historia explota ese recurso, por ejemplo, en este caso, con la duplicidad de ficción/no ficción, pasado/presente. Aira es el escritor de la novela que leemos. En ella hay un personaje que se llama igual y es su descendiente; primer cruce de niveles. Ese personaje se entera de que Aira mató a Dios, lo cual nos remite, en la ficción, por la explicación de la historia, a que la referencia es al escritor del mundo del lector, pero, en realidad, ese Aira que mató a Dios es el de la novela que nosotros leemos, el personaje de una novela del 2000, aunque en ese momento en el que por primera vez transitamos *El juego de los mundos* no lo sepamos; segundo cruce. Es decir, se traspasan en esta conversación entre el protagonista y su primer amigo: ficción y no ficción, por un lado; pasado y futuro, por otro. Así, se construye, en definitiva, una *mise en abîme* en dos niveles.

⁴⁹ El contraste entre negativo y positivo funciona como un juego del lenguaje: “el ser negativo” era en el sentido literal de perjuicio, pero cuando el narrador menciona “una positividad absoluta” lo hace en sentido filosófico.

⁵⁰ “Y sin embargo seguimos disponiendo de una totalidad: si no fuera así, no podríamos seguir viviendo. Claro que yo era la negación de esta idea, en el momento mismo en que masticaba este ‘resto inasimilable’: mi vida sumisa y flotante no formaba una totalidad, le colgaban toda clase de retazos de incertidumbre e improvisación en estado bruto, y aun así seguía viviendo. La totalidad la había reconstruido la nueva generación, y a su vez a ella el todo le quedaba incompleto en comparación con el todo de la generación siguiente. Quizás siempre había pasado así, desde los albores de la humanidad...” (Aira, 2000: 40).

es politizable, solo admite operaciones pasivas. En este sentido, la totalidad es reactiva. Es esto lo que preocupa a Aira personaje: el absoluto que propone la Realidad Total es un universo constituido por información que brindan los jugadores pero que estos no pueden organizar realmente. Es un universo ya dado, piensa César Aira personaje. Su hijo, en cambio, se concibe hacedor de ese universo en el cual batalla y cree que aporta datos para que puedan seguir existiendo. Por ello, le discute a su padre la pasividad que este le imputa. De esta forma, Tomasito refuta al padre cuando este niega que los sistemas lo hacen todo sin participación humana. Así, esa totalidad, ese absoluto, constituido por información en ese futuro de *El juego de los mundos*, se percibe de dos maneras. Por un lado, la plena aceptación de Tomasito como un nuevo orden de mundo más real que la existencia cotidiana. Por otro, la de César Aira personaje que observa cómo este juego prepara “en la mente un nicho a la peligrosísima idea de Dios” (Aira, 2000: 46), y si bien admite, tal como se lo dijeron los otros, que “no era fin del mundo”, era el fin de su mundo, del mundo que él conocía y al que se había acostumbrado. En efecto, es el fin del humanismo para nuestro protagonista, con sus “entrañas de liberal recalcitrante” (Aira, 2000: 41): ya el hombre no es quien organiza y determina el orden de mundo.

En este reconocimiento, se instaura –para recuperar la larga cita de arriba con su segundo amigo– el ser limitado del humano que reconoce una positividad que instaura “una sombra de negatividad sobre todo lo demás”. Esa positividad es la Realidad Total del mundo de la red en el que el humano participa pero no determina y que puede afectar el mundo fuera de la red (los jugadores del juego de los mundos, según sabemos, nos están salvando de otros seres extraterrestres). Es el dato configurado en la red que vuelve sobre lo humano y lo trasciende. De este modo, la Realidad Total funciona en la novela como el medio que modula y controla la existencia más allá de las individualidades y los deseos de alguien; incluso más allá de un orbe particular. Es una condición material nutrida por las distintas partes que la conforman pero sin ser de una propiedad particular. La Realidad Total constituye un absoluto que opera sobre las partes sin que estas puedan invertir esa situación, según la advertencia de Aira personaje.

7.3. Los datos que (in)forman: una lectura de “Variedades” de Marcelo Cohen

El desarrollo y la expansión de las computadoras personales, así como la Web 2.0, hicieron que, en los primeros años del siglo XXI, se iniciara un tipo de práctica en la que el sujeto no solo fuera hacedor de datos y contenidos, sino que él mismo se volviera un

dato y un contenido que, paradójicamente, se llenara de un afuera de él. En esos primeros años del nuevo milenio surgieron sitios, abiertos a cualquier público, como *Fotolog* en 2002, *Flickr* en 2004 o *Facebook* en 2006 que llevaron a generar un nuevo tipo de subjetividad armada con una doble impronta: configurada desde afuera y para afuera. En otras palabras, es una subjetividad cargada de información en algún punto desterritorializada y que, a su vez, produce nueva información que se expande sin una dirección específica.

Paula Sibilia estudia la “espectacularización del yo” (Sibilia, 2009) generada por esas nuevas redes sociales que aparecen en esos primeros años del siglo XXI. Una primera consecuencia que advierte es el hecho de volverse mercancía de consumo y entablar ese tipo de vínculo mercantil con los otros, en principio en ese espacio, pero no únicamente. No obstante, según reconoce la antropóloga, la cuestión no acaba ahí: esa espectacularización del yo supone también una modulación hacia adentro, porque la imagen que se empieza a construir en esos sitios determina la configuración de una subjetividad. Es decir, la imagen que se presenta ante el otro es aquello que termina constituyendo modos comportamentales e identitarios para el individuo. Pero esa subjetivación se conforma por datos diversos que, a diferencia de otras épocas (porque siempre los otros y el entorno han repercutido en los modos de ser, actuar y pensar), tienen el plus de provenir del espacio informático y, como tal, carecer —en algunos casos— no solo de inmediatez local, sino también, muchas veces, de ser informaciones digitadas en términos no humanos ni biológicos sino por un cálculo numérico.

Dicho proceso de espectacularización no se debe exclusivamente a estos sitios habilitados por la Web 2.0; es algo más complejo, como intentamos desarrollar en el presente trabajo, que acompaña una transformación social en distintos ámbitos. Sin embargo, esta espectacularización permite ver el modo de construcción de la subjetividad en el tecnocapitalismo que estamos analizando y que será funcional al capitalismo de los datos. Un principio es que ese cimiento es en la visibilidad, lo cual implica un proceso muy diferente a la época inmediatamente anterior, la modernidad. Dicho de otro modo, no es el yo moderno erigido en soledad, separado de un espacio público: ya sea el sujeto en su cuarto propio ya sea en una terapia psicoanalítica en la que se relata su historia. Por el contrario, los modos espectaculares que se empiezan a desarrollar desde fines de los años '90 generan quiebres entre lo público y lo íntimo: se exhibe para toda persona que quiera ver relaciones, gestos, espacios, productos que, en algunos casos, dan a conocer lo privado y, en otras, se simula una imagen; lo que importa, finalmente, es conquistar la

visibilidad. Esto no es solo algo exclusivamente a nivel personal, sino también profesional. De hecho, puede resultar extraño y hasta negativo no participar de ninguna red social a la hora de ser evaluado para acceder a algún cargo relevante en una empresa. Esto ocurre, según Sibilia, porque existe una tendencia que la autora refiere, sin ahondar mucho sobre este asunto, como “evasión de la intimidad personal” (Sibilia, 2009: 91)⁵¹.

Es una evasión que se evidencia en dos planos. Por un lado, se elude el cuerpo orgánico como vimos con la tecnificación de lo humano mediante prótesis, cirugías, fármacos o manipulación genética. Por otro lado, se rehúye de la intimidad y se empieza a habitar y construir una imagen informática que, primeramente, será espectáculo y, luego, se sumará, aunque no de modo consciente, un perfil. La imagen construida en las redes sociales (pero no exactamente los perfiles⁵²) acaba, según Sibilia, en una “creciente ficcionalización” del yo, debido a que imita, mediante modos relacionales y afectivos, códigos del arte o mediáticos. Es un posicionamiento relacional en el que se presentan identidades construidas para ser miradas por otro, sin importar si en esa visión hay una aceptación, un rechazo o una ridiculización; incluso si hay alguien, tanto para la imagen presentada como para la recepción, que la habite. En definitiva, se busca aparecer en las redes pues ese parece ser un nuevo modo de existir. Y eso que aparece es una imagen que se presenta e incide en la existencia también fuera de la red. La representación hecha para los otros (configurada, a su vez, por esos mismos otros) no tiene necesariamente, aunque lo parezca, un real soporte humano porque la visibilidad medida no discrimina si esa percepción es hecha por una o mil personas o incluso si es un programa que determina que se visibilice esa imagen. Sin embargo, esa imagen está ahí, se percibe como material y el humano tras esa representación se va haciendo a partir de ella.

⁵¹ Es una evasión que, según Christian Ferrer, se debe a que en este momento de la historia en la que nos estamos deteniendo, las subjetividades carecen de herramientas para administrar la experiencia del dolor propia de la existencia, lo cual es muy diferente al pasado, cuando existían tecnologías de la subjetividad destinadas a fortalecer el alma como defensa ante el sentimiento doloroso que estaba en el afuera (los poderosos, los invasores, la ira de Dios). Dicha “tonificación del carácter permitía ‘retomar control’ sobre la vida”. Entonces, mientras el cuerpo soportaba el impacto, el alma “regulaba la desesperación y administraba los estragos” de la experiencia vivida (Ferrer, 2011: 16-17). Pero desde el neoliberalismo, escribe Ferrer, aunque no haya una subjetividad capaz de sobrellevar la existencia, existen prácticas consolatorias externas y técnicas: comodidades, entretenimientos, juguetes industriales o saberes científicos. Todo esto nos lleva hacia el afuera, es decir que, para encontrar consuelo, el ser humano se aleja de su interioridad ya que solo gracias al esparcimiento, excitación planificada y narcotización puede distraer una angustia que corroe su alma.

⁵² Sibilia no va a abordar, en *La intimidad como espectáculo*, la cuestión de los perfiles, pues es algo que se expande y se explota ya en la segunda década del siglo XXI gracias, entre otros factores, a los registros dejados en esas redes sociales.

Ya pasada la primera década del siglo XXI, esa visibilidad (en principio generada con cierto grado de consciencia en tanto se elegía participar) se perfecciona con aparatos que van a demandar que cualquier persona, más allá de participar de una red social (como analizó Sibilia), deje huellas y esos restos, como mencionamos antes, pueden ser datos; información útil para modular una forma. Esto es lo que se va a potenciar a partir de la primera década del siglo XXI y va a habilitar el armado de perfiles (de consumo, de comportamiento, de personalidad) que permite una manipulación más perfecta que la disciplina moderna⁵³. En uno y otro caso (la espectacularización del yo y la “gubernamentalidad algorítmica” tomando el término de Costa y Sadin), la tecnología informática es la que, con imágenes, con huellas, cifrado y algoritmos, repercuten sobre la vida humana, aunque el armado no lo sea. Es decir, los principios que pueden modular esta tecnología informática tiene principios matemáticos y no biológicos o humanos.

En “Variedades” (1998) de Marcelo Cohen, no hay pantallas de computadoras ni redes sociales que habiliten esa práctica de espectacularización de un cualquiera. Sin embargo, hay algo bastante cercano: hay personalidades del mundo de los medios que tienen una vida hecha hacia la visibilidad, que deben mantener un cuerpo determinado con dietas y ejercicios, deben vestir con ciertos atuendos, estar en lugares precisos más allá de sus deseos o posibilidades y estar disponibles para la visibilidad 24 horas al día. Y tal demanda, diferente a otra época, está explotada por lo excesiva y porque ya no hay obra que respalde esa presencia, sino solo la posibilidad de visibilizarse sin más: solo hacerse visible por la visibilidad misma permite ser objeto deseable de consumo. Esta fantasía concebida por Cohen es la construcción que hoy llamaríamos de un *influencer*. Ahora bien, un único cuerpo humano no puede cumplir con ello sin la multiplicación que habilitan las pantallas de las computadoras u otras tecnologías sofisticadas, así que, en ese mundo previo a la Web 2.0, lo que se imagina Cohen es la contratación de un sucedáneo, como vimos en páginas precedentes. Más allá de la diferencia, se ve esa explotación del afuera en escalas no biológicas (ya sea, por ejemplo, por la exigencia de estar en dos lugares a la vez, ya sea por el requerimiento de aparecer ininterrumpidamente, ya sea por tener una imagen imposible). Funcionando conjuntamente, original y bis cumplen con la imposición del afuera. Un afuera que no es el de nadie particular ni de un

⁵³ Solo mencionamos sin ahondar en este punto porque en el periodo en el que nos circunscribimos aún se está configurando. Pero hay análisis muy interesantes al respecto presentado por Flavia Costa en el capítulo “Big data, algoritmos y el nuevo orden informacional” en *Tecnoceno* (pp. 29-71) y por Byung-Chul Han en “El régimen de la información” e “Infocracia” en *Infocracia* (pp. 9-24 y 25-42 respectivamente).

entramado cercano, es el mercado de la visibilidad a niveles bien amplios, bien trascendentes, incluso hasta romper emocionalmente a quien se entrega a ello. El famoso y su bis mutan; mutaciones que se apuran con cirugías, pastillas y gimnástica, todo a una velocidad que escapa a la dimensión humana y que desarma cualquier estabilidad física y emocional, como se ve en el protagonista de la *nouvelle* que se siente perdido y extraño respecto de sí. Es una imagen espectacular armada cuantitativamente. Incluso cuando pierde su trabajo de sucedáneo, la empresa no puede dejarlo con la imagen de la celebridad, por eso le hacen una nueva cirugía de cara. Como ni él ni la empresa tienen ninguna pretensión o finalidad, la libertad del cirujano fue generar el rostro de Tito Rembrandt, hijo del célebre pintor, copiado de un cuadro de 1657. Y así se parodia el hecho de que el protagonista (ex sucedáneo) no sabe qué lo identifica (ni física ni subjetivamente).

Suely Rolnik escribe a principios del siglo XXI que “nos vemos solicitados todo el tiempo y por todas partes a invertir la poderosa fábrica de subjetividad serializada, productora de estos hombres y mujeres que somos, reducidos a la condición de soporte de valor”. Es decir que muchas veces asumimos “identidades reconocidas” (Rolnik y Guattari, 2013: 18) que, en realidad, no nos pertenecen. Rolnik retoma sus reflexiones junto a Félix Guattari, hechas ya en la década de 1980, a partir de lo que llaman “subjetividad capitalística”, la cual no refiere exclusivamente a “la subjetividad individuada –subjetividad de individuos– sino a una producción de subjetividad social que se puede encontrar en todos los niveles de la producción y el consumo. Más aún, producción de subjetividad inconsciente”, porque “produce incluso aquello que sucede con nosotros cuando soñamos, cuando devaneamos, cuando fantaseamos, cuando nos enamoramos” (Rolnik y Guattari, 2013: 25). Las máquinas de la subjetividad no son nuevas, según ambos, solo varían conforme a los períodos. En este sentido, lo que resulta manifiesto, desde este tecnocapitalismo que estamos analizando, es que las demandas se amplían: ya no se circunscriben a los círculos cercanos, personales o profesionales o locales, sino que empiezan a contemplar tramas menos inmediatas y en una continuidad ininterrumpida. Pero también vemos que ese soporte de valor que menciona Rolnik se construye hacia delante; es un valor futuro y fuera de este presente.

La mercantilización de datos, gracias a la minería de datos, trabaja –como explica Costa– con “modelos probabilísticos y no otros, como por ejemplo simulaciones”, que se proponen como modelos predictivos (y no explicativos) (Costa, 2021: 63). Y esos datos mercantilizados, por probabilidad y predicción, se explotan, se modulan e inducen

comportamientos. No se deja acontecer sin más, sino que, gracias al armado de perfiles, se predice un comportamiento subjetivo y se lo afecta, sin apelar a su racionalidad, para producir subjetividades en determinada dirección, pero ya no especialmente con su trabajo consciente sino fundamentalmente de manera indirecta con la intención de producir un valor⁵⁴. De este modo, los datos brindados consciente e inconscientemente no solo nos son devueltos como pronósticos de nuestro comportamiento, sino principalmente como prescripciones hacia una orientación. Es, planteamos, la modulación de *formas* que construyen valor hacia adelante. Sin embargo, cabe preguntarse cuánto de ese poder prospectivo y proyectivo deseamos encomendar a la inteligencia artificial.

La ontología de la información, con su dispersión epistémica (Costa, 2021: 37), ha permitido concebir y reducir formas de organización (orgánicas e inorgánicas) a mero dato. Este hecho posibilita expansiones inimaginables para el humano y lo humano, pero, al mismo tiempo, tiende a llevar su existencia y sus afectos a ese único plano. César Aira en *El juego de los mundos* fantasea ese absoluto mucho antes de que alcanzara lo que en la tercera década del siglo XXI resulta insoslayable. Esa Realidad Total del juego de Tomasito propone pensarse como la existencia del futuro en la que solo importa la acumulación de información para salvar formas de organización que logren expandirse en una continuidad ininterrumpida, cuyo requerimiento puede prescindir sin duda del soporte humano. Pero también, más acá, en la existencia terrestre, cuando lo humano, en sus formas de pensarse, de mostrarse, de relacionarse o de expresarse, se conecta con la máquina ilimitada de la mercancía espectacular, también pierde su marco de definición para transferir a patrones no humanos aquello que pueda determinar su existencia. Así, nos muestra “Variedades” de Marcelo Cohen. Tanto una novela como la otra piensan un

⁵⁴ No trabajamos especialmente este aspecto por escaparse del periodo. Pero se pueden mencionar dos modos de esa explotación subjetiva inconsciente. Por un lado, la menciona Flavia Costa con el caso de la productividad en términos de “prosumo”, que refiere a que mientras se consume, se producen valor (2021: 66-67). Por otro, Byung- Chul Han se detiene en exponer esta cuestión en clave política. Así, describe cómo el *microtargeting* (o *marketing* psicopolítico), a través de la publicidad electoral adaptada a psicogramas específicos junto con las *fake news*, constituye formas sensibles de subjetivación que afecta nuestra relación con el mundo y con los otros (2022: 35-37).

modo de vida en el que el humano, la forma hombre de la modernidad, brilla, pero brilla como los huesos del cadáver, como el fuego fatuo que todavía se percibe en su descomposición.

Capítulo 8

Sobre la reagrupación del lenguaje⁵⁵

A esta fullería saludable, a esta esquiva y magnífica engañifa que permite escuchar a la lengua fuera del poder, en el esplendor de una revolución permanente del lenguaje, por mi parte yo la llamo: literatura.

Roland Barthes, *Lección inaugural*, 1977

8.1. El lenguaje del afuera de la literatura

El recorrido hecho hasta este punto propuso mostrar un fenómeno cultural que toca la literatura, porque ella, como escribe Daniel Link, tiene límites, como la teoría, la cultura y la historia, con los que se encuentra y se confunde (Link, 2003: 11). Pero también, por su historia misma, se sabe específica y, en el tiempo que estamos analizando, tiene sus propios asuntos. En relación con esto, el presente capítulo se centrará en lo particularmente literario, en lo finito-ilimitado literario de este contexto de fin del siglo XX y principio del XXI.

Nuestro punto de partida teórico referido a la vida, al humano y a la existencia remite a las reflexiones de Michel Foucault. Y es él, también, quien ya en 1966, en *Las palabras y las cosas*, muestra una transformación que pone a la literatura en el centro del cambio epistémico en el que nos detenemos. Fundamentalmente, porque empieza a advertir que el área del lenguaje ya no sigue ni se ordena según una medida humana como existía hasta la organización filológica o la gramática general, las cuales se justificaban en un supuesto origen, en una causalidad, en una historia, en un ordenamiento lógico. Por el contrario, el lenguaje –nos explica Foucault–, hacia fines del siglo XIX, se hace fundante de sí, sin dependencia de un sentido trascendente. Es el reconocimiento de que hay un lenguaje que nos atraviesa, pero que se separa de la representación en un repliegue sobre sí. Foucault señala que es “el filólogo Nietzsche” quien revela que la indagación filosófica no está en saber qué es el bien y el mal, sino en advertir qué es designado y quién designa; es decir, quién detenta la palabra y hacia dónde. La respuesta, sin embargo,

⁵⁵ Este capítulo se centrará en un aspecto exclusivamente literario a modo de propuesta de una potencia expresiva humana en esta universalización de los datos que no parece identificar singularidades fuera de la cuantificación. Además de un recorrido teórico, recuperaremos la reflexión que dos de nuestros autores (César Aira y Marcelo Cohen) tienen sobre la literatura en el momento en que situamos el análisis.

no es de Nietzsche sino, según el filósofo francés, del poeta Stéphane Mallarmé, porque es este último quien expone que el que habla es el lenguaje. De este modo, Foucault advierte que, a fines del siglo XIX, empieza a haber un reconocimiento de que ya no hay un orden limitado del lenguaje, ni es este un objeto de conocimiento humano, sino que se marca otro orden, en el que la literatura ocupa y toma una posición extrema:

se encierra en una intransitividad radical; se separa de todos los valores que pudieron hacerla circular en la época clásica (el gusto, el placer, lo natural, lo verdadero) y hace nacer en su propio espacio todo aquello que puede asegurarle la denegación lúdica (lo escandaloso, lo feo, lo imposible); rompe con toda definición de “géneros” como formas ajustadas a un orden de representaciones y se convierte en pura y simple manifestación de un lenguaje que no tiene otra ley que afirmar –en contra de los otros discursos– su existencia escarpada; ahora no tiene otra cosa que hacer que recurrirse en un perpetuo regreso sobre sí misma, como si su discurso no pudiera tener como contenido más que decir su propia forma: se dirige a sí misma como subjetividad escritora donde trata de recoger, en el movimiento que la hace nacer, la esencia de toda la literatura; y así todos sus hilos convergen hacia el otro extremo más fino –particular, instantáneo y, sin embargo, absolutamente universal–, hacia el simple acto de escribir. En el momento en el que el lenguaje, como palabra esparcida, se convierte en objeto de conocimiento, he aquí que reaparece bajo una modalidad estrictamente opuesta: silenciosa, cauta deposición de la palabra sobre la blancura de un papel en el que no puede tener ni sonoridad ni interlocutor, donde no hay otra cosa que decir que no sea ella misma, no hay otra cosa que hacer que centellear en el fulgor de su ser (Foucault, 1984: 293-294).

Este pasaje que advierte Foucault es el fin de la antropología como analítica de conocimiento para dar paso a un nuevo modo de pensar, el cual refiere al vínculo con el afuera que, en el caso del lenguaje, supone fuerzas que no están en el lenguaje, aunque son propias de él. Tal como aclara Gilles Deleuze: es un *afuera* y no un *fuera* del lenguaje. El afuera refiere a los límites del lenguaje, es algo que aún se vincula con él, por ejemplo, la agramaticalidad; en cambio, lo que está fuera, como ideas puras, no puede vincularse con la lengua (Deleuze, 2014: 316-317). Por ello, es el *propio afuera* del lenguaje; no un exterior, sino un acontecer del mismo lenguaje que traspasa su ser. Y es un nuevo modo que se va desarrollando poco a poco durante el siglo XIX, se extiende en el XX y lo reconocemos también en las primeras décadas del XXI, aunque no con la misma radicalidad. Es la combinación de nuevas fuerzas que da una nueva forma. Esta nueva forma acontece, expone Foucault, cuando el lenguaje logra reagruparse. Se reagrupa luego de que, en el periodo previo, con la primacía de una analítica antropológica, la forma hombre se constituye en la dispersión de otras formas, entre ellas, el lenguaje, con las familias de lenguas, las lenguas nacionales. Ahora bien, esa forma hombre llega a su fin y esto acontece cuando, a los ojos del filósofo, el lenguaje se reorganiza y alcanza una unidad:

Si ahora este mismo lenguaje surge con una insistencia cada vez mayor en una unidad que debemos pero que aún no podemos pensar, ¿no es esto el signo de que toda configuración va a oscilar ahora y que el hombre está en peligro de perecer a medida que brilla más fuertemente el ser del lenguaje en nuestro horizonte? El hombre, constituido cuando el lenguaje estaba avocado [sic] a la dispersión, ¿no se dispersará acaso cuando el lenguaje se recomponga? (Foucault, 1984: 374).

De este modo, y según lo que venimos planteando, podemos pensar que esa forma de reagrupación del lenguaje es un fenómeno local antientrópico, en tanto propone un principio de organización y constituye una inmanencia. Ya no se ocupa de lo que las palabras designan ni de lo que ellas significan ni de su significante. La literatura se ocupa de ella misma, del “simple acto de escribir”. Es el lenguaje que va hasta sus límites, hasta la mudez, lo informe y lo insignificante (Foucault, 1984: 372) para encontrar su propia lengua. La literatura, en estos términos, es poder conformar un lenguaje que se experimente en sí mismo, en sus potencias, sin salir de él, pero llevándose al límite, sin ser trascendente a él. La literatura es, así, habitar el ser bruto del lenguaje.

Siguiendo esta genealogía, la transformación tiene una conciencia en la poesía, pero la inquietud también estaba en la prosa. Daniel Link nos recuerda que ya Gustave Flaubert, a mediados del siglo XIX, buscaba escribir un libro que se sostuviera en el mismo lenguaje (Link, 2003: 162). El arte, en la época del escritor francés, había alcanzado una significativa autonomía con respecto a su historia precedente, tanto en la producción como en la recepción: ya no estaba ese vínculo con la institución religiosa ni con la corte. No obstante, su finalidad seguía demasiado pegada a la representación de la propia clase burguesa⁵⁶, lo cual parece ser advertido por Flaubert y, por ello, escribe que el futuro del arte literario está en ese desapego de lo que está fuera de él. De este modo, se ingresa al siglo XX con el reconocimiento, en la literatura, de concebir las posibilidades propias del lenguaje. Incluso, los movimientos literarios de vanguardia de las primeras décadas del segundo milenio con la crítica a la separación del arte y la vida y su intención de reconexión (Bürger, 2000: 103-4) no interrumpen este movimiento en el que la literatura se da como un espacio de experiencia de lo impensable, de la muerte, de la repetición. Foucault, cuando piensa en ello, introduce los nombres de Stéphane Mallarmé, de Antonin Artaud, Raymond Roussel, Franz Kafka, Georges Bataille, Maurice Blanchot y podríamos nosotros sumar a Jorge Luis Borges, Manuel Puig o Juan José Saer.

⁵⁶ Al respecto véase Bürger, 2000.

Y este enclave antientrópico de la literatura es el devenir de la cultura occidental según el despliegue acontecido desde el anuncio de la muerte del hombre, porque el hombre fue avisado de su finitud y su saber finito (Foucault, 1984: 372-374). Sin embargo, este anuncio no limitó ni la participación en el pensamiento ni en la capacidad expresiva, pero supo reconocer, en algunos casos, su limitación; en otros, todavía hay un sueño de poder contar una historia.

8.2. La poética aireana en los albores del siglo XXI

Entendida esa imposibilidad de representación, de la centralidad del hombre, de un saber universal y de los ideales universalistas del humanismo ya debilitados en distintos momentos del siglo XX, la literatura a fines de ese siglo sigue indagando sus posibilidades. Sin duda, no podrán ser las de la cultura letrada, pero ello no significa la muerte de la literatura ni su sinsentido, sino que es la reafirmación de su existencia, de una inmanencia. Ya no será un discurso de la verdad ni de la representación, ni traerá soluciones absolutas, porque en todo caso se reconoce como perspectiva y toda propuesta de sentido la tiene en esa perspectiva, en el campo de inmanencia que constituya.

De este modo, si en ese pasaje entre los siglos XX y XXI en distintas esferas del arte pero, en particular, en la de la literatura la pregunta por el sentido o su función resurge⁵⁷, no se concluye con una imposibilidad, sino con nuevos caminos. En 2001, César Aira escribe un artículo para la revista *Ramona* en el cual señala una función muy concreta para el arte en este mundo tecnológico que se transita con la nueva centuria. En relación con esto, el escritor reconoce un proceso que fecha hacia 1950, en el que advierte el abandono de un entendimiento sobre las máquinas que nos rodean, en un orbe que se fue llenando cada vez más de ellas en los distintos planos de la existencia. Las usamos, sin duda, pero pocos saben, dice Aira, cómo realmente funcionan y, en este sentido, asume que vivimos en un mundo de “cajas negras”. Es cierto que las máquinas acompañaron al humano en distintos momentos históricos, pero el sujeto sabía o se proponía entender el funcionamiento de ellas. Sin embargo, desde esa fecha de mediados del siglo XX, Aira señala que ya no existe ni siquiera ese gesto de comprender no el uso sino el funcionamiento y esto supone, desde su perspectiva, una atrofia de una inteligencia particular. No obstante, reconoce que posiblemente es una vieja inteligencia, inútil tal vez

⁵⁷ Véase, por ejemplo, la reflexión de Daniel Link en el capítulo “¿Hay que continuar?”, en Link, 2003.

para el siglo que empezaba. Ahora bien, también admite que desechar sin más esa posibilidad de entendimiento que habilita esa vieja inteligencia puede ser poco deseable en un mundo que, afirma el escritor, no es homogéneo. Entonces, en países periféricos, esa inteligencia puede resultar necesaria. Por ello, su hipótesis es que “el arte sigue siendo el mejor campo de práctica y experimentación de la vieja inteligencia, la que se imponía el objetivo de saber cómo funcionaban las cosas, y cómo funcionaba el mundo” (Aira, 2001: 5).

Y, como reflexión general, escribe:

la práctica del arte es la única con consenso social en la que pueda desarrollarse un saber que en todos los otros ámbitos está en acelerado proceso de extinción. Esto se debe a la radicalidad inherente del arte, que no se diferencia de las artesanías y la manufactura utilitaria sino en su capacidad (sin la cual no es arte) de desarmar por entero el lenguaje con el que opera y volverlo a armar según otras premisas. Si no retrocede hasta el punto de partida, no es arte, aunque lo parezca (Aira, 2001: 5).

Así, la propuesta aireana del arte, y en particular de la literatura, se acerca al afuera del lenguaje de Foucault. De hecho, la literatura del escritor argentino es un ejemplo de ello. Muchas de sus novelas se desarticulan en su discurrir, no siguen una dirección ordenada ni estructurada y, por ello, como señala Beatriz Sarlo, puede leerse como una literatura que se socava a sí misma, deshaciendo su trama, cambiando de registro o yendo hacia otro lado (Sarlo, 2006: 3).

En el caso de *El juego de los mundos* hay, además de una reflexión de época (que presentamos en el capítulo precedente), un sobrepliegue sobre la literatura que no se propone otra cosa sino indagar la experiencia del lenguaje. El motivo más representativo de la novela (la preocupación del padre por el juego destructor de su hijo en la Realidad Total que reimplanta la idea de Dios) es paralelo a otro planteo que apela e indaga en lo propiamente literario, en sus límites. Uno de ellos, ya comentado en este trabajo, es la desestabilización de los tiempos verbales requeridos por el verosímil del género de ciencia ficción; esto es, la idea de Theodor Adorno respecto de “hablar del futuro como si fuera pasado”. El narrador de *El juego de los mundos*, a lo largo de la novela, hace convivir de modo contradictorio esa temporalidad pasado-futuro a través de los tiempos verbales que se usan. Es evidente que Aira conoce y entiende el planteo adorniano y prueba otros márgenes, se ríe de los usos esperados de los tiempos verbales e indaga nuevas formas de componerlos, lo cual pone al lector en varias paradojas y aporías.

También este sobrepliegue aparece, como mencionamos⁵⁸, en su *mise en abîme* cuando el protagonista remite a un afuera de la ficción para ser parte del lector y, sin embargo, volver otra vez a la ficción, cuando se dice que el protagonista mató a Dios.

Asimismo, aparecen reflexiones respecto de la idea del relato como hecho posterior a la experiencia; a saber, se cuestiona, de algún modo, la necesidad de que la experiencia sea motivo para la narración. Ejemplo paradigmático de esa tradición que aboga por la vivencia para escribir es la literatura de viaje que supone que el viajar habilita una narración. Aira personaje señala: “porque los libros se escribían, según tengo entendido, después de haber vivido lo que contaban. Y ahora, en el futuro, con tantas manipulaciones a que hemos sometido la realidad, la secuencia se ha confundido” (Aira, 2000: 74-75)⁵⁹. Por ello, este personaje escritor (que explica lo que hace en realidad nuestro narrador) propone lanzarse a una aventura que implica, por un lado, escribir sin experiencia; por otro, escribir sin forma, aunque sabe que “[p]ara ser relato, debía tener una forma” (Aira, 2000: 74). Sin embargo, el protagonista está entregado a su plan aventurero, entre otras cosas, porque a nadie, en esa época del futuro, le importa el contar, el narrar. Entonces, reconoce:

Pero nada debía preocuparme menos. Para eso estaban los dispositivos del discurso. Mejor dicho: estaban para otra cosa, para darle sentido al palabrerío vacío de todos los días. Pero ya que estaban, ¿por qué no usarlos para algo más amplio, si bien más inútil, como contar una aventura? Así podía resultar algo hermoso y extraño, el equivalente de lo que en otros tiempos era escribir un libro (Aira, 2000: 74).

De este modo, nuestro personaje se entrega a lo informe y sin otra experiencia más que a la aventura del escribir. Esa aventura se va a fusionar con la historia representativa: la Realidad Total que reimplanta la idea de Dios. Esto ocurre porque nuestro personaje advierte que el mundo de su hijo se opone a su mundo humanista al volver a considerar la idea de una totalidad absoluta a la que no es posible afectar. Pero en este punto recuperemos el artículo de la revista *Ramona*, debido a que en este también aparece la cuestión de la divinidad que todo lo controla y deja sin explicación comprensiva al humano. Veamos lo que escribe Aira en esa publicación periódica:

¿Quién sabe en realidad cómo funciona un teléfono? Yo tengo una teoría: cada vez que marcamos un número y nos contestan, es porque ha intervenido Dios y ha puesto en acción su omnipotencia para hacer suceder algo que en términos naturales no podría suceder. En el siglo XVII el filósofo francés Nicolás Malebranche construyó una curiosa teoría según la cual entre cada causa y efecto participaba Dios para efectuar la conexión.

⁵⁸ Al respecto, véase supra página 109.

⁵⁹ Así están las tres alteraciones: tiempos verbales (el presente es futuro y este es pasado), ficción/ no ficción (Aira personaje/ Aira escritor) y, finalmente, la experiencia que habilita el relato/ el relato como la experiencia en sí.

Desteologizando a ese “Dios”, tenemos una buena explicación general del mundo contemporáneo (Aira, 2000: 4).

Luego, más adelante en el mismo artículo, Aira sigue:

Es como si se hubiera clausurado la posibilidad lógica de que haya alguien lúcido o inteligente. No tendría sobre qué emplear su clarividencia, porque ya no hay nada que desarmar y volver a armar. La ciencia sigue empeñada en ese trabajo, pero ahora la ciencia requiere un cuantioso financiamiento que va a una élite dócil al poder, en tanto admite cerrarse sobre sí misma y funcionar ella también, respecto del resto de la sociedad, como una caja negra. Creemos que apretando un botón podemos poder [sic] a nuestro servicio las partículas del átomo, o clonar vacas, y es probable que podamos hacerlo, pero eso no va a enseñarnos cómo se hace. Crece el abismo entre causas y efectos. Dios avanza (Aira, 2000: 4).

En ambas citas se ve la reflexión que Aira presenta respecto al Dios con el que vivimos: es el Dios que anula el gesto, la intención, la posibilidad de la experimentación humana de entender. Es un Dios que nos deja embobados en la tecnología y que solo admite que la usemos, sin pensarla ni cuestionarla. Y es esta la discusión que tiene el personaje principal de *El juego de los mundos* con su hijo Tomasito. Por ende, al final de la historia, la aventura que emprende el protagonista es combatir esa idea y lo hace en esa hazaña de escritura final. Así, escribir va a constituir la experiencia en sí misma y, en esa misma experimentación, se armará una forma sin formato previo. Es un plan y no el plano; es decir, el plan puede variar según los acontecimientos mientras que el plano se propone representar lo que debe ser finalmente. Y en ese plan, se prueban y corren límites. De hecho, la inclusión de la figura de Dios es otro de los corrimientos de género porque, como explicita Daniel Link, “el mundo de la ciencia ficción es un mundo en el que Dios, como personaje, tiene dificultades para colocarse respecto del sistema actancial canónico de la ciencia ficción” (Link, 2003: 122). Esto acontece porque el universo científico que propone una narración del género se explica con leyes materiales de ese mundo ficticio y no puede apelar a un absoluto divino. No obstante, Aira, en sus máquinas ficcionales, no duda en minar todas nuestras expectativas.

Entonces, el protagonista de *El juego de los mundos* busca a Dios y lo encuentra. Para ello, tuvo que seguir no su idea sino Su idea, la de Dios: la de la Realidad Total, la que considera que es posible “atravesar toda la realidad de un solo paso” (Aira, 2000: 76). Así, tenemos a nuestro protagonista y la divinidad máxima que es grotescamente presentada como un exoedro de cartón con patas de araña y peluca rubia, de unos cuarenta centímetros. Lo ridículo combinado con lo infinito: las características físicas trazadas con abyección y una figura difícilmente imaginable, primero por inexistente, luego por ese

señalamiento de caras que solo indica exterior, lo que está fuera; tal vez como modo de pensar una figura ilimitada que lo es todo. En este combate, el protagonista le quita la peluca y empieza a patearla, mientras Dios sigue a ambos. Así avanza este trío que el narrador describe como “una persecución futbolística”, “una verdadera Santísima Trinidad en línea recta” (Aira, 2000: 77). Y en esta carrera no hay límites identificados.

Por suerte el viejo departamento en el que vivía Dios era infinito, como corresponde a Su naturaleza, así que podíamos seguir indefinidamente. Ya habíamos dejado atrás las galaxias conocidas y desconocidas, y seguíamos corriendo, la peluca abriendo la marcha al ritmo de mis precisas patadas de puntín, el Bicharraco a la retaguardia agitando todas las patas en molinete, sin disminuir ni aumentar la distancia, y yo al medio como el motor y el alma de la escena, atlético y entusiasta, resoplando como una ballena. No me reconocía a mí mismo. Nunca me habría creído tan deportivo. Pero es que me estaba creando de nuevo (Aira, 2000: 77).

Esa experiencia a la que se aventura el protagonista (y que relata mientras acontece y no posteriormente) es identificada como única, porque se anima a hacer lo que nadie ha hecho: hacer “un agujero irreversible a la idea de Dios”. No era un resumen, como proponía la literatura de ese tiempo del futuro, “era el relato completo de lo que pasaba” (Aira, 2000: 78). Es la entrega a ese discurrir infinito e impredecible, pero que no pone al humano en una subordinación, sino que lo hace partícipe y artífice de ese acontecer. Dios no está allende el humano; conviven, se afectan entre sí. Esa es la victoria de Aira personaje. Nuestro narrador, más sarcástico y perspicaz, concluye *El juego de los mundos* con el reconocimiento de un cuestionamiento no solo a la representación, al sentido trascendente de la obra, sino a algún tipo de conclusión. En esta “novela de ciencia ficción”, como reza el subtítulo, nos encontramos con una literatura poco estructurada en su forma, con sentidos estallados hacia distintos planos (como ya mostramos) y con un corrimiento de los límites previstos. De este modo, se observa una propuesta literaria en un contexto en el que se anunciaba una literatura que no admitía lecturas literarias, que carecía de sentido si eran o no literatura, refiriéndose con ello a si el señalamiento era a la realidad o la ficción⁶⁰.

Por el contrario, encontramos, y este un ejemplo y luego veremos otro, una propuesta literaria que piensa y experimenta sin someterse a lo que está fuera, pues su indagación es literaria y esta, tal vez, posibilite, como solicita el ensayista Aira en el artículo de la revista *Ramona*, otra forma de entendimiento. Entonces, además de esas literaturas postautónomas, hay ficciones que, en ese fin de siglo y principio de uno nuevo,

⁶⁰ Véase Josefina Ludmer, 2009.

marcado por un tecnocapitalismo, plantean propuestas estéticas que se saben limitadas en tanto perspectiva, pero en diálogo con ese orden de mundo ilimitado en el que están. Es el reconocimiento de un entendimiento sobre el lenguaje como un sistema abierto, un finito-ilimitado, en el que se experimenta en el mismo lenguaje sin llenarse de trascendentes. Es, a su vez, un lenguaje que entiende la necesidad de un virtual: no se propone, entonces, en un puro actual, sino que trabaja con lo trascendental no solo en la misma narración sino en la conjunción con otras ficciones. Aira, con la idea de su obra como Enciclopedia (idea también presentada en esta narración), implica esa necesaria ampliación e inconclusión. En este sentido, *El juego de los mundos* está llena de virtuales. Y, por ello, muchas veces esta novela es leída como un sin sentido, como sin dirección (como se dice de otras narraciones de Aira). No creemos que así sea y la conciencia escrituraria del narrador nos lo demuestra, porque deja pistas, porque es hablado por ese lenguaje que no pretende cerrar, sino sumarse esa posibilidad infinita que le propone y entregarse a ese ser bruto del lenguaje.

8.3. La poética coheniana: un excursión literario

Marcelo Cohen en su libro *¡Realmente fantástico! y otros ensayos* está, a su modo, en esta línea teórica estética que venimos planteando. Detengámonos en un pasaje:

Una ficción puede ser autoritaria o simplemente una ficción. En el primer caso tiene muchas posibilidades de ser una mentira.

Decir que el pensamiento constituye la realidad y los hechos no difiere mucho de decir que lo distintivamente humano es “hacer literatura”. Lo que llamamos literatura sería entonces un grado formal superior o simplemente consciente de esa actividad compulsiva. Un quehacer enfático pero desinteresado. De los géneros literarios, el relato de ficción se ocupa de lo que pasa. El acontecer incluye al que cuenta, a las cosas y a lo que media entre el que cuenta y la realidad de él mismo y de las cosas, en las que también emergen acontecimientos. Al revés que las ficciones autoritarias, míticas o performativas (como las teorías sistemáticas y las ideologías), el relato literario es consciente de su provisoriedad, inventa para conocer o mejor dicho para aprender: tal vez lo único que quiere es salvar las mediaciones, haciendo siempre la excursión frustrada, y por eso penosa o placenteramente variable, que lleva a la realidad de lo inhumano y también de cada hombre. Un rasgo de esta excursión es que prescindir del encuentro con una verdad sustancial identificable, y mucho más de la pretensión de corroborarla como si existiera. Por eso puede ser una excursión fantástica.

Cada relato es la constancia de una excursión así. Una vez escrito, no hay manera de ignorarlo. La realidad se ha vuelto más amplia, o más numerosa, y más compleja. Este acto impertinente y hasta intrusivo tiene dos justificaciones: es gratuito, irrelevante, y nadie lo comete sin denunciar el carácter sospechoso de cualquier verdad que no sea del caso.

Para volver al tao: “Perfecto viajero es el que no sabe adónde va” (Cohen, 2003: 130-131).

De esta cita nos interesa destacar tres cuestiones. La primera refiere a concebir una ficción como un fenómeno que es parte de la existencia, que –aunque indirectamente lo haga– dialoga con ella y suma a ella, así que amplía el mundo. En este sentido, lo que hicimos en los capítulos previos fue tratar de mostrar que “el relato de ficción se ocupa de lo que pasa”. Ahora bien, reducirlo a eso sería (y aquí aportamos la segunda cuestión) triste y falso; sería igualarlo a las ficciones autoritarias; sería mentir. Por el contrario, la ficción –y este es el segundo punto– busca “salvar las mediaciones” porque se sabe inestable, insegura, sin respuestas. Y, a partir de ello, viene la tercera cuestión: la idea de excursión, en su sentido primario: correr hacia afuera. El narrador como quien hace una excursión y no turismo⁶¹: no tiene un destino claro, no busca una “verdad sustancial identificable”, se entrega sin saber adónde irá. Esta perspectiva no es lejana a lo que presentamos con Aira y con Foucault: desarmar lo ya previsto del lenguaje, buscar sus límites y traspasarlos, sin la predeterminación de llegar a un punto claro; es una ex-cursión.

La *nouvelle* “Variedades” es el relato de una primera persona protagonista que escribe en folios publicados en una plaza pública donde los otros leen y comentan lo narrado. En este ejercicio hay una búsqueda: la del sentido, que es, en definitiva, en otro nivel, la misma que ese narrador indaga respecto de su identidad. La intención de este narrador, ya sea reemplazante, portero o cerrajero, es encontrar una identidad que –va creyendo– se construye en una unidad cerrada en un yo. Al final, al menos el del lector, el narrador descubre que esta exploración hacia una identidad es ilimitada y que la unidad no es tal. Ilimitada porque lo que nos constituye e identifica –reconoce el protagonista– no es una única cosa, sino varias, y contradictorias, que conviven sin resolución y que son en tanto devienen. Paralelamente, *un* sentido en la escritura está dado –y no solo en esta ficción coheniana– en el despliegue de lo que es y ello es un plano de inmanencia; a saber, una singularidad en sí que no remite a un yo ni a una historia; es la afirmación de un acontecer experiencial del escribir.

⁶¹ En este derrotero se puede también recuperar, por un lado, la propuesta de Daniel Link en la separación que presenta, en el periodo que nos ocupamos, entre la literatura (pero podría ser también otra disciplina artística) que es arte y aquella que es consumo cultural. Al respecto, Link sostiene que se consume estética sin arte, una “estética encrática” (por oposición a la “acrática”). “El lenguaje encrático de la cultura, sostenido por el Estado, está en todas partes: es un discurso difuso, expandido, y *repleto*. No hay lugar en él para el otro que sería el arte (paradoja de nuestro tiempo: el arte como el otro de la cultura, la cultura como antítesis del arte). Es la hegemonía de la cultura industrial” (Link, 2003: 171). Por otro lado, también está esa separación en *La revolución electrónica*, de William Burroughs, con su teoría del lenguaje virus. Se puede reproducir el lenguaje del control, que es el que nos invade; pero este mismo puede ser desestabilizado desde el lenguaje artístico para salirse de esa expresión y pensamiento dominante.

Como los rudimentos que he adquirido no me impiden meter la pata, (cómoda expresión corriente) sé también que el arte de la redacción clara es tan sencillo de comprender como difícilísimo de practicar. Sé que es decisivo ser perseverante, aunque no se vea bien el final, quizá precisamente porque no hay final cuando se redacta, y porque la falta de final visible es un regalo, digamos, la ocasión que tiene la persona aplicada de encontrar por el camino de su historia una que otra perlita psicológica o sentimental, de entender aunque sea un poco la historia que está redactando (Cohen, 1998: 9).

En otros términos, la redacción se concibe como un hacerse en un permanente transitar, sin buscar el objetivo a alcanzar porque este se realiza solo en ese *entre* que es escribir.

Cuanto más los miro [los folios dobles de clodoperlonato que es donde escribe el protagonista] más me convengo de que redactar no tiene sentido. Se me olvida cuál es el fin de provocar el afloramiento, en forma de palabrejas, de lo que un cuerpo siempre sagaz quiso relegar a una serena condición de sustancia química. Y no creo que sea posible, como se dice, desenterrar una experiencia asimilada tiempo atrás. Si algo se desentierra es otra cosa, algo en cuanto es tocado por las palabras se pone a arder y las carboniza; de modo que en vez de desenterrar, uno va inventando, para salvar algo, y al fin y al cabo la experiencia que se cuenta es el mero, ingenuo esfuerzo de la redacción misma (Cohen, 1998: 87).

Entonces, contar algo trasluce no ese algo sino el narrar. El narrar pasa a primer plano y así el sentido que cree dominar quien escribe se disuelve en el hecho mismo de la escritura. El yo pienso cartesiano y la escritura se separan o, en otras palabras, eso escrito no tiene que ver con un yo. En este sentido, hay, en el narrador de “Variedades”, una conciencia que identifica la escritura con las transformaciones permanentes que vive:

... bien pronto se ve que la labor [de redactar] suscita cuestiones complejísimas, y yo las abordaría si me cayesen más cerca. Nostante [sic] mis problemas son más elementales; por ejemplo, cómo no usar frases muy largas, o cómo evitar los gerundios. Y sobre todo, cómo conseguir un estilo, modesto pero duradero, cuando uno, yo, intuye que lo único de duradero que hay en uno es, intentaré formularlo, una sucesión de lo que va mostrando en su existir. Acciones. Momentos. O, en mi caso, caras (Cohen, 1998: 10).

También:

Sé que, por más que no muestre siempre la misma cara y note cambios tan súbitos en las otras personas y en derredor, uno vive con el deseo de tener una forma. De nada vale hacerse el bobo; y menos vale ser bobo: una forma duradera que pueda advertirse en la criatura cambiante es el anhelo del que uno cae presa en cuanto se distrae un rato; o sea bastante a menudo (Cohen, 1998: 10).

El estilo es parangonado a la identidad y ninguno posee una configuración estática; la permanencia en una forma en ambos casos es solo un deseo que no guarda relación con lo que es. Así, en “Variedades” aparecen dos niveles: sujeto y escritura; sin embargo, un mismo modo de ser, cada uno en su cualidad. Son dos formas que parten de una condición limitada hacia posibilidades abiertas. En este punto y a los fines de este capítulo, nos

detenemos en el nivel de la escritura pues encontramos allí la propuesta literaria de Cohen, que aparece también en otras narraciones. La literatura coheniana es un ejemplo de un orden de escritura que se pliega sobre sí para poner en juego los límites del decir y sus posibilidades. En este sentido, se instaura un plano de inmanencia en el que se propone no tanto, ni fundamentalmente, recorrer una historia sino hendir los límites de la lengua.

Esa hendidura, en Cohen, es el espacio político de la literatura, donde se puede producir afecciones; esto es, la posibilidad de afectar. En una entrevista, Cohen afirma que “el lenguaje es pensamiento” y “el pensamiento es el lenguaje”. Al respecto, reconoce, por un lado, nuestra tendencia a la repetición de un mismo decir, es “la repetición de las formas verbales de comunicación” que moldea nuestro pensamiento. Por otro, hay una búsqueda para salir de esa repetición y, en su caso, propone la literatura. Detengámonos en el siguiente pasaje de la entrevista:

Uno escribe siempre las mismas palabras, cuenta todo de la misma manera, pensamos todos lo mismo y sentimos lo mismo, porque sentimos lo que decimos que sentimos. “Te quiero mucho”; todo el mundo quiere mucho a todo el mundo. No se puede matizar porque hay una pérdida de la complejidad de la sintaxis, los matices, no hay relacionantes, no hay subordinadas, no hay variantes del pasado, no hay pretérito del subjuntivo. Eso plancha la experiencia. Uniformiza las emociones. Crea impotencia. Se evita tener que decir algo más. Matizar. Es una de las maneras de que el lenguaje nos hace. La literatura también, hay literatura traducible y literatura no traducible. La literatura socava, amplifica, modula, suple, abastece, enriquece o cuando es necesario disminuye el volumen, la intensidad, del discurso circulante o lo que se llama prosa de Estado. Son los límites del discurso, qué se puede decir en una época y qué no (Cohen, 2018).

Así, observamos en Cohen la conciencia de los modos del lenguaje: la social y cotidiana (que no es más que la repetición de una prosa estatal), aunque también puede haber ejercicios sobre la expresividad para ampliar la experiencia del decir y del pensar, para abrir sin prever un punto de llegada y, de esta manera, se inaugurarían otros modos⁶². Hay, en Cohen, una preocupación en la colonización del decir y, por ello, del pensar: el discurso vacío, trascendente a sí y esto se trasluce en sus ficciones. Dainez, el protagonista de “Un hombre amable”, segunda *nouvelle* de *Hombres amables*, señala que “nos dominaba el lenguaje de otros que hacen el lenguaje, lo elaboran, lo amasan, lo apelmazan” (Cohen, 1998: 163-164). Tanto esta *nouvelle* como “Variedades” son atravesadas por un personaje común, Georges LaMente, que funciona como un maestro

⁶² Insistimos con William Burroughs y la idea del lenguaje virus. El lenguaje que controla y modula pero que también puede desestabilizar; allí también está su potencia. Por ello, su propuesta estética y política es inocular ese virus en el cuerpo social. La técnica del *cut-up* de Burroughs es un modo de resistencia al control del lenguaje de los políticos, de los medios. La palabra artística que posibilita transformar el orden implantado.

espiritual pagado por Senthuria, consorcio madre de CUALO S.A., para someter las mentes de personajes disidentes, como lo son la de Dainez y de nuestro hombre sin nombre en “Variedades”. Pero cada uno de estos protagonistas tiene, con mayor o menor conciencia, la necesidad de entender. Son curiosos, sensibles, experimentan y saben que, tras la búsqueda de fines concretos, no hay sino una pérdida; por ello, rechazan a quienes los condicionan en su decir y en su pensar. Escribe el protagonista de “Variedades”:

...y todo lo que me pide W. [una lectora de sus escritos] es que abrevie. Bien, a esto último no sabría avenirme, ya que no todos los detalles que me distraen del camino de mi historia son deleznable; en realidad, sin esos detalles el camino se borraría, según la idea holística que me he hecho del redactar (Cohen, 1998: 49).

Los detalles, que parecen carentes de sentido, constituyen, sin embargo, esa instancia literaria. Ahí está el lenguaje en su propio ser y, aunque a los fines de una búsqueda representativa aparezca el tedio y la sinrazón, la apuesta narrativa de Cohen es esa dispersión. Respecto a esta escritura propagativa, Guillermo Saavedra señala que los relatos de Cohen son “de cualidad anfibia: se concentran cuantitativamente como cuento y se despliegan conceptual y anecdóticamente como novela” (Saavedra, 2014: 13). La narrativa coheniana es difícil de encuadrar en su forma, en su género, en su tipo; hay una expresividad diversa en la sintaxis, en el trabajo con voces, en sus términos anómalos⁶³, pero también hay una conciencia narrativa evidenciada como un motivo dentro de la trama sobre esa dispersión, tal como vimos con “Variedades”, y podemos sumar otros textos, como ser, “El fin de la palabrística”.

En este último relato aparece, como en varios otros narradores de Cohen, la problematización sobre el hecho de redactar que queda expuesto en la ejecución de su acto. En particular, en “El fin de la palabrística”, aparece un narrador en primera persona del singular llamado Doriac, un sargento a cargo del caso de Viol Minago, fundador de ese deporte o práctica social nombrado como palabrística. Doriac señala constantemente su discurso con distintos fines. Uno de ellos, y en tanto hay un guiño al relato policial porque no se sabe si la muerte del fundador de la palabrística (si realmente murió) fue un crimen o no, es generar supuestos indicios mediante catáforas: “[e]se paisaje es importante en un sentido que ya irá descubriéndose” (Cohen, 2014: 313); “[e]sto, tenerlo

⁶³ Tomamos un ejemplo: “Un patinazo del cuerpo-mente. Una cosa muy catocha. Se les va la fuerza por la nariz, por eso hacen ruido, grpsfff, así, y se quedan como una baba.’ ‘¿Una baba?’, reacciona Pulpita: ‘Mi señor Ubiñas no, nena. El problema es que le falta astucia. Pero yo con él soy tranqui, y conseguí que los mediodías venga a almorzar a su casa la comida que le preparo yo. Hoy la lástima fue que se atragantó con la sopa. Tuvo un ñudo en el chakra farinjal.’ ‘Y claro, se guarda todo el amargor. Después sufre’, dice Flora. ‘Sí. Es un ingenuo, mi señor Ubiñas. No sé si un purlín tarado’, dice Pulpita” (Cohen, 1998: 158).

muy en cuenta” (Cohen, 2014: 315). Sin embargo, esos señalamientos carecen de sentido real en la trama; es solo un juego lingüístico. Otro fin es metadiscursivo, al reflexionar sobre un discurso demasiado barroco: “[q]ué bárbaro, lo estoy exponiendo con una elegancia que empalaga” (Cohen, 2014: 317); “[a]púntese la oscuridad tenebrosa de este giro verbal” (Cohen, 2014: 327); “[m]añana tendré que presentar mi informe con retazos de este cachivache, pero cualquiera que lea, aun a vuelo de pájaro, a estas alturas estará suplicando que termine. Doriac, no me castigue más; abrevie” (Cohen, 2014: 329). Finalmente, otro interés vinculado al anterior es, además, de orden ideológico: pese a que Doriac está haciendo el informe a pedido de autoridades, confiesa que su “gusto es desinformar” (Cohen, 2014: 325), por eso el barroquismo en su escritura. Fundamentalmente, aquello que busca es desembarazarse de un discurso y un pensamiento que viene de afuera que, en el relato, aparece con la presencia de la Panconciencia.

Sentado frente a mi cubículo blanco frente a la pecera azulada yo fumo y medito y me cepillo el pelo esforzándome por sofocar mi Locutor Interior hasta que se calla; trámite de lo más arduo porque el Locutor Interior es casi automático, y muy potente. Empieza a parlotear no bien el cuerpo se aquieta, y después ya no para; reprime los sueños. Pero yo lo silencio. Al principio esa quietud la ocupa un revoltijo huracanado de ideas, pero si registro todo lo que me pasa por la cabeza al final destella algún chispazo (Cohen, 2014: 315).

Entonces, ni la prosa estatal ni las ficciones autoritarias que creen en la representación. Por el contrario, en Cohen, hallamos la permanente preocupación por una ficción sin más, sin “una verdad sustancial identificable”, por ello, aparece una escritura que se propaga hacia otras zonas no exploradas de la frase, de la significación, del pensamiento. La ficción simplemente o la “narración insegura” (en oposición a la literatura autoritaria) posee las siguientes características:

no cree en las virtudes indispensables del acabado, la redondez, los cabos atados, las coincidencias explicadas, los motivos desvelados, los proyectos nítidamente cumplidos o frustrados, las causas exhaustivas, ni en la flaca gratificación del desenlace. Cree en los excursos, los tiempos muertos, las descripciones impertinentes, las analogías, las referencias múltiples y el poder transformador de la resonancia. Conoce la opacidad de lo claro y la benevolencia de la medialuz. (...) Busca radicalmente la evasión: del mundo vallado de ficciones autoritarias, pautado por la cronología de la información, a un ámbito donde el suceso hace fulgurar todos los niveles de la realidad y todas las realidades y produce el tiempo infinito en función de lo que pasa (Cohen, 2003: 148).

En definitiva, es una propuesta hacia “un mundo-texto ilimitado” (Cohen, 2003: 148). De este modo, Cohen señala (y también lo podría hacer Doriac) que “[u]n arte de la superficie no es superficial, sino un arte que se hace ahí donde todos los efectos lindan con las cosas y el lenguaje, y resuenan unos con otros. Es dispersivo, porque tiene una ilimitada

capacidad de relación. Es abarcador, porque no separa la naturaleza de todo lo abarcado en el suceso. Como es profuso, la profusión de lo real no le da náuseas, ni utiliza la analogía como forma de clasificar” (Cohen, 2003: 151). En esta línea aparece el reconocimiento de Doriac por el placer en su modo de redactar, en sus “prodigios sintácticos”, aunque se lo acuse de “faccioso”, porque no está bien visto “avasallar al Locutor Interior con chorros de pensamiento espontáneo”, incluso “lo deja a uno al borde de la hemorragia cerebral”, pero –en todo caso– es la búsqueda de desembarazarse de la Panconciencia. Esta es, en los relatos del Delta Panorámico, el discurso estatal, aquello que modula la conciencia de los habitantes del archipiélago. Por ello, Doriac disfruta la entrega a su narración barroca que se dispersa, porque ahí aflora lo no previsto. No obstante, no es solo Doriac, en esa ficción, quien busca liberarse de los dispositivos reguladores del cuerpo y la expresividad, también Viol Minago, como ya se mostró en otro capítulo, ya que la invención de la palabrística tiene ese objetivo: crear e imaginar otro espacio de expresión.

A partir de lo escrito, proponemos pensar esta serie política de la literatura en Cohen. La entrega al discurrir de un lenguaje que no esté sometido a una subjetivación que diga qué pensar, qué decir, qué sentir. Un lenguaje que no allane diferencias, sino que las incorpore y, en esa permanente diferenciación, se posibilita la apertura. Es en ese núcleo en el que se puede atisbar la posibilidad de un decir no repetido, de pensar otros modos, de ejercitarlos para abrir el espacio literario de lo finito-ilimitado.

Tanto la narrativa de César Aira como la de Marcelo Cohen resultan una propuesta artístico-literaria que dialoga directamente con la especificidad literaria y ella, en tanto fuerza que nos conforma, propone modos de pensar, de sentir y de expresarse. Estas modalidades nos encuentran, al final del siglo XX y principios del XXI, como formas abiertas que no cierran, que se configuran en su apertura. Pero ello no implica una necesaria dispersión; en todo caso, se corresponde con una episteme que no puede limitarse a la serie finita de lo que es. Ambos autores, sumergidos en el espacio literario, entienden que la literatura para ser arte, en este contexto en que nos situamos, necesita constituir un sentido que le sea propio. Este sentido es un sentido en su perspectiva

inmanente: aquello que la conforma y le permite seguir constituyéndose; esto es, en definitiva, sus asuntos del lenguaje y sus posibilidades. Pero si tocan, además, el problema de lo humano y del humanismo, lo hacen de manera tangencial, porque no enuncian ninguna verdad, ni representan nada; solo abren una particularidad, *en y desde* su materia (literaria), que está, a su vez, en esa perspectiva más grande de la que son parte. Y si bien puede parecer insignificante esa condición parcial, esta demuestra la conciencia de la multiplicidad y la posibilidad de soportar estas nuevas fuerzas que organizan lo existente. Las pueden pensar y proponen otras experiencias propia de lo humano, que no queden sometidas a un totalitarismo de la información y lo cuantificable.

Conclusiones

El fin de lo humano tiene menos que ver con la hipótesis de un reemplazo completo de los seres humanos por las máquinas –ya que ello podría llevar más tiempo que la extinción misma de la especie humana–, que con el hecho de que la inteligencia de las máquinas transforme a los humanos en una medida que excede nuestra imaginación. Estamos en medio de un flujo de fuerza metafísico que está arrastrando a los humanos a un destino desconocido.

Yuk Hui, *Fragmentar el futuro*, 2020

La investigación que suscitó el presente trabajo aparece ante la pregunta por las percepciones existentes frente a los diversos desarrollos tecnológicos en el comienzo del siglo XXI que avanzaban sobre lo humano en distintos niveles. Con esta problemática, se propuso una exploración de ese momento en una representación cultural: se decidió por la literatura de ciencia ficción argentina de fines del siglo XX y principios del XXI.

Así, encontramos una suerte de familia conceptual de la ciencia ficción argentina del periodo constituida por asimiladores de “tránsfugas”, reprogenetistas, reemplazantes, jugadores de mundos, supervivencias humanas sin cuerpos orgánicos o existencias indiferenciadas. Ello nos permitió mostrar ciertas formas en cómo se indagaba, se imaginaba y se asumía un proceso de transformación en la concepción de lo humano, de su subjetividad y de lo que se entiende en general como “vivo” y “viviente” a partir de un nuevo paradigma que prioriza la información y la organización en desmedro del hombre, fundamento que se utilizó para ordenar la época precedente. Además, en algunos casos, evidenciamos la existencia de una propuesta estética frente al imperio de lo tecno-cuantificable que parece dejar de lado expresividades que constituyeron a lo humano a lo largo de la historia.

Partimos, en un primer capítulo, de un estado del arte referido al género de la ciencia ficción desde donde hicimos el recorte del corpus. El género en sí mismo es bastante problemático en sus límites, así como en el reconocimiento de su existencia dentro de la tradición argentina. Sin embargo, es el que constitutivamente se apropia de invenciones y fantasías tecnocientíficas y tecnosociales para pensarlas, cuestionarlas y parodiarlas. En este sentido, el género introduce una especulación o desarrollo de época para interrogarlo; y, en ese cuestionamiento, subyacen no solo las posibilidades de la vida en general, sino, en particular, del viviente humano. Al respecto, nos interesó mostrar que, en la época en que nos situamos, las tecnologías desarrolladas no siguen una escala humana. Por el contrario, estas se nutren de lo humano para desplegarse más allá de él y

de sus deseos y, eventualmente, sacrificarlos. Es una “máquina” o un sistema o un desarrollo biológico infra humano que ofrenda lo humano y el humanismo para proponerse como un nuevo principio organizador.

En particular, la serie literaria constituida se presenta como un análisis de esa coyuntura de fin del siglo XX y principios del XXI que expresa una sensibilidad, una imaginación y un pensamiento de época y que adopta, desde su particularidad, en algunos casos, una propuesta estética para ese momento. En este sentido, el corpus narrativo de ciencia ficción argentina aborda la temática que nos interesó pensar: las transformaciones de y para lo viviente humano a partir de una dispersión epistémica de la noción de información. Asimismo, consideramos que esta producción funciona como una nueva siembra que revitaliza el género en la tradición local, que se potenciará en la segunda década del siglo XXI y que incorpora mayor número de escritoras. Esto es algo a investigar y es una propuesta de cómo continuar, pero intuitivamente percibimos que la producción de ciencia ficción local se incrementa significativamente y corre aún más los límites del género.

A su vez, ese recorte nos permitió poder retomar algunos cuestionamientos. Entre ellos, la existencia de la tradición nacional del género puesta en discusión en más de un momento, así como su relevancia. Nosotros no solo reconocemos que la ciencia ficción argentina conforma una tradición que, desde *Viaje maravilloso del señor Nic-Nac*, de Eduardo Holmberg, hasta el periodo que nos ocupa, tiene su presencia, sino también que autores importantes para el canon nacional han producido narrativa de ciencia ficción. Otra cuestión que buscamos reflexionar es cómo esa narrativa se hacía cargo de un contexto tecnológico global y local simultáneamente que permite entender cómo se vivía ese desarrollo tecnológico: a veces más embelesado y otras más crítico, pero en ambos casos se evidencia una realidad de un lugar periférico en esa globalidad unilateral. Más allá de las particularidades, nuestras ficciones parecen pensar lo humano y sus potencias: por un lado, por ejemplo, cómo pueden efectivamente desarrollarse otras posibilidades a las ya conocidas, según fantasea J. P. Zooey en *Los electrocutados*, al proponer que la existencia humana no se puede concebir en términos de un individuo, de un cuerpo personal ni una conciencia individual, sino que imagina un flujo de existencia informacional conectada al infinito; por otro, cómo también las potencias existentes pueden ser disminuidas, tal como parodia César Aira en *El juego de los mundos*, con la pérdida de la enunciación creativa y de un decir que desarticule el lenguaje. A su vez, propusimos pensar en qué lugar quedan ciertos humanos y ciertas vidas, según tematizan

distintas ficciones analizadas de Marcelo Cohen, *El corazón de Doli* de Gustavo Nielsen, *Los cuerpos del verano* de Martín Felipe Castagnet y *Borneo* de Oliverio Coelho. En definitiva, mayormente, nuestro corpus trae preguntas éticas en ese contexto en el que se incrementan significativamente y de manera muy cercana posibilidades tecnocientíficas. Pero también en esas ficciones se recupera un gesto de lo humano descalificado en ese orden de mundo que suscribe a la visión de que todo lo existente puede entenderse como una cuantificación de información.

Luego del capítulo del marco teórico del género discursivo, se decidió, metodológicamente, ir abordando propuestas temáticas (del capítulo dos al ocho: la época, la teoría cibernética, revisión de esa cibernética, “biologización” de la política, manipulación biológica del viviente humano, hegemonía informática por sobre lo humano, la escritura como potencia humana) y leerlas en la narrativa. Esta última acción no a modo de ilustración, sino como una línea de pensamiento presente en la coyuntura del contexto de producción y de la que la narración se hizo cargo. Esto no quiere decir que los autores de ficción conozcan las discusiones teóricas estrictamente, sino que, con mayor o menor conciencia, aparecen en esas ficciones esos temas que podemos identificar porque son parte de los cuestionamientos sociales del periodo.

Ahora bien, pese a que nuestras obras se sitúan en ese pasaje de centurias, son producto, según planteamos en el segundo capítulo, de un orden de mundo que se viene gestando desde mediados del siglo XX y que, más allá del nombre dado o de la afiliación teórica a la que nos acerquemos, se reconoce en diversas propuestas teóricas como distinta de la modernidad pues es otro el paradigma en el que el viviente humano piensa, se piensa y constituye su organización. En este punto sabemos que existen planteos de continuidad de la Modernidad, porque, entre otros factores, tomando incluso una línea foucaultiana, sostienen que la vida no ha seguido sino fases de politización y tecnificación, y esta es una más. No obstante, en la tesis se demuestra que, al imponerse la disciplina cibernética como un paradigma universal, al menos en Occidente, la vida humana y orgánica en general no se conciben ni se abordan de la misma manera que en la época moderna, así que otro modo de entenderlo requiere ser pensado.

El hecho de que la información como fenómeno cuantificable haya pasado a primer plano, pues se presenta –según se expuso en el tercer capítulo– como un patrón de entendimiento y medición de lo que se organiza frente a la dispersión propia del universo, modifica la forma de comprender no solo a los individuos y a las poblaciones, sino a los objetos que acompañan a ambos. La organización y su entropía se reconocen en todo lo

que existe, sea un ser vivo o una máquina; la materia se forma (o se de-forma) dependiendo de la energía que puede absorber, propagar y transmitir. Ese contenido material organizado espacial y temporalmente es la información. Así, desde la cibernética, lo vital u orgánico y lo mecánico no parecen presentar diferencias de especie, sino tal vez de grado. De este modo, tal enfoque científico prevalece como un entendimiento más acabado de todo lo existente, por encima de otras explicaciones de las ciencias sociales, humanas o biológicas. Por ello, en distintos campos del saber se adopta el término cibernético de “información”.

No obstante, esta perspectiva de unificación de lo orgánico y lo mecánico conlleva al menos dos cuestiones: por un lado, reduce las diferencias de los seres (vivos y objetos técnicos) y, por otro, tiende a un pensamiento demasiado concentrado en la incertidumbre y la búsqueda de ese control. Sin embargo, si esos fundamentos cibernéticos de organización y comunicación así como de inestabilidad sistémica se leen no como problema sino como una carga propia de la materia que pide –de algún modo– una resolución hacia otro nivel, se habilita otra forma de comprensión que permite expandir las posibilidades. Encaminar la lectura cibernética como un proceso abierto a posibilidades indefinidas, con teorías como las presentadas en el cuarto capítulo, admite retomar tanto la discusión epistemológica no antropocéntrica como la génesis de un devenir no reducido a la discusión en un único foco, el físico-técnico, que abandona las posibilidades creativas de lo humano. Por el contrario, plantear roles activos para el viviente humano en convivencia con otros seres orgánicos y otros objetos técnicos habilita proponer una ontología acorde a la época que atraviesa y evitar reducir todo a la explicación técnica. Estas líneas teóricas resultan, ya en la tercera década del siglo XXI, y desde una no centralidad geopolítica, una perspectiva que nos abre hacia caminos de acción. En este sentido, tanto la propuesta de Simondon como la de Deleuze son pensamientos sobre formas de lo humano, pues son formas históricas y no absolutos. Y son propuestas que apuestan a un futuro de él y no una disolución. Ese futuro depende del virtual (que es parte también de lo humano), el cual implica la simultaneidad de más de una perspectiva, por eso es una multiplicidad que genera opciones y eso no es una causalidad, sino un acontecimiento. Entonces, son propuestas diferentes a la cibernética más dura, pero concibiendo que el pensamiento no puede dejar de incluir ese paradigma que atraviesa a lo humano.

Esta es una demanda que plantean, tanto de manera representativa, así como en su forma, algunas de las narraciones recorridas. Por ejemplo, Marcelo Cohen imagina

personajes que se salen de los moldes impuestos por la sociedad para proponer a su comunidad modos diversos a los inmediatamente determinados, pero también, desde el lenguaje, la narrativa coheniana presenta una política estética: un lenguaje completamente inmanente a esa ficción que constituye y que busca expandir la expresividad y el pensamiento.

La teoría cibernética crítica, interesada en una comprensión de un devenir expansivo, se cruza con una línea de la biopolítica foucaultiana, según mostramos en el quinto capítulo, aunque Foucault no retoma directamente el entramado cibernético. No obstante, cabe aclarar que fue la teoría biopolítica foucaultiana la que motivó la tesis, aunque, avanzando en la investigación, entendimos que no era el principio sino una dimensión más de análisis en este complejo entramado. Pero si se impone por momentos, es porque encontramos síntomas cercanos de esa tecnologización y politización de la vida biológica, como analizamos en el sexto capítulo. De cualquier forma, nos interesa retomar ese cruce que piensa un poder vital que se afirma en una voluntad de poder y que se construye en su capacidad de fundación perpetua, pero comprendiendo lo vivo en un sentido amplio del término, pues, como se mostró en el séptimo capítulo, el sustrato material organizador se piensa también en las huellas digitales que capturan las máquinas informáticas, las cuales inciden más allá de la red. En este sentido, aparecieron reflexiones sobre la materialidad del dato en desmedro de la presencia de los cuerpos y la consideración de la consciencia.

En definitiva, nuestra investigación propuso armar una reflexión en la que se explicara esa organización de lo abierto en distintos aspectos de la existencia. La cibernética expandida y el Biopoder nos permiten pensar esa época en la que las potencias del devenir se modulan, se condicionan, pero no pierden, sin embargo, la posibilidad de organizarse en otras líneas más allá del control. En este sentido, la tesis busca inscribirse en las expresividades que tratan de posibilitar un cambio en la hegemonía tecnocapitalista. Al respecto, el octavo capítulo, dedicado a la potencia de la escritura literaria, trae una dimensión humana. Si bien entendemos que no estamos en una época antropocéntrica, eso no significa que no sigamos pensando cómo decidimos vivir y si decidimos sacrificar potencias humanas, como la expresividad que posibilita nuestro lenguaje.

De este modo, insistimos en que la literatura trae la dimensión humana, el nivel expresivo e imaginativo del humano no solo en la presentación de las injusticias sociales (problemas de distribución, de sacrificio) y un debate ético en general, sino también, y especialmente, un trabajo sobre la materia del lenguaje que desarrolla, siguiendo la

poética de Aira y de Cohen, nuestra inteligencia, nuestro pensamiento y un modo de ampliar el mundo en el que estamos, somos parte y construimos. La literatura trae la materialidad de la lengua no pensando en una función comunicativa (en primer término al menos), sino sensible (hacer, imaginar, generar eso que la funcionalidad del capital no tiene necesariamente en su agenda). De este modo, la literatura puede permitir salir de un sentido común, del lenguaje de la repetición e inmediatamente traducible para “desuniformar”, desregularizar el lenguaje y con él todo lo que puede acarrear. Por supuesto, sabemos que la propuesta es mediada, pero ello no significa no abonar en ese sentido. En definitiva, amplía una lógica diferente a la cuantificación; cuestión que se torna fundamental en este momento de la historia.

Bibliografía

Corpus textual

- Aira, César (2000). *El juego de los mundos*, La Plata, Ediciones El Broche.
- Castagnet, Martín Felipe (2012). *Los cuerpos del verano*, Buenos Aires, Factotum Ediciones.
- Coelho, Oliverio (2003). *Los invertebrables*, Rosario, Beatriz Viterbo.
- (2004). *Borneo*, Buenos Aires, El Cuenco de Plata.
- (2006). *Promesas naturales*, Buenos Aires, Grupo Editorial Norma.
- Cohen, Marcelo (1998). *Hombres amables. Dos incursiones de Georges LaMente*, Buenos Aires, Grupo Editorial Norma.
- (2014). “Cuentos del Delta Panorámico”, en *Relatos reunidos*, CABA, Alfaguara, pp. 307-542.
- Cross, Esther (2007). *Radiana*, Buenos Aires, Emecé Editores.
- Nielsen, Gustavo (2010). *El corazón de Doli*, Buenos Aires, El Ateneo.
- Zooey, J.P. (2011). *Los electrocutados*, Barcelona, Alpha Decay.

Bibliografía general

- Aira, César (2001). “La utilidad del arte”, en *Ramona*, número 15, Buenos Aires, agosto, pp. 4 y 5. En internet: <http://www.ramona.org.ar/node/69919>
- Angenot, Marc (1979). “The absent paradigm: an introduction to the semiotics of science fiction”, en *Science Fiction Studies* 17, Volume 6, Part 1. En internet: <https://www.depauw.edu/sfs/backissues/17/angenot17.htm>
- Bajtín, Mijaíl ([1982] 1999). “El problema de los géneros discursivos”, en *Estética de la creación verbal*, México, Siglo XXI.
- Ballard, James G. ([1973] 1996). “Prólogo”, en *Crash*, Barcelona, Minotauro, pp. 7-14.
- Borroughs, William S. ([1970] 2009). *La revolución electrónica*, Buenos Aires, Caja negra.
- Bürger, Peter ([1974] 2000). “II: El problema de la autonomía del arte en la sociedad burguesa”, en *Teoría de la vanguardia*, Barcelona, Península, pp. 83- 110.
- Capanna, Pablo (1966). *El sentido de la ciencia ficción*. En internet: <http://www.LibrosTauro.com.ar>

- (2007). *Ciencia ficción, utopía y mercado*, Buenos Aires, Cántaro.
- (2018). “Argentina: la ciencia y la ficción”, en *El taco en la brea* 7 (diciembre–mayo), 101–103, Santa Fe, UNL. En internet: <https://doi.org/10.14409/tb.v0i7.7358>
- Castagnet, Martín Felipe (2015). “El viaje de la ciencia ficción argentina a los confines del espacio interior”, en *Cuadernos LIRICO* [En línea], 13, en <http://journals.openedition.org/lirico/2160>. En línea: 10.4000/lirico.2160
- Castells, Manuel (1999). *La sociedad red. Vol. 1 de La era de la información. Economía, sociedad y cultura*. Madrid, Alianza.
- Chiani, Miriam (2000). “Represión, exilio, utopía y contrautopía: Sobre Marcelo Cohen”, en *Orbis Tertius*, 4 (8). En línea: <https://www.orbistertius.unlp.edu.ar/article/view>
- Cohen, Marcelo (2003). *¿Realmente fantástico! y otros ensayos*, Buenos Aires, Grupo Editorial Norma.
- (2018). “Marcelo Cohen: ‘Creo en la evasión’”, en <https://eternacadencia.com.ar/nota/marcelo-cohen-quot-creo-en-la-evasion-quot-/2167>, 15/11/2018.
- Colectivo Ludión. “Glosario”. En línea: <http://ludion.org/glosario.php>
- Corominas, Joan ([1961] 1996). *Breve diccionario etimológico de la Lengua castellana*, Madrid, Gredos.
- Costa, Flavia (2008). “El dispositivo *fitness* en la modernidad biológica. Democracia estética, *just-in-time*, crímenes de fealdad y contagio”, en *Jornadas de Cuerpo y Cultura de la UNLP*, 15 al 17 de mayo de 2008, La Plata. En internet: https://memoria.fahce.unlp.edu.ar/trab_eventos/ev.647/ev.647.pdf
- (2021). *Tecnoceno. Algoritmos, biohackers y nuevas formas de vida*, Buenos Aires, Taurus.
- y Rodríguez, Pablo (comp.) (2017). *La salud inalcanzable. Biopolítica molecular y medicalización de la vida cotidiana*, CABA, Eudeba.
- Davis, Erik ([2015] 2023). *TecGnosis: mito, magia y misticismos en la era de la información*, CABA, Caja Negra.
- Debord, Guy ([1967] 2000). *La sociedad del espectáculo*, España, Pre-Textos.
- Deleuze, Gilles ([1966] 2005). “Gilbert Simondon: el individuo y su génesis físico-biológica”, en *La isla desierta y otros textos. Textos y entrevistas (1953-1974)*, España, Pre-textos, pp. 115-119.
- ([1986] 2015). *Foucault*, Buenos Aires, Paidós.

- ([1986] 2014). *El poder: curso sobre Foucault II*, Buenos Aires, Cactus.
- ([1990] 2005). “Postdata sobre las sociedades de control”, en Ferrer, Christian (comp.), *El lenguaje libertario: antología del pensamiento anarquista contemporáneo*, La Plata, Terramar, pp. 115-121.
- ([1995] 2009). “La inmanencia: una vida...”, en Giorgi, Gabriel y Rodríguez, Fermín (comp.) (2007), *Ensayos sobre biopolítica. Excesos de vida: Michel Foucault, Gilles Deleuze, Slavoj Žižek*, Buenos Aires, Paidós, pp. 35- 40.
- De Marinis, Pablo (1999). “Gobierno, gubernamentalidad y anglofoucaultianos (o: un ensayo sobre la racionalidad política del neoliberalismo)”, en García Selgas, Fernando y Ramos Torres, Ramón (comp.), *Globalización, riesgo, reflexividad. Tres temas de la teoría social contemporánea*, Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas.
- Ferrer, Christian (2011). *El entramado. El apuntalamiento técnico del mundo*, Buenos Aires, Ediciones Godot.
- Foucault, Michel ([1966] 1984). “Trabajo, vida, lenguaje”, “El hombre y sus dobles” y “Las ciencias humanas”, en *Las palabras y las cosas*, México, Siglo Veintiuno Editores, pp. 245-375.
- ([1976] 2008a). *Historia de la sexualidad I: la voluntad del saber*, Buenos Aires, Siglo Veintiuno Editores.
- ([1976] 2005). “Las redes del poder”, en Ferrer, Christian (comp.), *El lenguaje libertario: antología del pensamiento anarquista contemporáneo*, La Plata, Terramar, pp. 15-31.
- ([1997] 2008b). *Defender la sociedad. Curso en el Collège de France (1975-1976)*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- ([2004] 2011). *Seguridad, territorio, población. Curso en el Collège de France (1977-1978)*, Buenos Aires, Fondo de cultura económica.
- Fox Keller, Evelyn ([1995] 2000). *Lenguaje y vida. Metáforas de la biología en el siglo XX*, Buenos Aires, Ediciones Manantial.
- Galimberti, Umberto ([1999] 2001). “Psiché y techné”, en *Artefacto*, N° 4, pp. 37-46.
- Gandolfo, Elvio (2017). “1. Ciencia ficción”, en *El libro de los géneros recargado*, Buenos Aires, Blatt & Ríos, pp. 17-194.
- García, Guillermo (1999). “El otro lado de la ficción: ciencia ficción”, en Jitrik, Noé y Cella, Susana (dir.), *Historia crítica de la literatura argentina, Vol. 10: La irrupción de la crítica*, Buenos Aires, Emecé, pp. 313-40.

- Giorgi, Gabriel y Rodríguez, Fermín (comp.) ([2007] 2009). “Prólogo”, en *Ensayos sobre biopolítica. Excesos de vida: Michel Foucault, Gilles Deleuze, Slavoj Žižek*, Buenos Aires, Paidós.
- Han, Byung-Chul (2014). *Psicopolítica. Neoliberalismo y nuevas técnicas de poder*, Barcelona, Herder.
- ([2021] 2022). *Infocracia. La digitalización y la crisis de la democracia*, CABA, Taurus.
- Kac, Eduardo (1998). “El arte transgénico”. En línea: <https://www.ekac.org/transgenico.html>
- Kozak, Claudia y Ferrer, Christian (2001). “Presentación”, en “Ballard: una autopsia del futuro interior”, en *Artefacto*, N° 4, pp. 70-71.
- Kozak, Claudia (ed.) ([2012] 2015). *Tecnopoéticas argentinas. Archivo blando de arte y tecnología*, CABA, Caja Negra.
- Lazzarato, Maurizio (2006). *Políticas del acontecimiento*, Buenos Aires, Tinta Limón.
- Link, Daniel (1994). *Escalera al cielo. Utopía y ciencia ficción*, Buenos Aires, La Marca.
- (2001). “Hacia las biopolíticas. Ante la ley, el campo de concentración como paradigma de la modernidad”, En *Ramona, Revista de Artes Visuales*, Buenos Aires, N° 14, julio. En internet: http://70.32.114.117/gsd/collect/revista/index/assoc/HASH868d/50840b35.dir/r14_05nota.pdf
- (2003). *Cómo se lee*, Buenos Aires, Grupo Editorial Norma.
- (2015). *Suturas: Imágenes, escrituras, vida*, CABA, Eterna Cadencia.
- Ludmer, Josefina (2009). “Literaturas postautónomas”. En internet: <https://www.redalyc.org/pdf/4030/403041704005.pdf>
- Liotard, Jean-François ([1979] 1986). *La condición posmoderna. Informe sobre el saber*, Madrid, Cátedra.
- Massare, Bruno (2009). “Ha llegado el poshumanismo”, *Revista Ñ*, N° 306, 08/08/2009, pp. 6-9.
- Mendoza, Juan José (2011). *El canon digital: la escuela y los libros en la cibercultura*, Buenos Aires, La Crujía.
- (2017). *Internet, el último continente*, CANA, Crujía.
- Novell Monroy, Noemí (2008). *Literatura y cine de ciencia ficción. Perspectivas teóricas*, Barcelona, Universidad Autónoma de Barcelona.

- Pasik, Daniela (2016). “¿Existe la ciencia ficción argentina?”, en *INFOBAE*, 16 de septiembre. <https://www.infobae.com/grandes-libros/2016/09/16/existe-la-ciencia-ficcion-argentina/>
- Pestarini, Luis (2012). “El boom de la ciencia-ficción argentina en la década del ochenta”, *Revista Iberoamericana*, Vol. LXXVIII, Núms. 238-239, enero-junio, 425-439. Disponible en internet.
- Pradelli, Ángela (2007). “Yo, Robot”, *Radar Libros*, 13/05/ 2007. Disponible en línea.
- Quereilhac, Soledad (2016). *Cuando la ciencia despertaba fantasías. Prensa, literatura y ocultismo en la Argentina de entresiglos*, Buenos Aires, Siglo Veintiuno Editores.
- Reati, Fernando (2006). *Postales del provenir: la literatura de anticipación en la Argentina neoliberal (1985-1999)*, Buenos Aires, Biblos.
- (2012). “La trilogía futurista de Oliverio Coelho: una mirada al sesgo de las crisis argentinas”, en *Revista Iberoamericana*, Vol. LXXVIII, núms. 238-239, enero-junio, 111-126. Disponible en internet.
- Rodríguez, Pablo (2012). *Historia de la información: del nacimiento de la estadística y la matemática moderna a los medios masivos y las comunidades virtuales*, Buenos Aires, Capital Intelectual.
- (2019). *Las palabras en las cosas: saber, poder y subjetivación entre algoritmos y biomoléculas*, CABA, Cactus.
- Rolnik, Suely y Guattari, Félix ([2005] 2013). *Micropolítica. Cartografías del deseo*, Buenos Aires, Tinta Limón.
- Saavedra, Guillermo (2014). “El fantástico realismo de las variaciones Cohen”, en Cohen, Marcelo. *Relatos reunidos*, CABA, Alfaguara, pp. 9-16.
- Sadin, Éric ([2013] 2018). *La humanidad aumentada: la administración digital del mundo*, CABA, Caja Negra.
- Sánchez, Silvina (2018). “Cuando aparecen los otros. Modos de narrar las transformaciones del neoliberalismo en *Los acuáticos* de Marcelo Cohen”, en *Iberoamericana*, XVIII, 67, pp. 143-160. En internet: <https://journals.iai.spk-berlin.de/index.php/iberoamericana/article/view/1102/2025>
- Sarlo, Beatriz (2004). *La imaginación técnica. Sueños modernos de la cultura argentina*, Buenos Aires, Nueva Visión.
- (2006). “Sujetos y tecnologías. La novela después de la historia”, en *Punto de vista*, XXIX, Número 86, Buenos Aires, diciembre, pp. 1-6.

- Schmucler, Héctor (2001). “La industria de lo humano”, en *Artefacto*, N° 4, pp. 10-19.
- Sibilia, Paula ([2005] 2006). *El hombre postorgánico. Cuerpo, subjetividad y tecnologías digitales*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- ([2008] 2009). *La intimidad como espectáculo*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- Simondon, Gilbert ([1958] 2015). *La individuación. A la luz de las nociones de forma y de información*, CABA, Cactus.
- ([1958] 2007). *El modo de existencia de los objetos técnicos*, Buenos Aires, Prometeo Libros.
- Sloterdijk, Peter (1999). “Reglas para el parque humano. Una respuesta a la ‘Carta sobre el Humanismo’ (El discurso de Elmau)”. En internet: <http://www.pensament.cat/filoxarxa/filoxarxa/sloterdijk%20parque%20humano.htm>
- ([2000] 2001). “El hombre operable. Notas sobre el estado ético de la tecnología génica”, en *Artefacto*, N° 4, pp. 20-29.
- Solomonoff, Pablo (2006). “Eduardo Holmberg: eslabón perdido en Marte”, en Holmberg, Eduardo, *Viaje maravilloso del señor Nic-Nac al planeta Marte*, Buenos Aires, Colihue.
- Suvin, Darko ([1979] 1984). *Metamorfosis de la ciencia ficción. Sobre la poética y la historia de un género literario*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Tiqqun (2013). *La hipótesis cibernética*. En internet: <https://geopolitica.iiec.unam.mx/sites/geopolitica.iiec.unam.mx/files/2018-10/Lahipotesiscibernetica-Tiqqun.pdf>
- Vattimo, Gianni (1991). “Utopía, contrautopía, ironía”, en *Ética de la interpretación*, Barcelona, Paidós, pp. 95-112.
- Wiener, Norbert ([1958] 1988). *Cibernética y sociedad*, Buenos Aires, Sudamericana.
- Williams, Raymond ([1988] 2000). *Marxismo y literatura*, Barcelona, Península.